BIBLIOTECA RODO

CONSTANCIO C. VIGIL

ESLABONES

SEGUNDO MILLAR

OVIDIO FERNANDEZ RIOS

DIRECTOR

CLAUDIO GARCIA & Cia. - Editores
SARANDI, 441
1936

LA BOLSA DE LOS LIBROS
MONTEVIDEO

irg
63.6
ig
sc

EXTRACTO DEL CATALOGO

DE LAS EDICIONES DE

"LA BOLSA DE LOS LIBROS"

CLAUDIO GARCIA y Cía.

SARANDI, 441 — **MONTEVIDEO**

ACEVEDO DIAZ (Eduardo).—Ismael. (Novela histórica) .....$ 1.00
—Soledad. Novela .....$ 1.00
—Nativa. (2 tomos) .....$ 2.00

AGORIO (Adolfo).—La Fragua. Apuntes sobre la Guerra Europea (1915).
—La Sombra de Europa. Transformación de los sentimientos y de las ideas. Tomo de 160 páginas (1917)..$ 1.00

ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios).
—Poesías. Precedidas de un prólogo de Alberto Lasplaces .....
—Lamentaciones. (Poesías. Con un estudio de Juan Más y Pí. Tomo de 114 páginas (1921).....$ 0.35
—Nuevas Poesías y Evangélicas. Con un estudio de Alfredo L. Palacios....
—El Niño. Conferencia sobre enseñanza. 1 folleto (1919) .....$ 0.10

BALLESTEROS (Montiel). — Montevideo y su Cerro. (Cuentos). Con una carta de José L. Morenti. Un tomo de 196 páginas (1924).....$ 0.50

BARBUSSE (Henry). — "El Resplandor sobre el Abismo". Traducción directa del francés por Luis Bertrán. Tomo de 132 páginas (1920)..$ 0.35

BARRETT (Rafael). — Diálogos, Conversaciones y otros escritos. Con un prólogo de Alberto Lasplaces. Un tomo de 144 páginas (1919).....$ 0.35
—"Páginas Dispersas" (Obra póstuma). Prefacio de Armando Donoso. 1 tomo de 160 páginas (1923)....$ 0.40
—Lo que son los yerbales paraguayos. Semblanzas de Barrett, por Ramiro de Maetzu y Emilio Frugoni. 1 folleto (1926) .....$ 0.20

BAUDELAIRE (Carlos). — Pequeños Poemas en Prosa. (Traducción de E. Heras). 1 tomo de 160 páginas (1920) .....$ 0.50

BECQUER (Gustavo A.). — "Rimas". Con una nota preliminar de Leoncio Lasso de la Vega y un canto de García del Busto. 1 tomo de 100 páginas (1924) .....$ 0.40

BELLAN (José Pedro).—¡Dios te Salve! Comedia en tres actos. Un tomo de 192 páginas (1920) .....$ 0.50
—Doñarramona. Cuentos nacionales. (Con prólogo de Alberto Lasplaces). 1 tomo de 192 páginas (1918)..$ 0.40

CAILLAVA (Domingo A.). — La literatura gauchesca en el Uruguay. Sinopsis histórica. Proemio de Mario Falcao Espalter. Tomo de 76 páginas (1921) .....$ 0.50
—Sierras y Llanuras. Novelas cortas uruguayas. Tomo de 240 páginas (1921) .....$ 0.50

CAMPO (Estanislao del). — "Fausto". Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo, en la representación de esta ópera. Con un prólogo de Juan Carlos Gómez. Tomo de 56 páginas (1925)

CAMPOAMOR (Ramón de). — El Tren Expreso. Poema. Un folleto (1924) .....$ 0.10

CARNELLI (Lorenzo.) — Oribe y su Epoca. Estudio histórico. Un tomo de 320 páginas .....$ 1.50

CASARAVILLA LEMOS (Enrique).—Las fuerzas Eternas. (Verso) Un tomo de 98 páginas (1920).....$ 0.50

CASTELLANOS DE ETCHEPARE (Delia) ("Madre"). — Mariposas. Artículos y cuentos. Un tomo de 176 páginas (1921) .....$ 0.70

CIONE (Otto Miguel). — "Chola se casa". "La Generosidad de Cacho". "Una piedrita en el camino". "Misterios de la Subconciencia". Cuentos. Un tomo de 112 páginas (1924) $ 0.40
—"Caraguatá". Cuentos cortos .....

COESTER (Prof. Alfred).—Amado Nervo y su obra. (Traducción directa del inglés). Un folleto (1922) ....$ 0.15

CHOCANO (Santos). — "Poesías". Alma América. Fiat Lux. Oro de Indias. (Estudio crítico de J. Parra del Riego). Un tomo de 174 páginas (1920) .....$ 0.50

DARIO (Rubén). — Prosas Profanas y otros poemas. Con un estudio de José Enrique Rodó. Un tomo de 160 páginas .....$ 0.50

DE MARIA (Alcides). (Calisto el Nato). — "Cantos Tradicionales" (Poesías criollas). Un tomo de 144 páginas (1920) .....$ 0.50

FALCAO ESPALTER (Mario). — Antología de Poetas Uruguayos. 1807-1921. (Precedida de una introducción). Tomo I, 342 páginas (1922)...$ 1.50

FERNANDEZ RIOS (Ovidio). — Poesías. (Horizontes de Luz-Blasones-Leyendas Milagrosas). Un tomo de 230 páginas (1932) .....$ 1.00

FLAUBERT (Gustavo). — Madame Bovary. Novela traducida por G. del B. Un tomo de 380 págs. (1919) $ 0.70

FRANCE (Anatole). — "Diálogo sobre la Metafísica y la Existencia de Dios". Páginas inéditas, reunidas y comentadas por Michel Corday, seguidas de otros escritos. Un tomo de 140 páginas (1926) .....$ 0.70

"FRAY MOCHO" (José S. Alvarez).—Esmeraldas (Cuentos mundanos). Un tomo de 80 páginas (1921)....$ 0.35

GORKI (Máximo). — Los Vagabundos

Propósitos

Con la inquietud de una superior manifestación de cultura, nace en Montevideo, con universal destino, la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", la que dará cabida, exclusivamente, en sus ediciones, a lo más escogido de las letras nacionales.

Abre sus rumbos hacia una finalidad de elevadas directivas, colocando por encima de toda solicitación utilitaria, un serio propósito espiritual y un noble afán de divulgación seleccionada, de los más calificados valores de la literatura uruguaya.

En todos los grandes centros intelectuales del mundo, donde el pensamiento realiza su alta función social; en todos los países, donde las letras, en sus distintas manifestaciones, fundamentan un valor civilizador y dan carácter de personalidad a la nación misma, existen organismos editoriales, — y algunos con carácter de institución pública, — dedicados exclusivamente a la difusión de libros de los escritores nativos más caracterizados y de mayor influencia en la cultura ambiente.

Y estas empresas de propagación bibliográfica, no sólo realizan una siempre beneficiosa misión educadora, quizá la más alta que comprende el concepto humano; no sólo vincula con facilidad de nexo al pueblo con sus pensadores, sabios, novelistas, dramaturgos y poetas, sino que, además, desprende fuera de fronteras, poderosas corrientes que contribuyen a dar perfil de prestigio a la fisonomía moral del país de origen.

Y nuestra república, que por glorioso destino es cuna de grandes hombres de letras — tanto, que sus obras han contribuído profunda y brillantemente a dar carácter al pensamiento americano, — requiere necesariamente y en forma organizada y de efectiva permanencia, una Biblioteca de escritores nacionales, los más notables y calificados.

Varias han sido las iniciativas de carácter editorial que han habido en nuestro país; pero indudablemente, fuerza es destacarlo, el más extraordinario esfuerzo en tal sentido es el realizado por CLAUDIO GARCIA y Cía., La Editorial LA BOLSA DE LOS LIBROS, que lleva ya impresos más de medio millón de volúmenes, correspondientes a edi-

ciones de centenares de libros de distinto carácter y de autores de nacionalidad varia. Y el mismo espíritu animador de toda esa cuantiosa obra editorial, es el que mueve esta patriótica iniciativa dando vida a la BIBLIOTECA "JOSE ENRIQUE RODO", en cuyas ediciones, que serán mensuales, cabrán todas aquellas obras, ya publicadas o inéditas, cualquiera sea su tendencia, su carácter, su orientación literaria, filosófica, histórica, política, etc., y cualquiera su época, siempre que se ajusten a una máxima condición sustancial: que sean obras de selección, gratas al espíritu y al entendimiento, altas en concepto y en belleza, y, fundamentalmente, dignas del espíritu civilizador de la República.

LA DIRECCION.

CLAUDIO GARCIA & Cía. - Editores

SARANDI, 441 - - MONTEVIDEO - - MISIONES, 1359

"BIBLIOTECA RODO"

DIRECTOR: OVIDIO FERNANDEZ RIOS

OBRAS PUBLICADAS = CADA NUMERO $ 0.50

N.o 1—RODO (José E.) — **Ariel** — Con un prólogo de **Leopoldo Alas.**
" 2—RODRIGUEZ (Yamandú) — **1 8 1 0,** Poema dramático en tres actos y **El Milagro,** poema en un acto.
" 3—REGULES (Elías) — **Versos Criollos,** con un prólogo del Dr. J. Irureta Goyena y una Semblanza por Eliseo Cantón.
" 4—RODRIGUEZ (Yamandú) — **Fraile Aldao,** poema dramático en dos actos. — **Renacentista,** poema en un acto y **El Demonio de los Andes,** poema en un acto, con un prólogo de Ovidio Fernández Ríos.
" 5—RODO (José E.) — **Parábolas y otras lecturas.**
" 6—ACEVEDO DIAZ (Eduardo) — **Crónicas, discursos y conferencias.** Páginas olvidadas. Perfil de Ovidio Fernández Ríos.
" 7 y 8—RODO (José E.) — **Motivos de Proteo.**
" 9—FRUGONI (Emilio) — **Ensayos sobre marxismo.**
" 10—SANCHEZ (Florencio) — **Teatro.**
" 11 y 12—SAN MARTIN (Juan Zorrilla de) — **Tabaré - La Leyenda Patria.**

AUTORES CUYAS OBRAS EDITARA LA "BIBLIOTECA RODO"

Acuña de Figueroa, Francisco — Acevedo, Eduardo — Acevedo Díaz, Eduardo — Agustini, Delmira — Abellá, Rafael J. — Abellá, Juan Carlos — Acosta y Lara, Manuel — Aguiar, Adriano M. — Amorim, Enrique M. — Almada, Amadeo — Arias, José F. — Aguirre, Gisleno — Aramburú, Domingo — Araújo, Orestes — Arreguirre, Víctor — Arechavaleta, José — Arena, Domingo — Acevedo, Eduardo — Antuña, Hugo Agorio, Adolfo — Acevedo Alvarez, Eduardo — Acosta y Lara, Federico E. — Aladio, Pedro — Azarola Gil, Enrique.

Bermúdez, Pedro P. — Berro, Adolfo — Berro, Aurelio — Bustamante, Pedro — Bauzá, Francisco — Behety, Matías — Bermúdez, Wáshington P. — Blanco, Juan Carlos — Bachini, Antonio — Bernárdez, Manuel — Blixen, Samuel — Busto, José G. del — Batlle y Ordóñez, José — Brum, Baltasar — Basso Maglio, Vicente. — Bianchi, Edmundo —

Bianchi, Enrique — Bollo, Sarah — Benavente, Manuel — Berro, Bernardo P. — Bollo, Luis C. — Blixen, Carlos — Barbagelata, Hugo D. — Beltrán, Wáshington — Blanco Acevedo, Pablo — Bellán, José Pedro — Bonino, Emilio O. — Baethgen, Raúl E. — Benvenuto, Luis — Berro, Aureliano.

Costa, Angel Floro — Carreras, Roberto de las — Casaravilla Lemos, Enrique — Casal, Julio J. — Crispo Acosta, O. — Carnelli, Lorenzo — Cione, Miguel Otto — Caviglia, H. Buenaventura — Cortinas, Ismael — Coirolo, Hipóilto — Cosio, Ricardo — Ciganda, Evaristo.

De María, Isidoro — Díaz, Teófilo E. — Dufort y Alvarez, Anacleto — Delgado, José María — Dallegri, Santiago — Diauría, Lorenzo F. — Duhalde, Eduardo — Del Ciopo, Atahualpa — Del Ciopo, Carlos M. De María, Pablo — De María, Dermidio — De María, Alcides — Deza, Justo.

Espínola, Francisco — Estable, Clemente — Estrada, Dardo.

Fajardo, Heraclio C. — Ferreira y Artigas, Fermin — Ferreira, Eduardo — Falco, Angel — Fernández y Medina, Benjamín — Fernández Rios, Ovidio — Falcao Espalter, Mario — Fusco Sansone, Nicolás — Fernández Saldaña, José M. — Fernández, Elbio — Frugoni, Emilio — Frajeiro, R.

Gómez, Juan Carlos — Guillot Muñoz, Alvaro y Gervasio — Garet, Enrique Ricardo — Garet Mas, Julio — Gomensoro, José L. — Genta. Ubaldo E. — Genovesse, Blas S. — Gamba, Carlos T. — Giuffra, Santiago E. — Giménez Pastor, Arturo — Garzón, Eugenio — Granada, Daniel Gómez Haedo, Juan C. — Gallinal, Gustavo — Genta, Estrella — Grauert, Julio C.

Hidalgo, Bartolomé — Herrera y Obes, Julio — Herrera y Reissig, Julio — Herrera, Ernesto.

Irureta Goyena, José — Ibarbourou, Juana de — Ipuche, Pedro Leandro — Ibáñez, Roberto — Ilaria, Juan

Jiménez de Aréchaga, Justino.

Kubly y Arteaga, Enrique.

Larrañaga, Dámaso Antonio — Lamas, Andrés — Lamberti, Antonio — Lafinur, Luis Melián — Luisi, Luisa — Luisi, Clotilde — Luisi, Paulina — Lasplaces, Alberto — Lista, Julio A. — Lerena Acevedo, Héctor A. Lasso de la Vega, Leoncio — Lagarmilla, Eugenio — Legnani, Mateo.

Magariños Cervantes, Alejandro — Montes, Victoriano E. — Muñoz, Daniel — Mitre, Bartolito — Maciel, Santiago — Maeso, Carlos M. — Martínez Vigil, Daniel — Martínez Vigil, Carlos — Montagne, Edmundo — Morador, Federico — Muñoz, María Elena — Minelli, González Pablo —Minelli, Pablo María — Monegal, Casiano — Morosoli, Juan José — Morquio, Luis — Montero Bustamante, Raúl — Moratorio, Orosmán —

Medina Bentancort, Manuel — Morey Otero, Sebastián — Miranda, Héctor — Miranda, César — Mendilharzu, Raúl — Maldonado, Horacio. Montiel Ballesteros, A. — Motta, Dante — Monteverde, Eduardo —

Nin Fr´as, Alberto — Nebel, Fernando — Núñez Regueiro, Manuel — Nin y Silva, Celedonio.

Oribe, Emilio — Oliver, Juan M. — Oneto y Viana, Carlos.

Pérez Castellano, José Manuel — Pacheco y Obes, Melchor — Pérez, Abel I. Passano, Ricardo — Pacheco, Carlos María — Papini, Guzmán — Pérez Petit, Víctor — Picón Olaondo, Juan — Piqué, Julio — Pérez y Curís, Manuel — Parra del Riego, Juan — Princivalle, Carlos M. — Prunell Alzáibar, Elbio — Paseyro, Ricardo — Páez Formoso, Miguel — Palomeque, Alberto — Parodi Uriarte, María E.

Ramírez, José Pedro — Ramírez, Carlos María — Ramírez, Gonzalo — Ramírez, Juan Andrés — Regules, Elías — Roxlo, Carlos — Reyles, Carlos — Rodó, José Enrique — Rossi, Santín Carlos — Rodríguez Fabregat, Enrique — Regules, Dardo — Ricaldoni, Américo — Riestra Ulises W. — Reyes, José María — Rodríguez, Yamandú.

Quiroga, Horacio.

Sienra, Roberto — Santiago, Ramón D. — Soler, Mariano — Sánchez, Ricardo — Salterain, Joaquín de — Soca, Francisco — Sánchez, Florencio — Salaverry, Vicente A. — Supervielle, Julio — Smith Agustín M. Silva Valdés, Fernán — Sabat Ercasty, Carlos — Sabat Pebet, J. C. — Soto, José (Boy) — Sáenz, Raquel — Sosa, Julio María — Simón Francisco — Schinca, Francisco Alberto — Scarzolo Travieso, Luis — Secco Illa, Joaquín — Scarone, Arturo — Soiza Reilly, Juan José.

Torres, Máximo Maeso — Teixeyra, Faustino M. — Trelles, José (El Viejo Pancho) — Tognochi, Carlos Maeso — Torterolo, M. Leogardo — Tacconi, Carlos Emilio — Tievent Vicens, L. — Torres Ginart, Luis — Terra, Duvimioso — Thévenin, L. (Monsieur Perrichón) — Tomé Eustaquio

Varela, José Pedro — Vázquez y Vega, Prudencio — Vaz Ferreira, Carlos Vaz Ferreira, María Eugenia — Viana, Javier de — Vasseur, Armando — Vallejo, Carlos María — Verdié, Julio — Vitureira, Cipriano Santiago Vázquez Ledesma, Froilán — Villagrán Bustamante — Vega, Antonio Varela Acevedo, J. — Vigil, Constancio C.

Weisbach, Alberto — Welker, Juan Carlos.

Zorrilla de San Martín, Juan — Zubillaga, Juan Antonio — Zavala Muniz, Justino — Zarrilli, Humberto — Zum Felde, Carlos — Zum Felde, Alberto — Zolessi, Jerónimo.


BIBLIOTECA
RODÓ
DE
LITERATURA
E HISTORIA
AVTORES AVRVGVAYOS

Arg
863.6
Vig
esl

CONSTANCIO C. VIGIL

ESLABONES

SEGUNDO MILLAR

OVIDIO FERNANDEZ RIOS

DIRECTOR

LA BOLSA DE LOS LIBROS
MONTEVIDEO
9858
20

CLAUDIO GARCIA Y Cía. - Editores
Calle Sarandí, 441
Montevideo

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DEPARTAM. DE INVESTIGACION Y
DEPARTAMENTO DE LITERATURA URUGUAYA
MONTEVIDEO
Arg 863.6 VIG esl
Eslabones /
FHCE/098584



CONSTANCIO C. VIGIL

Dibujo de Buscasso.

Ficha Biográfica

Constancio C. Vigil nació en Rocha, Departamento de la República O. del Uruguay el día 4 de Setiembre de 1876, siendo sus padres don Constancio C. Vigil, notable abogado y periodista, y doña Ventura Olid, hija del famoso guerrillero uruguayo coronel don Bernardino Olid. Contrajo enlace con doña Leticia Vega.

Un hecho inicial y destacado en su vida y que parece hubiera marcado el origen de una directiva de su destino, es el siguiente, y del cual él mismo hace referencia:

"Nací cuando mi padre redactaba "La Ley", valiente diario, el único que en todo el país alzaba una voz viril frente a la tiranía de Latorre. Pero esa voz, única, vibrante y valiente, tenía que ser ahogada. Y una noche un grupo de sicarios dirigió las armas contra el hogar del director de "La Ley". Una de las balas se incrustó en mi cuna. Ese fué *mi bautismo como soldado de la justicia.*"

Terminado su bachillerato de Ciencias y Letras en la Universidad de Montevideo, inicia su carrera li-

teraria con poesías publicadas en diarios y revistas, principalmente en la que dirigía, entonces, José Enrique Rodó.

Comparte con el célebre escritor humorístico don Wáshington P. Bermúdez la dirección del famoso diario festivo "El Negro Timoteo" (segunda época), y al mismo tiempo colabora en la "Revista Nacional de Literatura", de Buenos Aires; en el "Almanaque Artístico" dirigido por Prieto Valdés; en "Rojo y Blanco", dirigido por Samuel Blixen, en numerosos diarios y revistas de su país y del extranjero, y especialmente en "La Nación" de Buenos Aires.

En 1901 funda la revista político-literaria "La Alborada", que se difundió con éxito extraordinario, intensificando por esa misma época su entusiasta propaganda por la confraternidad intelectual y espiritual entre los países de la misma raza y vinculados por el mismo idioma.

En 1911 funda en Buenos Aires "Mundo Argentino", que dirige y redacta durante siete años, y asume así mismo la dirección de "El Hogar".

En marzo de 1918, con la aparición de la revista "Atlántida", pone la primera piedra del grandioso edificio en el que hoy se editan las nueve revistas de enorme circulación, prestigio y valor editorial en el idioma: la "Editorial Atlántida". Ellas son: "Atlántida", "Para Tí", "Billiken", "Tipperary", "La Chacra", "Cinegraf", "El Gráfico", "El Golfer Argentino" y "Marilú".

En 1915 publica la primera edición de su notable obra "El Erial", de profunda médula filosófica y que ha sido juzgada como uno de los libros de más califi-

cado valor en las letras hispano-americanas y del cual se han publicado ya siete ediciones, en varios idiomas. Por las doctrinas de paz y de amor sustentadas en dicho libro, que son reflejo de todas las inquietudes de su vida, y por su prestigio en toda América como escritor y periodista cuyo fundamental apostolado ha sido el pacifismo, ha merecido el honor de ser candidato al Premio Nobel de la Paz, por parte de institutos, círculos y personalidades descollantes en el ambiente intelectual de Hispanoamérica.

Ha publicado, además: "Las verdades ocultas", "Los que pasan", "Cuentos"; los textos escolares: "Marta y Jorge", "Alma nueva", "Compañero", "¡Upa!", "Mangocho", "La escuela de la señorita Susana", adoptados por el H. Consejo N. de Educación, de la República Argentina, siendo así mismo autor de cerca de un centenar de libros de cuentos, considerados como elevada expresión de un nuevo valor en la literatura para niños.

98584

20

ESLABONES

SI hemos de ser sinceros los que escribimos para el público, tenemos que reconocer la dificultad creciente con que luchamos para cumplir nuestra misión, no ya con cierta eficacia, sino, siquiera, con probidad y claras normas. La complejidad de la existencia es cada día mayor. Cada vez es más difícil abarcar la actualidad, formarse una opinión cabal sobre un hecho. Nos enteramos, de inmediato, de cuanto ocurre en el país y en el mundo. Los acontecimientos desfilan ante nosotros vertiginosamente, como las imágenes del cine; las ideas más diversas solicitan nuestra atención a cada momento; el corazón es acicateado en las 24 horas por los anhelos, las esperanzas y las amarguras de todas las razas y de todos los pueblos. Mantener firme la cabeza en medio del torbellino de tantos comentarios y noticias es ya una hazaña mental. Pocos se detienen a meditar ante un suceso, reforma o problema. El tiempo apenas alcanza para recoger ideas, impresiones, datos.

EL periodismo es el encargado de organizar la información mundial de cada día y de hacer sobre los principales hechos el análisis y la crítica para orientar la opinión. Pero el periodismo, aunque no lo ha confesado todavía, siente a su turno la turbación de la múltiple, compleja y simultánea repercusión de cuanto ocurre en el planeta. Es la dificultad de apreciar bien un sonido en un conjunto de múltiples sonidos disonantes. Una sola ciudad populosa reclamaría un diario entero. Aun dentro de esta ciudad, una sola sección de diario, amplia y completa, exigiría la íntegra actividad del cuerpo de redactores y reporteros.

El periodista, en consecuencia, padece igual confusión, embarazo y mareo que los demás ciudadanos ante la diaria y formidable ola que lo atropella, lo envuelve y casi ahoga su discernimiento. Tampoco a él le alcanza la jornada para enterarse, siquiera, de las noticias que con rapidez vertiginosa vienen a estrellarse en su cerebro desde los cuatro puntos cardinales. Y se acuesta y se levanta sin conseguir dominar la situación, sin hallar la salida del laberinto. Aunque un poder excepcional de selección y de discernimiento le permitiese detenerse en el análisis profundo de algún hecho y sus ideas alcanzaran la debida madurez, comprobaría la inutilidad de su esfuerzo para exponerlo con prolijidad, pues la muchedumbre no dispone de tiempo necesario para leerlo; la atención resbala sobre la superficie de las cosas.

EL hombre actual anda, ve y habla mucho; es informado de cuanto ocurre en todas partes; vuela; recoge los sonidos que viajan por el aire; conversa con el amigo que se halla a millares de leguas; mas no dispone de tiempo para enterarse seriamente de algo, ni para pensar. Para eso necesitaría enterarse de menos cosas, aislarse, detenerse. Algunos, pocos, lo hacen, y esperan sorprender con sus creaciones, inventos o reflexiones; pero se equivocan: nada detiene a la gente en su fuga del presente, nada la preocupa, parece; nada de hoy interesará mañana.

La humanidad, en este período de transición, procura adaptarse a las nuevas circunstancias que le ha creado el progreso. Amplió su horizonte. Vive a la vez en todo el mundo. La unidad y solidaridad de la especie van siendo hechos positivos para su corazón y su cerebro y esto le causa una confusión enorme al mezclarse con sus actividades y deberes habituales.

ESCRIBIR por escribir, para entretener tan sólo, para mostrar que se escribe, o para hacer creer que se dice algo, continúa siendo posible, desde luego. Inmensamente difícil es ahora escribir cuando la finalidad del escritor no consiste en hacerse su propio pedestal, sino que anhela dejar siquiera una brizna de provecho a su paso por la tierra.

Vox clamantis in deserto suele ser la de muchos que se esmeran en ahondar hoy los problemas de la vida.

EL ideal moderno es la rapidez en todo. Se viaja por el mundo de las ideas lo mismo que en automóvil o aeroplano, a cien o trescientos kilómetros por hora, lo cual es muy divertido, según parece, aunque no sea posible contemplar ningún detalle. Se parte y se llega como bala de cañón, prometiéndole al trayecto, igual que al escrito, volver en otra oportunidad para apreciarlo con calma.

Cuanto más preciosos, menos merecen los libros el trato de las gentes.

Novelas y relatos de aventuras, que puedan recorrerse como las carreteras, es lo que pide la época. Bien lo saben bibliotecarios y libreros.

Citar tan sólo los antiguos libros, pródigos en sabiduría y deleite, es dar prueba de mal gusto.

DICE un escritor digno de crédito: "Tan pronto como se difundió la noticia de que Virgilio estaba escribiendo un poema épico, se encendió en todo el mundo romano una ansiosa espectativa. El propio emperador, encontrándose el año 26 en plena lucha con los cántabros, pedíale al poeta que le anticipara algo de su obra".

¿Concíbese en estos tiempos semejante expectativa? ¿Siente un anhelo comparable al de Augusto algún jefe de Estado?

Actualmente sería más propio leer:

"Tan pronto como se difundió la noticia de aquel partido de fútbol, se encendió en la muchedumbre una ansiosa expectativa."

O bien:

"El propio Presidente de la República, haciendo un paréntesis a sus graves preocupaciones, recibió al boxeador en su despacho oficial y le pidió que le anticipara una impresión sobre la pelea."

QUIZA nuestro lenguaje es antiguo ya para la época; quizá la literatura deberá renovarse, brusca y fundamentalmente, como todo lo demás; quizá estamos haciendo el papel de charlatanes ante los prodigios de simplificación de la mecánica y de la electricidad; quizá el hombre moderno ya reclama otro medio de expresión, más conciso, más claro. No es racional escribir cien palabras para expresar una idea cuando bastan segundos para comunicarse de un continente a otro, y bastan unas horas para trasladarse físicamente a distancia de miles de kilómetros... Y pienso a veces si no se llegará a la representación de las ideas con simples líneas, a una escritura geométrica que nos prometa algunas probabilidades de que la gente pueda enterarse de lo que decimos.

PASARON otra vez los Reyes Magos; trajeron gran cantidad de juguetes para alegrar los corazones infantiles; pero como atraviesan la ciudad a altas horas de la noche, cuando todos los niños están dormidos, tampoco ahora advirtieron que hay entre ellos muchos que son enormemente desdichados. Y siguieron la marcha, seguros de dejar afianzado para la gente menuda el reino de la alegría, durante un

año, por lo menos. Si los buenos Reyes Magos realizaran su magnífica jornada en pleno día, estoy seguro de que al ver tantos chiquitos que sufren demasiado bajarían afligidos de sus camellos, para defenderlos ardorosamente o para llevárselos hacia la tierra de la felicidad. Y lo habrían de conseguir, porque los aman tanto, que ocurriría el milagro de que soldados, caballos y armas de juguete se volverían de verdad. Porque si bien es evidente el placer que producen los juguetes, no es menos real que los niños esperan todavía la hora de la justicia para ellos. Transcurren años y siglos; se levantan y desaparecen las generaciones, y esta hora no llega. No llegará jamás hasta que no se les reconozca la igualdad en los derechos a la vida, en forma semejante que la igualdad establecida para los hombres ante la ley. Ellos vienen al mundo ignorantes, inermes, desvalidos, sin noción del bien ni del mal, libres de toda culpa. Por el hecho de nacer, nos piden la comprensión de sus necesidades, amparo contra los peligros que los acechan, orientación y guía para su salud física y moral. No traen nada más que la esperanza; todo lo han de recibir de quienes los rodean desde el primer momento y de la sociedad que los incorpora a su seno. Pero sucede que estos pobrecitos, que son los más pobrecitos de la tierra, y que durante meses ni siquiera perciben distintamente las imágenes y los sonidos, aparecen poco después diferenciados y clasificados. Unos reciben cuanto les conviene para ser sanos, buenos y dichosos; otros son condenados al hambre, a la miseria, a padecer la ignorancia y la crueldad. Un niño se ve privado del aire puro, del sol, de libertad para sus juegos; otro es forzado a trabajar

en la edad del desarrollo; otro crece en las tinieblas de la depravación y la incultura; otro, el más infeliz, es señalado de perverso, debiera estar ya en presidio... ¡Cuántos niños con hambre, hambre de pan, de comprensión y de ternura!.. Ni los parientes, ni la sociedad, ante los niños "malos", se han detenido aún a meditar quiénes pusieron esa maldad en el mundo. Los primeros suponen que disminuyen su responsabilidad haciéndolos más malos con esos castigos brutales que frecuentemente motivan la intervención de la autoridad; la sociedad, por su parte, considera que cumple su deber al preparar asilos, hospitales, cárceles... Mientras existan padres que olvidan la propia responsabilidad, y se indignan, y no se avergüenzan del fracaso del hijo; mientras la sociedad no asegure los derechos del niño, en lugar de limitarse a recoger más tarde la inmensa recua de los hombres y mujeres malogrados y envilecidos en la niñez por la miseria, la ignorancia y la impiedad, es inútil y es torpe que aguardemos un porvenir mejor.

Pasaron otra vez los Reyes Magos, y dejaron sus regalos de alegría; pero como atraviesan la ciudad cuando todos los niños están dormidos, tampoco ahora advirtieron que hay entre ellos muchos desdichados, siendo este el crimen más grande que se comete en la Tierra, porque de él salen todos, y la deshonra más insoportable, porque muestra, cual ninguna, que la poca inteligencia de la especie y la dureza de su corazón es el origen de sus peores desgracias.

ANHELAMOS que el mundo entero sienta el asco de la guerra, a la manera de un instinto higiénico.

No hay, por cierto, aflicción que sobrepuje a la que causa el idiotismo de segar juventud masculina para acrecentar el poderío y la gloria de la patria!..

Que se sepa que el heroísmo supremo no es el que aparece en la descripción de las batallas ni en las obras de arte. El máximo heroísmo del soldado es aguantarse en el infecto lodo, vivir peor que las bestias repugnantes; ser sapo, culebra, hiena, escarabajo.

GRACIAS a Dios, los americanos nacemos ya con el delicado instinto que nos preserva de buscar "el engrandecimiento nacional" y "la dignificación del pueblo"... en los campamentos y trincheras! Hemos probado que los conflictos internacionales no perturban nuestro sentido ni nuestra afición a la higiene moral. Miramos al ejército como base para una vasta y preciosa institución cultural... ¡Desechemos también los pérfidos juguetes que inculcan en el niño la espantosa aberración de que las luchas armadas son agradables y hermosas!

Cada vez ha de volverse más remoto en nuestro mundo el peligro de la regresión en masa al bestialismo, porque las madres conscientes de su misión, han de infundir en sus hijos, con su sangre, la abominación para la guerra.

LA violencia para imponer ideas y sentimientos es prueba irrecusable de estupidez, así se trate del padre o del maestro que pretenden ennoblecer por el castigo; del marido ultrajado, que supone salvar su honor con su crimen; de la justicia que con el asesinato enseña a los asesinos a respetar la vida ajena; del gobernante, que en su torpeza confunde la sumisión aparente que impone por la fuerza con la verdadera comprensión o adhesión íntima; del reformador social, que promete redimir a los demás, y es incapaz de redimirse a sí mismo de la estultez y de la vileza, que lo equiparan a los demás criminales en los medios empleados para buscar lo que desean o juzgan que es conveniente.

Cuesta convencerse de que exista todavía gente confiada en la utilidad de la violencia para luchar contra la razón y el sentimiento, que, por ilógico absurdo, se puede comparar con el propósito de modificar, por medio de un discurso, la forma de la materia. Tanto cambia el pensamiento con la brutal acometida, como el pedazo de hierro ante el influjo de las más bellas palabras. Tanto tiene de estúpido o de loco el que se propone lo primero, como el que intente lo segundo. La fuerza, instrumento inadecuado para nuestra alma, únicamente alcanza a producir terror; y el terror es un estado mental que aumenta la resistencia al extraño influjo.

El problema de los asesinatos, de la degradación de la niñez por el castigo, de la guerra y de los crímenes políticos o sociales, es, de los más angustiosos. No hay modo de que entiendan los imbéciles la falta

ANHELAMOS que el mundo entero sienta el asco de la guerra, a la manera de un instinto higiénico.

No hay, por cierto, aflicción que sobrepuje a la que causa el idiotismo de segar juventud masculina para acrecentar el poderío y la gloria de la patria!..

Que se sepa que el heroísmo supremo no es el que aparece en la descripción de las batallas ni en las obras de arte. El máximo heroísmo del soldado es aguantarse en el infecto lodo, vivir peor que las bestias repugnantes; ser sapo, culebra, hiena, escarabajo.

GRACIAS a Dios, los americanos nacemos ya con el delicado instinto que nos preserva de buscar "el engrandecimiento nacional" y "la dignificación del pueblo"... en los campamentos y trincheras! Hemos probado que los conflictos internacionales no perturban nuestro sentido ni nuestra afición a la higiene moral. Miramos al ejército como base para una vasta y preciosa institución cultural... ¡Desechemos también los pérfidos juguetes que inculcan en el niño la espantosa aberración de que las luchas armadas son agradables y hermosas!

Cada vez ha de volverse más remoto en nuestro mundo el peligro de la regresión en masa al bestialismo, porque las madres conscientes de su misión, han de infundir en sus hijos, con su sangre, la abominación para la guerra.

LA violencia para imponer ideas y sentimientos es prueba irrecusable de estupidez, así se trate del padre o del maestro que pretenden ennoblecer por el castigo; del marido ultrajado, que supone salvar su honor con su crimen; de la justicia que con el asesinato enseña a los asesinos a respetar la vida ajena; del gobernante, que en su torpeza confunde la sumisión aparente que impone por la fuerza con la verdadera comprensión o adhesión íntima; del reformador social, que promete redimir a los demás, y es incapaz de redimirse a sí mismo de la estultez y de la vileza, que lo equiparan a los demás criminales en los medios empleados para buscar lo que desean o juzgan que es conveniente.

Cuesta convencerse de que exista todavía gente confiada en la utilidad de la violencia para luchar contra la razón y el sentimiento, que, por ilógico absurdo, se puede comparar con el propósito de modificar, por medio de un discurso, la forma de la materia. Tanto cambia el pensamiento con la brutal acometida, como el pedazo de hierro ante el influjo de las más bellas palabras. Tanto tiene de estúpido o de loco el que se propone lo primero, como el que intente lo segundo. La fuerza, instrumento inadecuado para nuestra alma, únicamente alcanza a producir terror; y el terror es un estado mental que aumenta la resistencia al extraño influjo.

El problema de los asesinatos, de la degradación de la niñez por el castigo, de la guerra y de los crímenes políticos o sociales, es, de los más angustiosos. No hay modo de que entiendan los imbéciles la falta

de relación entre el medio que emplean y el fin que se proponen.

Quienes ahondan en la torpeza y la desgracia humanas sólo confían en un recurso, lento y difícil, pero único y positivo: el desarrollo de la inteligencia por medio de su cultivo intenso y firme. No hay otra solución. Lo único práctico es fundar escuelas, propagar la cultura, difundir la enseñanza moral, sacar de las tinieblas del absurdo y de la maldad el mayor número posible de esos seres que mañana, y ayer, y siempre, por su indigencia mental, incurren en el idiotismo de convertirse en bestias para actuar en las esferas de la razón o del sentimiento. Y quizá se calumnia, al expresarse en esta forma, a las bestias, porque ellas proceden de conformidad con la naturaleza y respetan sus designios y sus normas. No ofrecen ningún ejemplo en su vida de relación con los demás seres y con las cosas materiales en que aparezcan en actitud tan torpe como el hombre cuando se arma de un garrote o de un puñal, para conseguir que un niño, un hombre, un pueblo, sientan en su corazón lo mismo que él o elaboren en su cerebro los mismos pensamientos.

GRANDES y profundos cambios se han producido a veces en el mundo; la marea del ideal ha invadido las playas; grandes médanos han combiado de sitio bajo la acción de vientos purificadores; formidables tempestades han trastornado por momentos con brutalidad de cataclismo el orden de las cosas.

Mas ha vuelto la calma, y quedó todo casi igual que antes.

¡Lenta, muy lenta es la marcha de esta triste y cobarde humanidad, que se detiene a cada trecho, así como los rebaños por causa de pasturas apetitosas, por lejanos ladridos, por el cornetín del pastor y hasta por sombras raras que ora el sol, ora la luna, proyectan a lo largo del camino!

LOS tiempos y los azares no fueron más para España que el sol, la lluvia y el viento para la naturaleza, elementos vitales de renovación y purificación; y así se mantiene siempre juvenil, bella, pujante y soñadora, como cuando era muchacha; y así retoña en carne y en espíritu para brindar al mundo sus inefables encantos.

Pasadas la conquista, la época colonial, las guerras de la independencia... España viene hacia nosotros y nosotros vamos hacia ella. Nos separamos, y ahora nos unimos más que nunca. Nos perdió como colonias; nos recuperó como naciones libres.

QUE será de los muchachitos, todos los muchachitos a los que alcanza mi amor cuando yo falte?

Esta idea, tan enorme en su inocencia, me aflige hace años.

Un mal terrible de los muchachitos es que no saben o no pueden hablar lo necesario en las circunstancias en que habrían de defenderse o justificarse.

Otro mal es que muchas cosas les resultan desagradables sólo porque son forzadas, impuestas, ine-

ludibles. El muchachito necesita — porque es vida naciente — ejercitar su albedrío, optar, decidir sobre su camino y destino.

Una fuerza misteriosa lo impulsa en cierto sentido cuando todavía su mente no discierne.

Conocí a un muchachito que era "muy malo".

Tenía doce años de edad.

El padre lo presentó al director del colegio en esta forma:

—Aquí le traigo a un bandido. Es lo más malo que he visto. ¡Es el mismo demonio!..

Y agregó con una horrible voz de fiera:

—Mátelo, si quiere, porque yo... ¡ya no sé qué hacer con él!

El maestro se levantó de su sillón y se dirigió hacia aquel animalito salvaje, despiadadamente provocado por la perversidad. Puso la mano sobre su cabeza; el niño alzó los ojos, por primera vez, del suelo.

¡Una mano que no golpeaba!

—Se equivoca, señor — dijo el sabio maestro; — su hijo es bueno; tan bueno, que le agradezco que me lo haya traído y que me lo deje... Será el primer alumno de mi escuela. Estoy seguro, en absoluto, de ello.

Y fué el primero, en efecto, sin dar jamás el más leve motivo de disgusto.

¿Cómo no mitiga la maldad de ciertos hombres con los niños el frescor de lo infinito que perdura en las frentes infantiles?

¿Cómo no ven que sólo los gorriones, tan implacablemente perseguidos, miran y temen así?

Los cabellos, indóciles e hirsutos, se abren a todos los rumbos, como a otros tantos caminos abiertos a la esperanza.

*

Una vez vi a un hombre grande y gordo azotando a un muchachito.

Al día siguiente encontré al niño y le dije:

—¡Con que tu padre te pega!

—¡No! — me contestó con energía, creyendo que yo no había visto nada.

—¡Mi padre no me pega!

Toda la vida de aquel hombre ¿valdrá estas palabras de su hijo?

*

Mala es la envidia; pero yo envidio algo.

Envidio al hombre que pasa con un niño de la mano.

Envidio al hombre que tiene, ¡todavía!, un muchachito que lo ve fuerte, poderoso y santo.

Los únicos grandes hombres que hay en el mundo son los que ven los niños.

Cuando éstos se nos van, se nos va toda grandeza, todo saber y todo poderío.

Nos enteramos de que somos nada.

LA democracia saldrá de la mujer, se nutrirá de su seno, crecerá en armonía íntima y completa con su alma. La educación de la mujer es la piedra angular de la República. De manera que en tanto subsistan los idiotismos derivados de la supues-

ta inferioridad de la mujer, la humanidad no dará un paso en el camino de su redención.

Con tales idiotismos aumentaron los vicios, las fealdades, los errores, la vanidad y la desdicha del hombre.

La educación para la democracia se basa en la liberación y dignificación de la mujer; esto es, en su autonomía. Cuando ella gobierne rectamente su ser y rija su destino, dará a la humanidad frutos de bendición; cada hombre que llegue al mundo será un Mesías. Del equilibrio orgánico de la mujer, de la dulzura de su corazón, dependen la mayor parte de nuestras conquistas y toda nuestra esperanza. Ennoblecida por la autonomía, confirmada en la amplitud casi divina de la misión maternal, ella curará nuestras angustias y nos redimirá de nuestros peores crímenes.

HALAGAR y adular a los ignorantes fué, en todos los tiempos, el medio más seguro para apropiarse del gobierno del país; y así seguirá ocurriendo, por desgracia, mientras mayoría e ignorancia anden unidas, por lo cual, los únicos reales libertadores del pueblo son los que menos lo parecen y en menos son estimados como tales; vale decir, los que lo educan y lo enseñan.

Lo deplorable y aflictivo es que la humanidad aparezca en todas partes con idéntica confianza en sus peores enemigos.

Si un pobre adula a un hombre poderoso, es menospreciado. Pero, en cambio, consigue popularidad y prestigio el más servil adulador que pueda conce-

birse; el que, por medios funestos para la sociedad, adula al señor más poderoso en una democracia, que es la mayoría.

WILSON fué el estadista contemporáneo que más claramente vió las necesidades de la época. Por eso sus palabras tienen inmenso valor. No se dirigen a halagar o intimidar, sino, sencillamente, a iluminar la verdad y a conducir a los hombres hacia ella. Siente el porvenir que llega y quiere que los encuentre prevenidos. Sus opiniones y consejos son de universal interés porque convienen a todas las naciones y categorías sociales.

La decisión con que él condenaba el empleo de la violencia no puede sorprender a ningún hombre que ame lealmente a la humanidad, y mucho menos a un americano. Venga de quien viniere, ella sólo servirá, sólo ha servido hasta hoy, para afear y pervertir la vida. Habrá quien piense que Wilson, como representante del gobierno, se hallaba obligado a mantener el orden y que esto influía en su juicio. Tal suposición es falsa. Cualquier hombre que hable con igual conocimiento de los hechos e igual sinceridad, ha de decir lo mismo.

BATLLE era, físicamente, de aspecto tosco; grande, pesado. Algo infantil, que sorprendía y encantaba, embellecía su cabeza. A su corazón juvenil, sin cambio alguno, lo han sepultado con los mismos amores y las mismas esperanzas de

las primeras jornadas. Quizá, si lo sacan de la tierra, siga todavía latiendo, cándido e impetuoso, por un porvenir mejor.

Desde cualquier punto del orbe que se mirara hacia el Uruguay, Batlle sobresalía nítidamente recortada en el horizonte su recia figura, de cabeza incon-fundible.

No recogió nada para sí; no hubo sitio en su existencia para guardarlo; no dispuso de oportunidad para elegirlo. No se detuvo en ningún jardín florido. Soñó, luchó y murió.

Fué, ante todo, voluntad; y, más que todo, sentimiento. Su pasión fué su defecto y es su gloria. Ella esculpió en vida su estatua. Síntesis del Uruguay, cuando él avanzaba parecía que el país entero se ponía en marcha.

EN carteles fijados en los muros de la ciudad leí que es necesario perseverar en la "lucha" contra la tuberculosis, en la "campaña" contra las ratas y en la "guerra" contra el analfabetismo.

He aquí unos carteles que parecen presagiar la indispensable evolución del espíritu belicoso, empleándolo en destruir a los verdaderos enemigos de la humanidad y no en debilitarse a sí misma.

Algunos pensadores han persistido en demostrar que las guerras son necesarias para el progreso de la especie. Les faltó aclarar debidamente que esta necesidad no es precisamente la de que el hombre luche contra el hombre, una sociedad contra otra, una nación contra otra nación.

Las guerras que hacen falta, las guerras de los no obsesionados o no imbéciles, son las que se libran contra las enfermedades, la ignorancia y el aislamiento entre los pueblos.

Para ellas están convocados todos los hombres de buena voluntad del mundo entero.

Disminuirán positivamente las miserias y los padecimientos de la humanidad, acercándonos al ideal de felicidad, de bienestar y de tranquila paz que todos anhelamos.

NEGOCIO vil el de la industria bélica! Mientras haya sindicatos de capitalistas y de fabricantes que necesiten de los conflictos internacionales y de la amenaza de la guerra para vender su mercancía, es indudable que las relaciones de los pueblos no serán tan cordiales como sería de desear. Los que esperan ganancias de la venta de cañones y fusiles no promoverán la armonía y la buena inteligencia entre los países; sino todo lo contrario. La diplomacia, la prensa, la opinión pública se hallan frecuentemente bajo el misterioso influjo de los señores de la industria bélica. Lo esencial para vender sus productos es promover recelos, odios y temores entre los pueblos.

AMERICA reclama que cada hombre sepa que lo es; que ser hombre es ser el gobierno de sí mismo, y que ello es imposible sin una perfecta autonomía.

Sabemos que en el seno de estos pueblos existen afiliados activos y pasivos de la esclavitud. Todo el que se vale de su situación para humillar o despojar a alguien, el que impone injusticia grande o pequeña, el que busca atrapar con las redes del engaño la voluntad ajena, es adicto del despotismo, enemigo declarado de la humanidad. El que abdica de su razón, el que traga las ideas sin deglutirlas, el que coloca su dignidad espiritual por debajo de potestades e intereses, es un servil ejemplar de rebaño; no un americano de verdad.

LA más visible falla de la vulgar filantropía es el olvido o abstracción de las causas que determinan las desgracias individuales y sociales. Así como se prosigue ardorosamente la fundación de hospitales y cárceles, sin que jamás alcancen para las necesidades, por la razón de que no se toman en cuenta los prolíficos agentes de la miseria fisiológica y de la depravación moral.

Los resultados de la filantropía en boga son grandes hacinamientos de locos, criminales, enfermos y niños malogrados.

CON qué divino orgullo lleva la madre próvida su carga, fragmento de lo porvenir, arrancado con su dolor a lo infinito!..

¡Con qué divina fe confía en que ha vencido a la fatalidad, y que en su hijo se realizarán las esperanzas de la especie!

¡Con qué divina abnegación se da íntegramente al niño para asegurar su dicha!

¡Toda mi vida se arrodilla ante ella y la bendice!

AL celebrar el Uruguay su primer siglo de vida independiente, puede celebrar, también, su madurez precoz. Cien años le han bastado para pasar a la edad en que predominan la reflexión, la previsión y el amor al trabajo.

Es una nación hecha, organizada, ordenada, culta y próspera. Es en el mundo algo más de lo que representan su extensión territorial y su población. Participa en la gloria y la grandeza de los principios que con fervor sustenta. La vehemencia de su culto por la paz, por el derecho y la justicia constituyen su característica internacional y el secreto de su vitalidad y de su futuro. Su potenciabilidad bélica y económica pesa muy levemente en la balanza internacional. Su pensamiento, en cambio, es un valor positivo en los destinos de la humanidad, porque el espíritu, por voluntad de Dios, gobierna el mundo.

LA sombra del gran Artigas reune a todos los uruguayos como vívido emblema de la patria. Es el hombre que quedó de las luchas y azares del pasado como la personificación genuina del país que nacía. Es aquel que era oficial del regimiento de Blandengues, del virrey del Plata, al estallar la revolución de 1810 en Buenos Aires. De inmediato se puso en relación con la junta revolucionaria y, de inmediato, tam-

bién, se sublevó, con su hermano Manuel, contra la dominación colonial. Esto ya es mucho y justificaría por sí la glorificación del aguerrido oficial. Desde ese día luchó con titánico esfuerzo, sin una hora de desaliento, en heroísmo continuo, con hambre, sed, frío, sueño — yo creo que hasta durmiendo, — por la independencia de su patria. Y sin ceder jamás en voluntad y coraje, sin que se amortiguara ni un instante su ardiente y austero espíritu de sacrificio, batalló y defendió en todos los terrenos sus ideales, hasta la derrota que en Catalán le infligieron los portugueses, dejándolo deshecho y sin posibilidad de reaccionar. Esto, por sí, justifica la glorificación de un hombre. Pasó entonces a Entre Ríos — que era, también, patria suya, como lo es aún hoy de los uruguayos, como es el Uruguay patria de los entrerrianos, a despecho de la geografía y de los tratados — y, al comprobar que su estrella se había ocultado, se refugió en el Paraguay. Llegó allí como un mendigo, seguido por su asistente, el negro Alsina, todo lo que recogió y quedábale de su poderío omnímodo. Pidió techo y amparo al dictador, y recibió un pedazo de tierra, un rancho, un árbol. A los pocos días, Artigas, el gran Artigas, el famoso guerrero, padre de un pueblo, autor de las luminosas bases del año XIII — ¡que bastan, por sí, para la gloria de un hombre!, — araba la tierra desde que asomaba el sol para asegurarse el pan. Solo, con su fiel Alsina, que lo miraba y lloraba en conmovedor silencio, devoró la amargura inevitable e insondable de haber dado la vida. Cuando expiró, el 23 de setiembre de 1850, habían transcurrido por su cerebro y por su corazón siglos de soledad, de renunciamiento y de hu-

mildad. ¡Treinta años sin desear nada, sin pedir nada, sin esperar nada para sí! "¿Y todavía hay quien se acuerda de mí?", es lo único que se sabe que haya dicho respecto a su pasado, y lo dijo dulcemente, no como una protesta contra el destino, sino más bien para disculpar, ante el ilustre extranjero que lo visitaba, la ingratitud nacional. Estos treinta años de Artigas bastan, también, para su eterna gloria.

"VANITY Fair", una revista norteamericana, en una de sus últimas ediciones publicó una página que merece ser destacada. La página se titulaba así: "Los nombramos para que se les olvide". Debajo, cinco fotografías con los correspondientes nombres, y a continuación se explica la razón del título: Bernar Macfadden que ha hecho indecente a la higiene; que ha explotado el desnudo artístico con fines comerciales; que hace periodismo inmoral, etc. Reed Smoot el financista más imbécil de la historia, que, a pesar de haber llegado a presidente de la Comisión de Finanzas del Senado, no sabe contar ni con los dedos, etc. El senador Brokhart, de Iowa, que ha demostrado que un congresal no tiene la obligación legal de ser un caballero y es uno de los patanes provincianos del Congreso de los Estados Unidos... W. H. Thompson, que ha sabido contentar a todos los bandidos y asaltantes, falsificadores e individuos del bajo fondo, como alcalde de Chicago, y porque los insondables misterios de la política quizá determinen su reelección... Richard Halliburton, popular conferencista de clubs femeninos, autor de novelas bien es-

critas, pero llenas de falsedades, con las que se ha enriquecido. Son muchos los hombres expuestos así, por turno en esa revista, para recibir el menosprecio público. Es la antigua picota resucitada por el periodismo. Es una nueva especie de justicia, peligrosa y condenable, desde luego, porque nada asegura la imparcialidad en los procesos y sentencias del director y colaboradores del periódico.

1.o de mayo: Día de los Trabajadores, mejor dicho, de los obreros manuales. Un gran día en el mundo moderno, orientado hacia la comprensión amplia del derecho a la vida y al bienestar. Todas las luchas llamadas de clase y todos los anhelos humanitarios de los últimos tiempos tienden a asegurar ese derecho. La humanidad ya muerta buscaba "Libertad, Igualdad, Fraternidad": Era mucho y era nada. Era algo demasiado grande y demasiado vago. Era una bella esperanza en un infierno de perversidades. Había que comenzar por reconocer que el pueblo estaba formado por hombres. Hoy domina esta gran verdad en casi toda la tierra. Ha costado imponerla. Tal es el trascendental significado del "Día de los Trabajadores". Es como si festejáramos la desaparición de la bestia con figura humana o de la esclavitud que persistía lo mismo después de ser abolida en el papel. En la actualidad el obrero es un ser consciente, dotado de poder para hacerse oir, y cada día que pase asegurará más plenamente su situación, porque su inteligencia y su cultura le permitirán hacerlo sin estériles violencias. Goza, desde luego, del ejercicio de la ciudadanía en casi to-

dos los países, y esto solo lo arma de una fuerza poderosa para ponerse al frente de cualquier otra y para colaborar positivamente en el gobierno. El mundo entero se asocia jubiloso a la celebración del día de los trabajadores, que constituyen la inmensa mayoría de la especie humana, la que resultará siempre favorecida con que aquéllos avancen hacia el bienestar y la cultura por el camino de la sensatez, del respeto mutuo y la justicia. Porque reclaman justicia y hay que dársela para ellos, para sus mujeres y para sus hijos. Nadie menosprecie al trabajador manual; nadie ignore el alto valor de su contribución social; nadie ose englobarlo en aquella plebe antigua, sucia, ignorante, vil, sin amparo contra sus explotadores y verdugos.

Esa plebe, ese rebaño humano, desapareció en casi todos los países. Recién ahora se puede hablar sin cinismo de la fraternidad; de la libertad para labrarse el destino; de la igualdad ante las leyes. Para cada obrero que honra y sirve a la sociedad con su labor fecunda, nuestro cordial saludo y nuestro anhelo de que, redimiéndose a sí mismo, redima a la humanidad de sus miserias.

EL cazador nato caza por el doble placer de destruir la vida y de ejercitar cualidades que son en él congénitas. Desciende, quizá, de gente que vivió de la caza y de la pesca.

La escopeta, la red, el anzuelo, la trampa: todos los medios son utilizados por él; todo ser vivo en el estado libre despierta sus mortíferos instintos.

Si va a cazar perdices, no se satisface hasta matar un centenar. Si pesca no abandona las rocas hasta que reune docenas de pescados. Le es indiferente el destino del fruto de su paciencia y de su astucia. Su fortuna le permite proporcionarse el lujo de matar desinteresadamente.

Cuando no hay posibilidad de otra cacería, caza pajaritos.

Si otros gozan con el grandioso espectáculo de la vida, en su variedad infinita, él se extasía ante la muerte causada por la ferocidad, su esencial característica, su única pasión real y duradera.

PARA Stephen Koekkoek, pintor inglés acriollado, los colores son el medio de expresión. Se vale de ellos como el escritor de las palabras o de las notas el músico, y consigue deslumbrarnos, llegar hasta nuestra alma y producir la emoción. De los pintores modernos es, quizá, el más parecido en el estilo de Shakespeare. Hay cuadros suyos realmente iguales — hasta en la imperfección — a las mejores páginas del autor de Hamlet, urdidos en la misma tremenda fiebre creadora, animados por ese soplo genial que nos subyuga, realizados con estremecimientos íntimos que se traducen en golpes del pincel que van dejando en el cuadro magníficas palabras, que se unen y forman frases como joyas.

El alma de Koekkoek se ha vuelto visible.

Toda su vida anhela, gime, ríe y sueña en los paisajes, en las marinas y en las flores. De pronto nos fascina algo que tiembla con singular fulgor: son

sus lágrimas brillando inmarcesibles en la opulenta riqueza de sus cuadros.

FEDERICO Arbenlán dice en el capítulo XXXVIII de su Historia Universal que Colón había nacido en Egipto y era alfarero.

El erudito Cipriano Kejores asegura que el navegante era de origen persa y vivió muchos años como pastor de ovejas.

La historia que se enseña a los niños insiste en afirmar que don Cristóforo Colombo nació en Génova y fué cardador de lana.

Un discutido sacerdote e historiógrafo español no admite para Colón otra cuna que Galicia, ni otro oficio que el de pescador.

Ahora el historiador peruano Luis Ulloa nos quiere convencer que, si bien era pescador, Colón nació en Cataluña.

La última novedad sobre este asunto viene de Nueva York: Colón fué librero y nació en Milán. Tal es lo que resulta del documento de un amigo del navegante, escrito hace más de 400 años.

Vese lo inexorable del destino y lo paradojal de nuestra vida. Colón no tiene derecho al descanso, siquiera en premio de sus azarosas jornadas. Descubrió un continente, y ha de continuar viajando después de muerto, y va de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de país en país, en busca de patria.

SI uno pudiera hablar con la madre de la muchachita que sale con el novio a pasear "el amor" por los sitios sombríos, le preguntaría cómo es posible una inocencia maternal tan grande y tan culpable.

Y si uno hablara con la pobre muchachita, le diría qué es el amor, cosa que ella desconoce en absoluto, aunque el astuto galán pretenda simularlo. El amor, sentimiento puro, noble, digno y bello, no tiene ese aire canallesco; no anda como los bandidos, ocultándose. El amor respeta al ser amado, va por senderos claros y sus designios son honrosos y plausibles.

¿Qué relaciones lícitas son esas que reclaman la continua vigilancia de la policía y de los guardianes de los paseos públicos? ¿Qué felicidad obtendrán las pobres chicas de los paseos clandestinos?

En los países más civilizados de la tierra, se juzgan y condenan como graves delitos las hazañas de estos tenorios que se dedican a burlarse de chicas cándidas. Aquí gozan de plena impunidad; la acción de las autoridades es apenas preventiva. Las víctimas y sus familiares prefieren aceptar en silencio el fracaso, a veces definitivo, de una existencia que pudo ser dichosa.

Es preciso recoger opiniones de los médicos, y, sobre todo, de los que atienden salas de mujeres en los diversos hospitales, para apreciar en toda su horrorosa magnitud los resultados que el "amor" que no es amor tiene para las niñas tontas o inexpertas.

LA policía mexicana arrestó un día a un sujeto que constituye una especialidad dentro de la numerosa especie de los simuladores. Se llama Basilio Palencia. Nombre manso y despistador, por cierto. Basilio ha conquistado matrimonialmente dieciséis corazones femeninos; en dieciséis hogares "trabajó" de novio; dieciséis veces pronunció emocionado el "sí" ante el representante de la ley, y dieciséis lunas de miel han crecido y menguado en su estupendo cielo de conquistador empedernido. En opinión de Basilio, tanto las suegras como la vida marital tienen su parte buena. Su propósito fué limitarse a ella.

Para realizar sus hazañas, elegía novias en diferentes ciudades, y en cuanto se disipaban los encantos del himeneo, Basilio pretextaba un viaje ineludible y desaparecía.

La fórmula, siempre idéntica, que usaba este individuo para sus conquistas era infalible. El afirma que con tres o cuatro frases dichas temblorosamente toda mujer casadera se rinde enternecida, como las avecillas a determinado pío.

La grave, para las mexicanas, será que el procedimiento se generalice, pues es más que seguro que las personas que se hallan ahora en contacto con el simulador — así sean funcionarios de la justicia o de la policía — procurarán enterarse debidamente del terrible secreto.

SI la tarea magna y terrible de amenguar el sufrimiento de la humanidad pudiera realizarse en las horas que demanda un cambio de régimen de gobierno, ¿seríamos tan idiotas o tan crueles para demorarla un día? ¿Cómo ocultar a la multitud la posibilidad de una redención a breve plazo? ¿Qué fuerzas serían capaces de detener la avalancha de voluntades precipitándose hacia la nueva situación como un océano en desnivel hacia otro más amplio lecho?

Ofrécese millares de remedios para curar de inmediato todas las enfermedades; pero, así como, en lo que respecta a la salud, cuanto más ciencia y más observación se pone, con mayor firmeza se llega a la conclusión de que sólo los medios naturales la sostienen, así también la experiencia y la lógica nos llevan a la verdad de que sólo por los recursos naturales de la evolución alcanzaremos el bienestar y la dicha que esperamos.

Los ilusos, los charlatanes, los que explotan la buena fe del pueblo, le harán creer en conquistas fulminantes. Los experimentados y sinceros serán siempre menos optimistas, porque comprenden que no hay progreso verdadero sin la evolución integral, que lo afiance.

Cuidado con las promesas que salen de lo normal; cuidado con los milagros salvadores. En tantos siglos de dolor humano, no se ha producido uno que modifique las leyes de natural evolución. Jesús, con ser quien era, no contrarió en lo mínimo estas leyes; todavía hoy la humanidad no llegó a él, no lo comprende, no lo siente.

Si él lo hubiera podido, nos diera entendimiento y bondad para alcanzarlo, levantándonos del fango en que vivimos.

Otro ser, otra doctrina, otro acontecimiento extraordinario, tampoco harán el milagro de darnos la inteligencia y el sentido de la justicia que nos falta.

Todas las tiranías han comenzado siempre por las promesas ilusorias.

Los tiranos de todas las épocas han sabido explotar la general inclinación a sufrir el engaño.

Se tardará más tiempo en llegar a la cumbre de nuestras esperanzas; pero se llegará; mientras que si los pueblos marchan en pos de los redentores que prometen milagros inmediatos y que no pueden dar nada en los hechos repetirán trágicamente las jornadas del caballo "Clavileño", que tanto andaba sin moverse de su sitio.

Nadie niega que existen en el mundo iniquidades; pero ¿quién impide a los hombres repararlas? ¿No perdurarían dentro de un distinto régimen de gobierno, aunque cambiaran de aspecto? ¿No dependen, acaso, de nuestra índole o de nuestra ignorancia?

En la Argentina, por ejemplo, no podría más el pueblo, por cualquier cambio del sistema de gobierno, de lo que puede hoy. No tendría en el gobierno una participación mayor de la que tiene, si la desea, actualmente.

Quien ve en su vida un deber, y sufre con el dolor que aflige al mundo, y quiere con amorosa ansiedad dejar en él su verdad, repudia las engañosas ilusiones que únicamente sirven para distraer al hombre en su camino verdadero y que retardan su definitiva

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA - FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS · DEPARTAMENTO — de — LITERATURA URUGUAYA · MONTEVIDEO

el advenimiento de la era de justicia; la justicia tremenda, simple y admirable que hará que cada cual marche con sus propios pies, se labre su porvenir a su antojo y con sus manos, piense con su cabeza, tenga las leyes en su recto corazón y no deba obediencia más que al soviet de su espíritu, fortalecido, iluminado y purificado por todas las aguas de la tierra, todas las luces de los cielos y todos los vientos de la libertad.

UN domingo me acerqué a escuchar a un orador popular. El hombre se enronquecía para difundir entre sus oyentes la conciencia de la importancia del trabajador manual.

El orador decía, más o menos:

"¿Quién es un panadero? Un pobre diablo, un insignificante; pero falta un día pan, y los burgueses comprenden que el panadero vale algo.

¿Qué hay más despreciable para el burgués que un carnicero? Pero que falte la carne, y veremos si este trabajador merece tanto desprecio.

¿Quién, entre los burgueses, considera que un albañil es alguien en este mundo? ¡Ni siquiera merece ser tenido en cuenta para nada! Cuando el albañil se cruza de brazos y se niega a trabajar, recién entonces los burgueses entienden que el albañil no es una basura humana".

El escaso público acogía con francas muestras de satisfacción aquella serie de contrastes en la opinión social respecto al obrero.

El hombre decía la verdad; pero en forma incompleta. Porque, después de estos razonamientos, pudo agregar:

Y lo triste, señores, es que la aspiración del panadero, carnicero y albañil, es convertirse en burgueses, como lo prueba la experiencia de muchos millares de años en todos los países de la tierra.

Los burgueses de hoy, son los obreros de ayer; entre los obreros del presente, están los burgueses de mañana; de manera, señores, que no es cuestión de obreros o burgueses, sino de reconocer a cada cual su dignidad y su mérito, y darle a cada uno lo que le corresponde, por lo cual, más bien que sembrar odios estériles y explicaciones falsas de los fenómenos sociales, lo que conviene es acrecentar la cultura y fomentar el respeto a la equidad y el espíritu de justicia.

ROCKEFELLER, al cumplir 90 años, declárase "satisfecho de sus esperanzas en lo porvenir". Poincaré, a los 69 años, se somete a una operación quirúrgica para poder atender con mayor eficacia los deberes que le impone el patriotismo.

Clemenceau, a los 88 años, prepara su nuevo libro sobre Foch, sin descuidar sus magníficas colecciones de rosales.

Ford, al cumplir 70 años, declaró que no le era posible dedicar a festejar con sus relaciones más que algunas horas del día de su cumpleaños, "porque su tarea no se lo permitía".

Aquí, en cambio, una ley obliga al descanso (que es esterilidad y hastío) a hombres que no llegaron todavía a los cincuenta años.

Al cabo ha de comprenderse que para la mayoría de los hombres la supresión de las actividades a las que consagraron sus energías equivale a una condena de muerte.

Al cabo han de inspirarse los legisladores en esta gran verdad: al llegar al medio siglo de existencia, el aliciente para soportar la vida ya no es el sensualismo, sino el deber; ya no sirve más de estímulo la ilusión, sino el trabajo.

La ley de jubilación obligatoria e igualmente la costumbre del ocio prematuro, bajo sus apariencias humanitarias, son en la realidad brutalmente inhumanas.

EL amor propio ha creado y mantiene grandes miserias morales y materiales.

—Padre de la esclavitud es el orgullo; madre de la libertad es la modestia.

—La democracia y la justicia andan siempre en pleito con el orgullo.

—Pero, así como hay hijos deformes de padres hermosos, la modestia ha creado el servilismo, que es la máscara vil de una virtud superior.

—Aborrece la hipocresía, detesta la falsa humildad; mas sé humilde, porque la vida entera es una perenne confesión íntima de nuestros errores.

—La confianza en ti mismo, no ha de inducirte a despreciar a los demás. Todos somos hermanos, to-

dos marchamos por el camino del dolor, ciegos ante lo porvenir, con sólo vaga noción de lo pasado y lo presente... Avanza sin cobardía; pero sin arrogancia.

—No trabajes por el placer de contemplar tu obra. Recuerda que "tu" vida pronto pasa y que "la" vida queda.

—Entre la petulancia y la hipocresía, no prefieras ninguna; quédate con la humildad, hija de la verdadera sabiduría, que es aquella que lleva la cuenta de lo que sabemos... y de lo que no sabemos!

—La bondad orgullosa no es la recta y pura bondad, porque, además de prodigar el bien, hay que prodigar dulzura.

—Yo no creo en los exaltadores del orgullo. Creo en aquellos valientes de verdad, que se cimbran de coraje cuando suben la piedra a la montaña, mas en silencio y sin vanagloriarse.

—No te jactes de luchar, ni de triunfar. Basta con que triunfes.

ES sabido que los criminales usan diferentes tretas para encubrir sus endiablados planes. No debe extrañar que muchos de ellos se titulen, por ejemplo, anarquistas, cuando lo que se proponen al "redimir al género humano" es satisfacer atávicos instintos. Matan para dar vida y difundir sentimientos de misericordia y de amor entre los hombres. Es prometer pan al hambriento y coserle la boca; decirle a un ciego que lo sacarán de las tinieblas y reventarle los ojos.

Tampoco debe sorprendernos que otros criminales ejerzan el comercio. Bebidas y alimentos son en sus viles manos puñales, armas de fuego, dinamita. Impunemente perpetran verdaderos asesinatos. No se concibe la impasibilidad con que los ampara la Justicia, perseguidora de necesitados que roban, simple y moderadamente para comer, porque no les han enseñado a trabajar o porque no se les brinda la oportunidad de hacerlo.

Ninguno de los envenenadores permanentes del pueblo está en la Penitenciaría, siendo más peligrosos, más culpables, más merecedores de castigo que "los otros", los que matan por locura. Esos asesinos con patente descargan el arma contra la gente, al montón, como los bandidos borrachos del Far West, en el cinema; pero hay una diferencia en la ficción, la de que no es defraudado el público en sus anhelos de justicia. Al cabo, tras nerviosa y prolongada expectativa, resuenan en la sala los aplausos y las voces infantiles — pues hasta los niños saben lo que no saben nuestras autoridades: "que esas cosas no pueden quedar así": es que aparece el "sheriff" acompañado por los hombres buenos y de inmediato se inicia la encarnizada persecución que tranquiliza la conciencia de los espectadores.

ES penoso pensar que así como hay personas que se dedican a propagar el alcoholismo y otros degradantes vicios, existan hombres que trabajan en la venta de armamentos.

Ellos poseen la habilidad de provovar situaciones de desconfianza entre los países que suponen probables clientes; convencen, además, a los gobiernos de la amenaza que representan ciertas adquisiciones realizadas por otras repúblicas, y que confiesan en secreto. Quizá por su terrible consecuencia, este es el más inmoral de los negocios. Lo esencial para el buen éxito es crear la necesidad de comprar elementos bélicos, necesidad que se hace surgir de la excitación del sentimiento patriótico. Estas aves negras del internacionalismo son las que, desde la sombra, enardecen las pasiones y hieren con el certero dardo de sus insidias el candoroso corazón del pueblo. Como disponen de instrumentos dóciles en todos los países, poco les cuesta alimentar las suspicacias, y mantener la expectativa o la intranquilidad el tiempo suficiente para terminar la operación mercantil. El lado práctico de los tratados para la limitación de armamentos reside en su virtud de paralizar o atenuar un tanto las criminales maniobras de los traficantes bélicos: suprimida la probabilidad de venderlos, cesa la propaganda, vale decir, la excitación metódica y anormal de ciertos sentimientos inherentes a la dignidad humana.

Toda la esperanza para que termine la monstruosa actividad de estos funestos mercaderes, radica en una más perfecta comprensión del patriotismo. Cuando el hombre adquiera la noción exacta de los valores que engrandecen la patria y la coronan de inmarcesible gloria, repudiará, por amor a su país, la matanza y el pillaje, y se consagrará a engrandecerse a sí mismo por el trabajo y la cultura.

Matar esos negocios inhumanos figura entre los deberes que nos impone el código moral del nuevo mundo, no escrito todavía, y que traemos al nacer, como si fuera nuestro corazón.

DARLE al niño un ministro solamente de instrucción, denota un criterio tan atrasado y tan pobre, que a las generaciones de lo porvenir les parecerá el colmo de la inocente simplificación. Es como si se nombrase un ministro del fusil, y con las actividades de esta especie de armero oficial, se tuviera por resuelto el complejo problema de la defensa nacional y cuanto atañe al arte de la guerra.

A la sociedad interesa la evolución integral del niño; no "el fusil" únicamente.

La instrucción representa un solo aspecto de la vida del niño.

Realizaría el nuevo ministerio una vasta, compleja y fecundísima labor. Como un guardián de la patria, velaría por el futuro ciudadano desde su nacimiento, y antes de éste, en ciertos casos, hasta su completa autonomía. La higiene, el desarrollo físico, la cultura moral, la instrucción, la hospitalización, la llamada delincuencia infantil, los agentes nocivos, la regeneración; todo, en fin, cuanto se refiere al niño, debería ser solícitamente vigilado por él. Así tendrán los esfuerzos aislados, tantos nobles impulsos, librados al azar de las iniciativas, sujetos a las más diversas orientaciones, un centro común de unión e irradiación. Este centro, directivo y regulador, no únicamente aseguraría la eficacia del amparo, sino una gran

economía de actividades y un aumento considerable del esfuerzo total puesto al servicio de la rendención humana.

Si para la sociedad el ministerio de la Infancia constituiría uno de sus más sólidos sostenes, remedio de inmensos males y fuente de incalculables beneficios de todo orden; para el Estado aparejaría enormes ventajas. Simplificaría una porción de tareas, complicadas por falta de unidad; evitaría la confusión y perplejidad que fluyen a menudo como una forzosa consecuencia de la actual anarquía de atribuciones y deberes; se sentiría aliviado de las tremendas responsabilidades que gravitan sobre él y que no puede en la organización actual satisfacer, y al tener en su mano la previsión y determinación de lo porvenir, respecto al primordial factor, que es la naturaleza humana, dispondría de los medios más eficaces para asegurar a la sociedad todos los bienes esenciales, y entre ellos la mayor suma de salud, el mayor porcentaje de energías útiles y de elevadas tendencias.

Si el ministerio de la Infancia responde a sus altos fines, veráse en pocos años disminuir, en forma muy notable, esa inmensa legión de degenerados, haraganes y viciosos, cuya vigilancia, hospitalización y hospedaje, en los asilos y prisiones, imponen al Estado fabulosas erogaciones y permanente preocupación.

Múltiples argumentos pudiéramos exponer para demostrar que el nuevo ministerio tendría funciones más necesarias y trascendentales que cualesquiera de los otros.

Aquel hombre de gobierno que acoja este proyecto, recogerá un argumento en cada hombre, en cada

economía de actividades y un aumento considerable del esfuerzo total puesto al servicio de la rendención humana.

Si para la sociedad el ministerio de la Infancia constituiría uno de sus más sólidos sostenes, remedio de inmensos males y fuente de incalculables beneficios de todo orden; para el Estado aparejaría enormes ventajas. Simplificaría una porción de tareas, complicadas por falta de unidad; evitaría la confusión y perplejidad que fluyen a menudo como una forzosa consecuencia de la actual anarquía de atribuciones y deberes; se sentiría aliviado de las tremendas responsabilidades que gravitan sobre él y que no puede en la organización actual satisfacer, y al tener en su mano la previsión y determinación de lo porvenir, respecto al primordial factor, que es la naturaleza humana, dispondría de los medios más eficaces para asegurar a la sociedad todos los bienes esenciales, y entre ellos la mayor suma de salud, el mayor porcentaje de energías útiles y de elevadas tendencias.

Si el ministerio de la Infancia responde a sus altos fines, veráse en pocos años disminuir, en forma muy notable, esa inmensa legión de degenerados, haraganes y viciosos, cuya vigilancia, hospitalización y hospedaje, en los asilos y prisiones, imponen al Estado fabulosas erogaciones y permanente preocupación.

Múltiples argumentos pudiéramos exponer para demostrar que el nuevo ministerio tendría funciones más necesarias y trascendentales que cualesquiera de los otros.

Aquel hombre de gobierno que acoja este proyecto, recogerá un argumento en cada hombre, en cada

Matar esos negocios inhumanos figura entre los deberes que nos impone el código moral del nuevo mundo, no escrito todavía, y que traemos al nacer, como si fuera nuestro corazón.

DARLE al niño un ministro solamente de instrucción, denota un criterio tan atrasado y tan pobre, que a las generaciones de lo porvenir les parecerá el colmo de la inocente simplificación. Es como si se nombrase un ministro del fusil, y con las actividades de esta especie de armero oficial, se tuviera por resuelto el complejo problema de la defensa nacional y cuanto atañe al arte de la guerra.

A la sociedad interesa la evolución integral del niño; no "el fusil" únicamente.

La instrucción representa un solo aspecto de la vida del niño.

Realizaría el nuevo ministerio una vasta, compleja y fecundísima labor. Como un guardián de la patria, velaría por el futuro ciudadano desde su nacimiento, y antes de éste, en ciertos casos, hasta su completa autonomía. La higiene, el desarrollo físico, la cultura moral, la instrucción, la hospitalización, la llamada delincuencia infantil, los agentes nocivos, la regeneración; todo, en fin, cuanto se refiere al niño, debería ser solícitamente vigilado por él. Así tendrán los esfuerzos aislados, tantos nobles impulsos, librados al azar de las iniciativas, sujetos a las más diversas orientaciones, un centro común de unión e irradiación. Este centro, directivo y regulador, no únicamente aseguraría la eficacia del amparo, sino una gran

Matar esos negocios inhumanos figura entre los deberes que nos impone el código moral del nuevo mundo, no escrito todavía, y que traemos al nacer, como si fuera nuestro corazón.

DARLE al niño un ministro solamente de instrucción, denota un criterio tan atrasado y tan pobre, que a las generaciones de lo porvenir les parecerá el colmo de la inocente simplificación. Es como si se nombrase un ministro del fusil, y con las actividades de esta especie de armero oficial, se tuviera por resuelto el complejo problema de la defensa nacional y cuanto atañe al arte de la guerra.

A la sociedad interesa la evolución integral del niño; no "el fusil" únicamente.

La instrucción representa un solo aspecto de la vida del niño.

Realizaría el nuevo ministerio una vasta, compleja y fecundísima labor. Como un guardián de la patria, velaría por el futuro ciudadano desde su nacimiento, y antes de éste, en ciertos casos, hasta su completa autonomía. La higiene, el desarrollo físico, la cultura moral, la instrucción, la hospitalización, la llamada delincuencia infantil, los agentes nocivos, la regeneración; todo, en fin, cuanto se refiere al niño, debería ser solícitamente vigilado por él. Así tendrán los esfuerzos aislados, tantos nobles impulsos, librados al azar de las iniciativas, sujetos a las más diversas orientaciones, un centro común de unión e irradiación. Este centro, directivo y regulador, no únicamente aseguraría la eficacia del amparo, sino una gran

economía de actividades y un aumento considerable del esfuerzo total puesto al servicio de la rendención humana.

Si para la sociedad el ministerio de la Infancia constituiría uno de sus más sólidos sostenes, remedio de inmensos males y fuente de incalculables beneficios de todo orden; para el Estado aparejaría enormes ventajas. Simplificaría una porción de tareas, complicadas por falta de unidad; evitaría la confusión y perplejidad que fluyen a menudo como una forzosa consecuencia de la actual anarquía de atribuciones y deberes; se sentiría aliviado de las tremendas responsabilidades que gravitan sobre él y que no puede en la organización actual satisfacer, y al tener en su mano la previsión y determinación de lo porvenir, respecto al primordial factor, que es la naturaleza humana, dispondría de los medios más eficaces para asegurar a la sociedad todos los bienes esenciales, y entre ellos la mayor suma de salud, el mayor porcentaje de energías útiles y de elevadas tendencias.

Si el ministerio de la Infancia responde a sus altos fines, veráse en pocos años disminuir, en forma muy notable, esa inmensa legión de degenerados, haraganes y viciosos, cuya vigilancia, hospitalización y hospedaje, en los asilos y prisiones, imponen al Estado fabulosas erogaciones y permanente preocupación.

Múltiples argumentos pudiéramos exponer para demostrar que el nuevo ministerio tendría funciones más necesarias y trascendentales que cualesquiera de los otros.

Aquel hombre de gobierno que acoja este proyecto, recogerá un argumento en cada hombre, en cada

hogar, en cada dolor, en cada antro del vicio y en cada celda de las cárceles.

Lo único que se opone a la creación del ministerio de la Infancia es que tal institución no existe todavía en ningún otro país. Pueblos nuevos, seguimos en voluntaria esclavitud moral, dominados por el hábito de la imitación. Bien podemos empezar a concebir y crear, por cuenta propia, en la certeza de que, a nuestra vez, seremos imitados. El ministerio de la Infancia no habrá nacido en las grandes naciones europeas; pero ellas se apresurarán a organizarlo, en cuanto lo vean aquí y descubra su sagacísima mirada tan bellas y luminosas proyecciones sobre el porvenir.

Si la ambición del Estado debe ser prevenir, no castigar; si la razón aconseja evitar los males, en vez de dejarlos sobrevenir para curarlos después; si no se puede dudar de que el hombre de mañana no descenderá de Marte, sino que será el mismo niño de hoy, crecido en bien o en mal y armado de las armas que le demos; si éstos que llegan ahora son la sociedad futura, los ideales encarnados, las esperanzas en marcha, y ocuparán nuestro puesto, y harán flamear en sus manos la bandera, que soltaremos al caer, ¿qué se puede decir contra la institución que propiciamos? ¿Qué obra más noble y grande hará el Estado que la que salga de ella? ¿Qué plantas, qué animales, merecen más un ministro que los niños? ¿Qué barcos le merecen mejor, que éstos que llevarán por el mar borrascoso de la vida la carga íntegra de nuestros amores, todos los frutos de nuestro trabajo, todo el tesoro de nuestros ensueños? ¿Qué ejército ha de merecer más un ministro que éste que surge del misterioso arcano

al conjuro del amor, y apenas llega, derriba la muralla de nuestros egoísmos, toma la fortaleza de nuestro corazón, y nos reclama y nos damos, en cuerpo y alma, como botín de conquista, y queda al cabo como único señor de la tierra y de las cosas, de las ideas y de los sentimientos, mientras nosotros, mísero polvo hollado por sus pies, deberemos por él ser levantados para vivir siquiera en su recuerdo.

GANDHI tiene, por fuerza, que ser algo muy enorme en pensamiento y voluntad para atraer desde su patria la atención del mundo entero y para llegar a constituir un día la mayor preocupación del gobierno y los políticos ingleses. Pero lo que me parece más admirable en él es la inteligencia soberana con que concibió y desarrolló su plan. Parecería éste aprendido de los insectos que viven en sociedad y en algunos aspectos es puramente mecánico. ¿Cómo oponerse Gandhi, tan insignificante en fuerza física, al poderoso imperio? ¿Cómo librar la batalla sin que acabase apenas iniciada? ¿Cómo encender en aquella inmensa muchedumbre inerme y resignada el fuego santo de la rebelión? ¿Cómo proporcionarle a aquella idea nacida en su cuerpo tan débil un organismo gigante y poderoso? Igual que entre las hormigas, allí no habría bastado la palabra. Con certeza, debió pensarlo mucho. Al cabo se puso en marcha, a pie, casi desnudo. Todo su pueblo lo veía pasar y preguntaba quién era, adónde iba, qué buscaba. Y así los 325 millones de habitantes de la India Inglesa han conocido, discutido, asimilado las ideas de Gandhi y se han pues-

to a caminar en la misma dirección. El gobierno inglés que contemplaba aquella caminata interminable y aquellos puñaditos de sal con una sonrisa irónica, se ha puesto serio. Ahora Gandhi, aunque muera, vivirá lo mismo. El ideal encarnó en él y sigue andando... ¡hacia el mar, hacia la libertad, hacia donde Gandhi iba!...

EL interés patriótico y humano no consiste, como algunos suponen, en que todo lo que el hombre necesita sea fabricado en su propio país o en su propia casa; sino en que no le falte en donde poder obtenerlo de buena calidad y al precio más bajo posible.

No puede existir duda respecto a lo anacrónico del aislamiento en uso en la actualidad. Este aislamiento significa nada menos que la anulación del progreso aunque se pretenda disimularlo con aparentes ventajas.

Los perfeccionamientos en la navegación fueron hasta hoy anulados en sus más preciosos beneficios por la mala política. Inicuos aranceles malogran, en efecto, los más espléndidos éxitos del transporte marítimo en plazo de tiempo fijo y breve. Todo hubiera podido llevarse en óptimas condiciones económicas de unas comarcas a otras, aprovechando las diferencias de clima, las alternativas de escasez y abundancia, las peculiaridades y aptitudes de la naturaleza y de los hombres en cada región. Pero cada país levantó las murallas chinas de un régimen fiscal digno de la Edad Media. El colosal beneficio que prometía la na-

vegación a vapor sacrificóse a mezquinos planes rentísticos y de "proteccionismo industrial"... como si no fueran industrias las nuestras, las de la tierra, que se sacrifican con la clausura de sus mercados en el exterior.

Cuando la ciencia aseguró el intercambio con una amplitud capaz de modificar las condiciones de vida del ser humano, los estadistas pugnan por mantener el primitivo aislamiento y las antiguas privaciones.

Imagínese cuanto mejorarían las condiciones de vida con el libre intercambio de productos, al amparo de esa bandera de confraternidad que se invoca a menudo, esa bandera que sería algo así como la propia alma humana engrandecida por la inteligencia y el amor.

Si las aduanas, con sus aranceles, encarecen lo que necesitamos, ¿cómo esperar que el progreso mejore las condiciones materiales cada vez más penosas, en que se debate el ser humano?

El progreso, en otro empuje, vuelve por el desquite. La navegación aérea, como antes el vapor aplicado a la navegación, proclama la unidad de la especie y renueva la esperanza de un mayor bienestar.

La inteligencia y el trabajo vienen en auxilio del hombre.

El prodigio del vuelo humano desafía otra vez a la rutina que decreta privaciones no forzosas y la miseria inmerecida.

¿Caerán las murallas chinas de las aduanas para dejar pasar la ventura que llega? En otros términos, ¿permitirán los estadistas que los pueblos gocen de los frutos de la nueva y portentosa conquista?

Este monstruo del fisco que no mira ni escucha y se limita a tragar, abrirá entonces los ojos y buscará la causa de la disminución de los ingresos. Percibirá el zumbido de moscardones nocturnos e interpretará lo que para él presagia. Bajo tan siniestros indicios, la institución aduanera caerá en crisis de indisciplina mental y de relajamiento del organismo entero.

Los aeroplanos zumban ya su confusa monserga de fraternidad y de libertad sobre las bastillas económicas, y cada día aparecerán en ellas nuevas brechas. Alabemos las armonías del progreso. Vuele también la esperanza hacia una vida menos miserable.

AQUELLOS que sólo quieren descansar, ¡cuánto trabajan para conseguirlo!

Ello demuestra que, hasta la inteligencia, aguzada en exceso, vuélvese perjudicial. La inteligencia, en efecto, normalmente nos induce al trabajo; pero hay quienes, por alarde intelectual, suponen que la felicidad consiste en no trabajar, y son en verdad desdichados; se aburren, enferman y se llenan de vicios y de manías.

Cuando un enjambre de abejas llena de miel la colmena, en vez de renunciar a la actividad y vivir en la holganza, abandona esa colmena y forma otra donde le sea posible cumplir la ley del trabajo.

Las abejas, simples insectos, revelan en este caso mayor inteligencia que los hombres que miran el trabajo como un mal. Ellas saben que la vida se malogra en cuanto se sale de las leyes naturales. Y no hay ley natural alguna más inexorable que la que nos im-

pone el trabajo para nuestra salud física y moral, para nuestra paz íntima, para la única felicidad posible.

ES frecuente encontrar en las lecturas el origen de perturbaciones morales y psíquicas que arrastran al delito o, por lo menos, a un desequilibrio que confina con la locura.

La antigüedad conoció perfectamente este peligro. si bien no podía alcanzar entonces la importancia actual, con el portentoso desarrollo de la imprenta. Para evitar los daños de las ideas trascendentales introducidas en las cabezas débiles, se dividió la enseñanza en dos categorías: la esotérica, que sólo se trasmitían entre sí los individuos más evolucionados, y la exotérica, que, por su innocuidad, podía ponerse al alcance de todo el género humano.

Saber algo a medias suele ser motivo de confusión y error. Inculcar una idea en otro cerebro es tarea seria cuando se ignora la forma en que allí se desarrollará.

Dentro de tal tendencia se ha colocado la Iglesia Católica al abstenerse de divulgar la Biblia, por ser incomprensibles sus simbolismos para la inmensa mayoría de adeptos. "Las escrituras sagradas — dice un filósofo indio — son una carga para quien carece de discernimiento".

El libro al alcance de todos y, más aún, el periódico, cambian las antiguas normas. Pocas verdades o enseñanzas ocultas quedan en el mundo; las que subsisten se hallan guardadas en algunas instituciones re-

ligiosas de diversa índole que resisten con admirable tenacidad a la divulgación de sus conocimientos.

Entre las ventajas que indudablemente tiene la difusión sin límites de las ideas, cabe, no obstante, señalar sus males. En todos los órdenes de la vida suele observarse pruebas de confusión y error causados por la adquisición de conocimientos incompletos o deficientes, o que, por su excesiva gravitación sobre una mentalidad pobre, producen el fanatismo con sus desastrosas consecuencias.

CUANDO el cirujano designado por los tribunales se dispuso a realizar la autopsia, comprobó que al cadáver de Juana no sólo le faltaban las vísceras, que habían sido sacadas en el hospital con fines de estudio, sino que se había cometido en el mismo una profanación. El cuerpo había sido rellenado con varios objetos, entre ellos, un mango de cucharón, una gorra, un cinturón, trapos viejos, trozos de soga y luego cosido. En vista de ello, el doctor Oughterson no pudo hacer la autopsia, llamando al juez doctor Trillas para que comprobara el estado en que había sido dejado el cadáver de Juana."

Tal es lo que hemos leído en los diarios. Triste, no solamente porque lo sucedido exacerba el dolor de una familia, sino porque el sentimiento se revela ante una prueba tan clara de irrespetuosidad para con la muerte y la desgracia ajenas.

Una señora, madre de cinco hijos, había sido internada en el hospital Centenario, de Rosario. La autopsia era necesaria por existir casi la evidencia de

que una partera había cometido un grave delito en la persona de la víctima antes de ser hospitalizada. Aparte de la responsabilidad legal en que han incurrido los autores de la profanación al impedir que la justicia obtenga la prueba de un delito, es necesario aprovechar este hecho, que adquiere notoriedad, para señalar, una vez más, las peligrosas modalidades que manifiestan ciertos estudiantes de medicina. Un singular menosprecio de la moral caracteriza a una parte de la juventud que dice consagrarse al alivio del dolor humano. Ella se jacta de burlarse de los que padecen y continúan sus bromas con los cadáveres. Se recuerdan muy bien los escándalos que motivaron la supresión del internado en los hospitales de Buenos Aires. La población entera recoge diariamente inequívocas pruebas de que existen individuos que se proponen ser médicos y, asimismo, que ya ejercen la medicina, sin poseer la cultura y decencia que deben caracterizar al profesional que tiene en sus manos la vida de los demás. Tan alarmantes indicios reclaman una vigorosa campaña a fin de consolidar la ética médica. Para merecer el título no bastan los conocimientos de orden científico: es indispensable poseer nociones más claras del deber y de la conducta. La corrupción moral del médico asume caracteres de incomparable gravedad si se compara con la que afecta a otros profesionales; pues significa una amenaza directa para la vida, que está muy por encima de los bienes materiales. Síntoma indiscutible de la misma depravación que se comprobara aquí es lo ocurrido en Rosario. Cualesquiera fueren los autores materiales de la estúpida broma, existe grave responsabilidad en quienes tienen la obligación

de enseñar y de aprender las disciplinas morales, atributo inseparable del ejercicio de la medicina.

GASTAMOS — ¡pobres mortales! — siglos de afanes, millones de vidas útiles, en luchar contra enemigos ilusorios y en la obtención de bienes más ilusorios todavía. Aprenderemos, al cabo, que nuestros enemigos son los de todos los hombres y que se llaman miseria, ignorancia, vicio, privilegio, fanatismo. ¡Cuánto tiempo perdido, cuántas energías malgastadas pudieron aplicarse contra ellos!

Nuestras glorias, únicas reales y apetecibles, son las de todos los seres racionales y las que todos los pueblos han de querer y buscar: laboriosidad, probidad, tolerancia, sabiduría, justicia, amor. Glorias tales no se quitan a nadie; se crean y consolidan en cada alma. Su condición superior las asegura contra riesgos y asechanzas.

Y así es como ha de elaborarse la grandeza de las patrias, en armoniosa simultaneidad. El progreso de un pueblo se traduce, por bienhechora influencia, en progreso de los otros pueblos. El bienestar, la moralidad y la cultura del vecino, o sea su engrandecimiento, forman parte esencial de nuestra dicha.

Todo esto y más aún triunfará al cabo en el mundo, en cuanto tenga el mundo un poco más de inteligencia.

EL músico Fulano celebró aquí, no hace mucho, en reunión de sus amistades, un acontecimiento íntimo. El hombre, con los derechos percibi-

dos por sus inspiradas composiciones, podía darse el gusto de instalarse en casa propia. Hubo gente sorprendida, y hubo, también, comentarios irónicos. Porque, si bien parece completamente natural que un hábil pegador de puñetazos, un vendedor de pimienta molida o un fabricante de embutidos se enriquezcan, considérase lógico que el artista se muera de hambre, o poco menos.

Quizá intervenga en ello el sentimiento hostil hacia una superioridad difícil de tolerar y que sólo los nobles perdonan. Pero es indiscutible que todavía prevalece en algunas esferas la convición de que escritores, pintores, músicos, escultores y demás seres consagrados al culto de la belleza son holgazanes que, por pasarse el tiempo sin hacer cosa de provecho, deben vivir condenados a las mayores privaciones.

La estimación de la obra artística debiera aparejar la estimación del trabajo del artista y su compensación equitativa.

Hay un proverbio japonés que dice: "En tanto que los artistas no anden en carruaje no habrá verdadera civilización".

EL tercer congreso nacional de historia y geografía hispanoamericana reunido en Sevilla aprobó la proposición del delegado uruguayo Mario Falçao Espalter, que dice así:

"Con el fin de abolir el único obstáculo real para la paz de los pueblos, se pide al congreso de Sevilla que haga suya la ponencia de los señores Roberg y Balparda, aprobada por los congresos de Buenos Aires y

Montevideo, de 1929, tendiente a proscribir de la enseñanza de la historia toda relación de hechos más o menos vinculada con el nacionalismo agresivo que actualmente entorpece la cordialidad de las relaciones hispanoamericanas."

El nacionalismo sano, fecundo y dignificante, en nada se opone a la solidaridad humana. El otro nacionalismo — el de las ambiciones, vanidades y envidias — es un sentimiento vil, que sólo sirve para arruinar y degradar a las naciones. Si es ruin que un hombre busque su bienestar sacrificando el bienestar de los demás, ruin es, también, buscar el engrandecimiento de la patria por la desgracia, la humillación y la miseria de otros pueblos. Todos los niños y jóvenes sabrían esto, cabalmente, si así lo enseñaran siempre los maestros y los libros. Pero hay libros y maestros que continúan explicando el patriotismo de una manera bárbara. Esto, aquí, en el nuevo mundo, es un crimen contra la civilización naciente. Nuestro amor a la patria es probidad, laboriosidad y justicia. Al purificarnos y ennoblecernos los individuos, engrandecemos la nación y afirmamos su brillante porvenir. Nuestras glorias están en el pensamiento y en el corazón, no en las tierras robadas a los vecinos, ni en los sufrimientos que con un mayor poderío podamos infligirles.

EL saludo habitual de los habitantes del imperio incaico condensaba enteramente el significado del verdadero patriotismo. "Ama sua" — No seas ladrón. — "Ama llulla" — No seas mentiroso. — "Ama kella" — No seas haragán, sustituía entre ellos

nuestras triviales fórmulas de saludo, y recordaba de continuo a los súbditos del Inca los deberes inherentes a la ciudadanía. En aquel vasto imperio las leyes y las costumbres repudiaban el despojo y la crueldad.

Fácil es encontrar, todavía, libros destinados a la enseñanza, que infunden en los alumnos sentimientos hostiles hacia otros pueblos, trasmitiéndose así, de generación en generación, la funesta levadura del odio internacional y del patriotismo agresivo. Mientras no desaparezcan tales libros y quienes propaguen sus nocivos gérmenes, sabremos quiénes son los responsables principales de los despilfarros bélicos y de las guerras. No podremos decir nunca del pueblo que se desangra y arruina para despojar y sojuzgar a otro que incurre en tal aberración por imbecilidad; diremos que lo hacen porque envenenaron su alma los que tuvieron la misión de ennoblecerla.

Si no todos, muchos de los males que soporta la especie podrán ser mitigados o suprimidos; mas no con lamentaciones. Puesto que ellos no caen como la lluvia, sino que salen de nosotros mismos, busquémolos en su origen y destruyámoslos allí. Las prevenciones, las suspicacias y los estúpidos celos entre naciones no provienen de que se hallen constituídas por hombres y tierras diferentes. Si así fuera, odiaríamos y querríamos humillar y destruir todo lo creado que no es de nuestra propiedad o idéntico a nosotros, o que no ha emanado de nosotros, regresando al más crudo y feroz salvajismo. Civilización es, en mi entender, el sentimiento de respeto hacia lo ajeno, lo opuesto o diferente, y, en un grado superior, es tolerancia, comprensión del derecho amplio a la vida para la diversi-

dad de formas y destinos. Ya es tiempo de que la sociedad abra los ojos sobre las miserias. Ya es tiempo de que pongamos nuestros ensueños en el alma de los que llegan a la vida.

ES vehemente y casi unánime el deseo de vivir mucho.

Algún beneficio trascendental se espera. Algo sabe la Vida a este respecto, que nuestra razón no alcanza a comprender. Algo sabe, seguro, ya que valetudinarios, lisiados, dementes, incurables, condenados a reclusión perpetua, proscriptos para siempre de toda especie de ilusión y de esperanza, sienten idéntico anhelo.

Si se analiza cómo invierte su tiempo cada hombre, se comprueba que es primordial para él prolongar sus días sobre la tierra.

En la inmensa mayoría de nuestros actos, únicamente tenemos el propósito de "matar el tiempo". No importa, no nos interesa, no nos desvela la forma de realizarlo: la cuestión es sobrevivir a las horas. Estar en la vida mientras pasa el tiempo, sin aburrirse demasiado; evitar el hastío; vivir sin darse cuenta; conseguir que el minutero se deslice y que la Tierra ruede alrededor del Sol sin que se deshaga nuestra persona.

La naturaleza entera dice que ese afán es común a todos los seres.

Vivir es una aspiración unánime e incontenible en toda edad y en todas las especies.

Tal verdad, más poderosa que los desengaños, más fuerte que cuanto quiere arrebatarnos la fe en la vida, dice bien claramente que algo se espera más allá de la tumba.

Lo esperan, aun los que afirman que todo acaba con la disolución de nuestro cuerpo. Ellos también experimentan la ansiedad de prolongar los sufrimientos y las luchas, sin comprender que, para volverse polvo, lo mismo debería importarles morir hoy o morir dentro de un siglo.

El hombre sobrevive a su desilusión, al desastroso balance inevitable, a la certeza de que cada día que pasa le quita una esperanza, le clava el aguijón de alguna pena y lo aproxima al sepulcro.

La razón es impotente para explicar en qué consiste el beneficio de vivir, ya que vivir es sufrir la muerte paulatina de las ilusiones y del cuerpo.

La inteligencia no comprende para qué es el dolor de vivir, salvo que acepte la inmortalidad espiritual.

El hombre, obedeciendo a un poder ante el cual nada es su inteligencia, lo acepta, lo padece y lo prolonga cuanto puede.

MIENTRAS el niño va a la escuela, se supone que se prepara para la lucha por el bienestar y para lo porvenir.

Cuando el niño deja de asistir a la escuela y ha de iniciarse en el trabajo es cuando se ve el fracaso educacional.

Los hombres que consagran su esfuerzo a la educación, aprenderían, más que en veinte años de estu-

dio en la biblioteca, en unos pocos meses dedicados a presenciar en los escritorios del comercio y de la industria, el angustioso desfile juvenil en demanda de ocupación.

¿Cuáles son los resultados de sus métodos, si conducen a esta mendicidad aflictiva para quienes la soportan, que son todos los hombres que se hallan al frente de una empresa?

Después de pasar seis años en los bancos escolares, sale el alumno sin saber lo principal, y pierde años en tentativas y tanteos para acertar con la vocación. A veces no acierta nunca.

Sería preciso reunir estos millares de adolescentes desorientados y abúlicos, extraviados realmente en el camino de la vida por una falsa educación, y presentarlos a quienes la dirigen en nombre del Estado.

Yo quisiera que así contemplaran su obra. En estas legiones juveniles que no tuvieron su verdadera vida en los bancos de la escuela, que no la gozan en la adolescencia, que acaso nunca la conocerán... aunque puedan escribir sin un error ortográfico todas las palabras del idioma, y aunque puedan enumerar, sin una sola omisión las corrientes de agua y todos los promontorios del planeta.

Porque si bien han aprendido, en sus menores detalles, las circunstancias de los viajes de Colón, la fecha exacta de cada partida y el derrotero seguido cada vez, no saben orientarse ellos mismos cuando salen de la escuela, y continúan en idéntica ignorancia respecto al propio viaje por la tierra, durante los años de la adolescencia y algunas veces durante la vida entera.

LOS progresos alcanzados en el mundo físico durante los últimos años — y singularmente la trasmisión de sonidos e imágenes a distancia, la cinematografía, la navegación aérea — trazan con absoluta nitidez la línea divisoria con el pasado. Señalan el advenimiento de una nueva Edad Humana, tan diferenciada de la anterior — en que vivíamos hasta ayer — como la Moderna de la del Medioevo.

Los que nacimos en la edad pasada sólo tenemos un medio para escapar a morir entre sus ruínas, porque es morir, sin duda, continuar en las ideas y en los sentimientos en un mundo renovado por completo. Y este medio consiste en identificarnos con los proyectos y las esperanzas de los guías e intérpretes del futuro.

Ha poco, por ejemplo, nos anunciaba Bleriot que pronto se volaría a razón de mil y mil doscientos kilómetros por hora. No hay que maravillarse; no es razonable dudarlo. Para los nuevos, para las generaciones que llegaron en los últimos lustros a la vida, esa profecía entra en el orden de lo más natural y lo más lógico; no los sorprende; no puede suscitar dudas.

Para que el hombre conciba esa velocidad en su poder translaticio y para experimentarla en su naturaleza, sin peligrosa brusquedad, la subconsciencia trabaja sin descanso, en magna y sigilosa obra de adaptación del ser pensante y orgánico a tan inmensos cambios.

La ciencia, las artes, la educación, la política, las costumbres, sufren la influencia del ciclo que se inicia. Bien dicen que uno ve caras, y no corazones; porque

si fuera posible contemplar la parte íntima de las gentes, veríamos, en sorprendente espectáculo, que todas corren jadeantes, en acelerado ritmo, para alcanzar al vertiginoso tren del progreso humano, avanzando hacia lo desconocido, lleno de trascendentales novedades.

Desconocido de veras es para los contemporáneos lo que será el ser humano dentro de cierto tiempo. Podemos imaginarlo, por comparación, al observar en la historia las consecuencias que aparejaron para el razonamiento y la moral la invención de la imprenta, de la pólvora y la brújula. Ahora completan dos o tres decenas los inventos y los descubrimientos de semejante importancia para la sociedad.

Todo se halla supeditado a la fabulosa acción renovadora, y surge otra humanidad en el mundo que conocíamos, envejecido de repente.

LA democracia va triunfando de su mayor enemigo, — la ignorancia, — lo cual no significa que sea posible su realización inmediata en todo el mundo. Por ahora, durante muchos años, la democracia será realidad sólo para limitada parte de la especie.

El gobierno del pueblo es una mentira mientras cada hombre no se gobierne por sí. Por ello, los que repudiamos la ilusión reclamamos la autonomía del individuo, para llegar a la autonomía del pueblo. Por ello, los prodigiosos políticos nos resultan actores de una vieja comedia. Por ello, el camino hacia la democracia es largo, vulgar, aburrido para los impacientes, sin atractivos para los ambiciosos.

Notan algunos que son muy numerosos los que se ofrecen para redimir al pueblo; yo creo que son pocos aún; deben ser todos los seres dotados de razón, bien que no hay más que un medio para alcanzar tan magno fin y es que cada cual se redima previamente de su ignorancia y de sus vicios.

"Afianza la libertad", dicen algunos; "Impón la justicia", "Haz democracia", claman otros, exactamente como los que en sus rogativas piden al cielo cuanto han menester lograr por el trabajo y la limpieza interior. No sospechan que el cielo, — ahora y después, aquí y en todas partes, — es un estado de alma; no han comprendido que la democracia es un estado de conciencia.

VIRTUD primordial de la ciudadanía es aguantar de buen grado los errores de la democracia y apercibirse a corregirlos con la discreción debida. Lo que en vulgar romance equivale a decir que el pueblo ha de gozar o sufrir el gobierno que se ha dado.

Es verdad que hay reformas imprescindibles; yo soy uno que lo dice: Anhelo la realización de lo que considero bueno. He señalado siempre los males, los errores, los vicios que he creído que detienen nuestro engrandecimiento.

Pues bien; mientras yo no convenza a la mayoría de que mis ideas son beneficiosas, ¿con qué derecho o justicia pretendería imponerlas?

Mi tarea, la tarea de los que trabajan para un futuro mejor, en un país de libertad, se reduce a propagar ideales o principios que se reputan saludables.

Si ellos, en verdad, son tales como uno los supone, arraigarán en el corazón de la multitud, se nutrirán con su generosa sangre, florecerán y fructificarán, no importa al hombre honrado que sea después de su muerte.

Y si esos ideales no han de encarnar ahora ni nunca, lógico será que mueran junto con uno, porque ese pueblo que llaman ignorante, reasume en su dolor y en su esperanza la sabiduría de los sabios y los tiempos, y cuando él dice que "no", sólo la barbarie estéril pretenderá forzarlo.

¡Ilusorias conquistas las que no radican en el convencimiento popular!

¡Ilusorio progreso, el que no está afianzado en la mentalidad y el sentimiento del pueblo!

SI queremos que el nuevo mundo signifique algo más que aumento de la población humana y de la producción, hemos de fundar en él una civilización original. Para conseguirlo ayudará bastante el conocimiento de los aborígenes que nos precedieron en la adaptación al medio. Algunos, como los mayas, los aztecas y los incaicos dejaron el bosquejo del verdadero americanismo. La civilización peruana anterior a la conquista era superior en fundamentales aspectos a la europea.. Conviene releer las leyes generales que regían el imperio incaico.

La primera, por ejemplo, resuelve un problema que todavía preocupa a algunos países europeos. Dice textualmente así:

"Que todos los súbditos al imperio de los incas hablen una misma lengua general, y ésta sea la quichua del Cuzco, y la apriendan por lo menos los señores y sus hijos y parientes, y los que han de gobernar o administrar justicia o ser perfectos de oficios y obras, y los mercaderes y contratantes".

La tercera ley contempla la necesidad del trabajo de la tierra:

"Que para el tiempo de barbechar, sembrar, segar, guardar las mies, regar las tierras, así comunes como de particulares, nadie se excuse, sino que salga con su arado; y que desde el rey hasta el más bajo ciudadano se ocupe en la labranza de tierras o de huertos, a sus tiempos".

La quinta atiende en forma admirable al porvenir de los jóvenes:

"Que se conozcan las inclinaciones y habilidades de los muchachos, y conforme a ellas sean empleados, cuando llegasen a edad madura; si se inclinaren a la guerra y mostraren valor, se hagan soldados; si algún oficio mecánico, lo mismo; aunque lo más común y ordinario sea que cada uno siga el oficio de su padre".

La décima de estas leyes resolvía un problema que en la actualidad preocupa intensamente a Norte América, y era la solución, mucho más adecuada a la naturaleza humana que la que se arbitró con la ley seca, que tanto ha contribuído a difundir en el pue-

blo el menosprecio y la burla hacia la autoridad y hacia las leyes.

Decía así:

"Que en el comer sean moderados y templados, y mucho más en el beber; y si alguno se embriagase de manera que pierda el juicio, que sea por la primera vez castigado conforme al juez pareciese, y por la segunda desterrado, y por la tercera, privado de su oficio y echado a las minas".

La ley vigésimotercera, finalmente, clasifica el robo y resuelve el problema de la desocupación:

"Quien hurtare cosa de comer o de vestir, o plata o oro, sea examinado si hurtó forzado de la necesidad y pobreza, y si se hallare que sí, no sea el tal ladrón castigado, sino el que tiene el cargo de proveedor, con privación de oficio, porque no tuvo cuidado de proveer a éste de lo que había menester, ni hizo copia de nos necesitados; y désele al tal ladrón lo que hubiere menester de ropa y comida y tierras y casa, con apercibimiento de que si en adelante hurtare, ha de morir. Si se averiguase que hurtó no por necesidad, sino de vicio o por ser haragán y ocioso, que muera ahorcado".

ALGO realmente curioso es el cambio fundamental que se ha producido en las relaciones entre hombre y mujer. Anteriormente, no se concebía la aproximación de los representantes de ambos sexos sin un interés amoroso más o menos encubierto.

En la actualidad se comprueba en la mujer el deseo de aproximarse al hombre aún sin otra finaldad

que la de enterarse de lo que piensa, quizá con el propósito subconsciente de aquilatar sus valores íntimos.

Nunca fué tan fácil como ahora trabar conversación con la mujer desconocida en todos los sitios públicos. La mujer, cualquiera sea su condición social, su cultura y su edad, se muestra generalmente bien dispuesta a conversar con el hombre, buscando un intercambio que antes no se aceptaba sino por excepción y con muchos reparos.

Puede ocurrir muy bien que en el oscuro mundo del instinto y de la intuición, del que salen las formidables e ineludibles decisiones de la especie, la mujer someta ahora al hombre a juicio y busque formarse una conciencia exacta de sus posibilidades.

La mujer nace ahora con inteligencia superior al hombre, muestra una mayor afición a la cultura y se muestra capacitada para sustituirlo en tareas de cualquier índole.

La mujer, que siempre dominó en forma más o menos manifiesta, ¿se dirige hacia un gobierno más ostensible?

De cualquier modo, esta curiosidad investigadora de la mujer, este intuitivo plan que desarrolla de compenetración con el hombre y de una más exacta apreciación de sus valores, algo significa y con toda certeza será una de las causas profundas y decisivas para la renovación del mundo.

AL pueblo le place mucho que le digan que el corcovado es el gobierno, o que todo se arregla con un cambio de traje. Pero lo cierto es que

el pueblo es el torcido y contrahecho, y él mismo es el que se ha de enderezar, si quiere que los asuntos públicos marchen como es debido. Si no lo hiciere, la historia le previene que aparecerá por fin un desfacedor de entuertos, frecuentemente asaz expeditivo y de mano muy pesada. Su brusca intervención suele corregir la protuberancia de un lado; pero surge por otro. La joroba de la espalda desaparece, y asoma por el pecho. ¡Mejor es procurarse por sí la corrección, y hacerla definitiva!

Yerran los que cargan estos fracasos a la democracia, y deducen la imposibilidad del bienestar bajo tal régimen. La democracia es sólo una herramienta. Todo depende del manejo. Si el pueblo ejerce la soberanía mal, la herramienta dará malos resultados.

Confiemos en que estos pueblos aprendan pronto el oficio de gobernar. Es cosa fácil; tanto más fácil cuanto más honradamente se realiza.

MUCHO significa, sobre todo en labios femeninos decir de un hombre que es amable, fino y correcto.

La mujer, lógicamente, atribuye un gran valor a la educación, y es general en la sociedad el aprecio que se tiene por los buenos modales y por el lenguaje culto.

Es lamentable la confusión que suele hacerse de la franqueza con la grosería. La educación nos obliga a ser correctos y atentos para con las demás personas.

La urbanidad y la cortesía constituyen una obligación para quien vive en sociedad. Nadie tiene derecho a ser voluntariamente desagradable y molesto.

Este deber ineludible se refiere a la higiene, al vestido, a las costumbres, a los modales, al lenguaje, al tono de la voz y a cuanto pueda influir en forma agradable o no, en el ánimo de quienes frecuentan nuestro trato. Son, pues, obligaciones del hombre culto el aseo, la sobriedad, la discreción, el orden, la puntualidad, la prudencia, la tolerancia.

Estos valores del hombre en la sociedad hacen más llevadera la existencia, y sólo la incultura los menosprecia.

LA cultura física populariza nociones indispensables relativas a la higiene de la alimentación, respiración, circulación del sistema muscular y nervioso, etc. En el estudio de algunas especies de animales hemos adelantado bastante; pero en la familia humana existe mucha imprevisión y mucho atraso.

El atletismo no es lo que algunos suponen, ni lo que dice el Diccionario de la Real Academia Española, que define al atleta como "hombre muy membrudo, corpulento y de grandes fuerzas". Esto es confundir al atleta con los fenómenos de circo, los peones vestidos en paños menores de los almacenes mayoristas o los gigantes de los cuentos infantiles.

El atleta es el hombre que, de acuerdo con su complexión, alcanza el mayor grado de perfeccionamiento orgánico y funcional. El mérito del atleta reside en la salud de los órganos. Este es el ideal de la cultura física, con sus consecuencias de hermosura de la raza, el equilibrio entre la vida superior y la ve-

getativa y la armonía entre las voliciones, las fuerzas, las ideas y los sentimientos.

SI se me preguntara cuáles problemas considero más fundamentales para la humanidad y para la nación, cuáles abarcan intereses más perdurables y preciosos, contestaría sin vacilar: Precisamente, aquellos en que reputo a la mujer mejor capacitada que el hombre para resolverlos.

Porque la política debe ser esencialmente: higiene y educación; debe afianzar el bienestar material por la cultura y la laboriosidad y la supresión del actual escandaloso despilfarro de riquezas y energías; debe apartar del camino del hombre los vicios y los perjuicios que lo degradan; debe engrandecer la patria, engrandeciendo, siquiera un poco, en salud y en mentalidad, cada hombre, cada mujer y cada niño; debe impedir que alguien sea engañado, robado o despojado, dejándole a cada cual lo necesario para vivir, a cada cual el fruto de su esfuerzo y a cada cual su parte de dulzura y de justicia.

Cuando el mundo se siente perturbado por confusos clamores, desesperadas reivindicaciones y violentos propósitos de reforma es cuando más debe intervenir directamente la mujer en el gobierno de los pueblos.

Ella posee aquel maravilloso buen sentido que distingue a primera vista lo esencial de lo accesorio, lo inmutable de lo que se renueva, las ilusiones de la realidad.

Posee en grado máximo el instinto de la conservación de la especie y el amor maternal que se transforma en un sagrado e infalible anhelo de dignficación social.

Ella que nos da la vida sabe también ordenarla y mejorarla.

AMINOREMOS las culpas de "los gobiernos". He aquí los hombres que han de gobernar; son todos; el voto de la mayoría decidirá. ¿Qué les decís, periodistas, a estos hombres?

La multitud reclama no poco, necesita mucho, remuévese deseosa de avanzar. ¿Le ayudáis, periodistas, a conocer sus males? ¿Le enseñáis el camino más corto para llegar adónde quiere ir?

Con sus angustias y sus extravíos el pueblo dice: Quiero algo. Este "algo" es un mundo; puede encerrarlo todo; quizás sea lo infinito. Llamado a gobernarse, el pueblo ha de traducir en hechos sus ansiedades, en hechos sus rebeldías y sus dolores. El periodista ha de sentir vibrar en su corazón ese "algo" y descubrir su signifcado en la hora que pasa. Que no le falte la fe en la fuerza de la palabra, y que esta fuerza no descanse jamás.

LOS enemigos no están al norte o al sur de las fronteras, sino en nosotros mismos. Inútil será esperar, para vencerlos, al fabuloso dragón que, según la literatura política, ha de salir del Capitolio. Inútil y negatorio de la democracia, puesto

que tal milagro supondría en el presunto salvador del pueblo la facultad y el poder que a todos falta, con lo que ratificaríamos la tradicional esperanza en el régimen autocrático, mantenida a pesar de los cambios más aparentes que reales, en las formas de gobierno.

La democracia, cosa sencilla y humana, nace de la facultad del individuo de gobernarse a sí mismo. Luego, es verdad que la democracia es un problema de educación; la que capacita para la libertad y la justicia. Tal debería nuestra voluntad sentirse y moverse libremente en la justicia sin osar salirse de ella, como se sienten y mueven los pájaros en el aire. Así llegamos a la conclusión de que la mejor manera de propiciar el advenimiento del gobierno del pueblo es difundir la higiene, tanto en lo físico como en lo moral y en lo intelectual. Sin la salud, la probidad y el discernimiento de la mayoría, ¿cómo será deseable ni posible su gobierno?

LA prensa asume con excesiva generalidad el papel de juez. Parece que espera el hecho para pronunciarse sobre él. Situada frente a los actos de gobierno a los conflictos sociales, se siente fácilmente inclinada a mirarlos como ajenos a ella y sometidos a su fallo. La democracia ha de modificar estos erróneos conceptos. La prensa es causa concomitante en todos los fenómenos sociales; hay que pedirle cuenta del uso que hace de su poder; hay que emplazarla para que cumpla sus deberes; hay que someterla a las sanciones de la responsabilidad.

El periódico llega a todos los hogares, interroga a todas las conciencias, habla diariamente con millares de hombres, consigue que sus pensamientos anden en algunos años lo que las ideas del libro no caminan en siglos.

Será posible el milagro de la democracia, si el periodismo realiza su tarea.

CUARENTA niñitos que fueron llevados al hospital Kesarion, de Atenas, para ser examinados de los ojos, perdieron la vista a causa de un descuido.

El mundo entero se sintió horrorizado. Nadie se libra de experimentar en el alma la múltiple tragedia. Nadie se salva del espantoso sufrimiento de regresar con cada niño del hospital al hogar. Rodeados por los parientes despavoridos, que poco antes viéronlo salir alegre y luminoso, imagínese a cada uno de esos inocentes convertido en enigma doloroso que tiembla, se arrodilla, solloza e interroga envuelto en las tinieblas que nunca podrá horadar.

Cuarenta niños que han quedado ciegos de repente; cuarenta ciegos que veían ayer; cuarenta hogares con la congoja sin alivio. Es dolor suficiente para todos los corazones humanos.

Ojalá que los hombres que se dedican a curar y prevenir los males físicos, tuvieran la sensación de lo que duelen sus culpables imprudencias. Porque, evidentemente, lo ocurrido en Atenas es la consecuencia inmediata de una confusión, de un error, de una lige-

reza; pero la verdadera causa es más profunda y grave.

¡Que a los profesionales poco escrupulosos se les claven en el corazón y en la conciencia, como puñales de arrepentimiento, los gemidos de esas madres que hoy repercuten en el orbe entero!

SE ordena el ensanche o la limpieza de una calle; pero no la mayor amplitud del espíritu, ni la purificación cordial.

Mentirán todos los que, sustituyéndose a la providencia, erigiéndose en sumos hacedores de la felicidad, prometan fabricar y repartir a domicilio el bienestar, el sentido común, la dignificación espiritual y el culto de la justicia.

Cada hombre ha de marchar hacia el porvenir con sus dos piernas, ha de sentir el bien en su corazón, ha de pensar y encontrar su destino con su propia cabeza. Por esto, el progreso real es lento y la miseria tanta. No basta que Juan quiera el bien de Pedro; es preciso que Pedro busque y labre su bien. Y si Juan finge que su voluntad salvará a todos los Pedros, Juan es un impostor, o algo peor todavía.

Lo apetecible en este mundo, lo que trae paz y dicha, no se da, se conquista honradamente. Pedro debe saberlo y proceder en consecuencia. A pesar de los reiterados ofrecimientos que suele recibir, en todas partes, de quienes se proponen levantarlo en peso y llevarlo a la carrera largo trecho del sendero de su redención, o redimirlo al minuto, por mágicos recursos que prescinden de las leyes naturales, y resultaron

siempre grotescas tentativas en los muchos millares de años de vida planetaria.

Hay personas que creen en milagros políticos inmensamente más grandes que los religiosos.

Al elegir el camino de la verdad reconocí que es el más largo y difícil; pero la verdad misma da fuerzas para proseguir por él.

Las cosas son pasibles de ser modificadas desde afuera; el hombre sólo se modifica cuando se produce un cambio en su naturaleza íntima.

NO es más dinero lo que reclama el pueblo: reclama lo que lógicamente le corresponde: su parte en la abundancia, variedad y riqueza alimenticias que brinda el suelo.

¿Por qué estos bienes sólo han de beneficiar al limitado número de hombres que trafica con las subsistencias? ¿Por qué no al pueblo entero?

NO leyeron ustedes que una niña, Luisita, de 6 años, falleció envenenada por haber comido una pequeña parte del contenido de una lata de conserva?

El caso es que los culpables no están en la cárcel, y que siempre hay aquí quienes se atreven a vender venenos con apariencia de alimentos. Es un crimen tolerado por la costumbre. Mucha severidad con el que mata con puñal para apoderarse del dinero ajeno; mucha condescendencia con los que matan, para el mismo fin, valiéndose de alimentos adulterados.

Luisita duerme ya bajo tierra, sin saber quién la mató ni por qué.

Nosotros lo sabemos. Y sabemos también que impunemente se seguirá matando así, mientras que las autoridades dejen a estos criminales en la situación privilegiada de que gozan.

SOLO faltan ahora tiempo y dinero para que la mayoría de las personas viaje por el aire con la naturalidad con que lo hizo en el tren o en el transatlántico. Este cambio trascendental permite al ser humano elevarse, en la locomoción, de la categoría de gusano a la de pájaro. Hasta hoy se arrastró siempre, sobre la tierra o el agua, para ir de un punto a otro: ahora se cierne en el espacio; mira todo desde la altura, y vuela majestuosamente, no ya en el "más pesado que el aire", que es una solución poco tranquilizadora del problema, sino en los grandes zeppelines, que limitan los peligros, recorren grandes distancias y transportan carga, correspondencia y pasajeros en número apreciable. El primordial beneficio de la navegación aérea puede muy bien no consistir en "ganar tiempo", lo que apareja luego la necesidad de "matar el tiempo", sino, más bien, en una especie de depuración moral. Al desprenderse el hombre de la costra terrestre es probable que se eleven y dignifiquen sus ideas y sentimientos. Mucho influirán en su alma el contacto con una atmósfera más pura y luminosa, la pequeñez con que verá nuestras grandezas, la síntesis que fatalmente impone la distancia de las ambiciones y miserias que se debaten aquí abajo. Ver el mundo a

lo cóndor, no a lo sapo, ya significa progreso, y quizá, redención. Al cabo de una faena bastante larga y confusa, el pintor deja el pincel y, alejándose, contempla la perspectiva de su obra.

EL sueño premonitorio (advertencia o consejo previo) que tuvo el radiotelegrafista del avión de Kingford Smith fué trasmitido por el cable a la prensa mundial. El radiotelegrafista soñó que, mientras volaba, se descomponía cierta pieza de la dínamo. Al despertarse, se apresuró a verificar si había algo de verdad en la advertencia y comprobó, maravillado, que, en efecto, el accidente se habría producido exactamente como lo soñara.

Este sueño premonitorio no tiene nada de novedoso, ni debiera sorprender a nadie; pero resulta que los más sorprendidos y escépticos son "los sabios". La experiencia de los siglos y millares de respetables testimonios de otros hombres de ciencia no significan nada para ellos mientras no puedan explicárselo "de acuerdo con sus ideas", que en verdad no explican nada más que los cambios y los movimientos de la materia. Sin embargo, hace 1750 años existió un sabio de veras, cuya gloria perdura inmarcesible a través de tantas generaciones y cuyo genio resplandece en páginas que sobrevivirán aún millares de años. Este hombre, Marco Aurelio, emperador de Roma, filósofo admirable, escribió lo siguiente: "Debo a los dioses (a los espíritus) el haberme hecho comprender muy claramente en diversos ocasiones, cuál es la vida con arreglo a la naturaleza;... el haberme preservado de

las circunstancias que me hubiese hecho culpable;... el haberme indicado durante el sueño diferentes remedios..."

ES una verdad indiscutible que el hombre sano que puede trabajar debe bastarse a sí mismo. Pero esta verdad tiene como premisa ineludible que en toda sociedad bien organizada el hombre apto debe poder emplear sus energías en forma suficiente para asegurar su bienestar. Una falla tremenda de las modernas sociedades es la desocupación.

En el antiguo Imperio de los Incas — mucho más bien organizado en este sentido — el ladrón era severamente castigado. El Estado se mostraba inexorable con él. Pero también era severamente castigado *el funcionario público que consentía que a algún súbdito incásico le faltara trabajo*. Las autoridades tenían *obligación* de proporcionar labor a todos los hombres hábiles que lo solicitaran.

La desocupación significa que la sociedad está mal organizada, que el gobierno no cumple uno de sus deberes más esenciales.

Si la vida y las leyes castigan con el hambre la desnudez y múltiples privaciones y dolores al que no trabaja, es evidente la dolorosa anomalía que significa el hecho de que la civilización coloque al hombre en el caso de no poder defenderse y delinquir o morir.

El gobierno debe mostrarse decidido a no soportar, autorizar ni permitir de ninguna manera le desocupación forzosa.

El desocupado que no encuentra trabajo tiene, no obstante, derecho a la vida. Por consiguiente, el Estado sólo puede prohibirle el robo si le proporciona los medios de existencia. Tampoco puede el Estado ejercitar la caridad en la forma de dádiva, porque ha de ajustarse a las normas permanentes de la vida, que exige el trabajo en el hombre apto como condición para tener derecho a la existencia. El Estado carece de derecho para imponer al hombre válido la aceptación de la limosna.

Hay que dictar leyes que impidan la desocupación forzosa. Estas leyes reglamentarán algunos de los derechos consagrados por la Constitución, en el interés de afirmar el derecho consagrado y previo a los demás: el derecho a subsistir.

El desocupado deberá soportar, pues, algunas limitaciones, por ejemplo, en lo que se refiere al lugar de residencia en el país.

Me parece indiscutible que el Estado tiene derecho a trasladarlo a determinado punto del territorio y a fijarle cierta tarea. Así se evitaría el doloroso espectáculo de la desocupación en las ciudades. Se evitaría además, la tremendā crueldad de decirle a los hombres que no encuentran trabajo, que perezcan de hambre.

Si el robo ha de ser prohibido con rigor, rigurosa ha de ser la obligación de proporcionar al desocupado los medios de ganarse su sustento y el de su familia.

CUANTOS actuaron en la Gran Guerra van desapareciendo. Cayeron ya Viviani, Gallieni, Mangin, Sarrail, Foch, Clemenceau, Joffre... Bas-

tarán pocos años para que todos los actores de la tragedia hayan concluído su jornada en el planeta.

Y piensa uno que los hombres pasan, con sus afanes y sus luchas, y la humanidad queda, con la tremenda carga de miserias y odios.

Todos los héroes que un día defendieron la patria cumplieron su deber; pero es bien triste que todavía no se haya aprendido a defender la patria sin horrores que sólo dejan lágrimas y ruinas.

Al irse los grandes hombres que dirigieron la última hecatombe, sus reemplazantes se aperciben con redoblados bríos para las guerras del futuro, que se presumen más terribles que todas las anteriores.

Cuesta creer que una existencia tan breve, de por sí llena de desencantos y amarguras, sea degradada conscientemente con la ferocidad bélica. Se diría que quienes no saben entenderse buena y sencillamente para repartir entre los pueblos las escasas dulzuras de la vida terrenal, se creen, en su soberbia, más de lo que son; padecen la locura de las grandezas, contagian a la muchedumbre sus arrebatos histéricos.

Porque parece imposible que grandes hombres auténticos y en su sano juicio sean incapaces de ponerse de acuerdo sobre cosa tan simple como vivir en paz, y que el final sea siempre el mismo: Destruir los frutos del trabajo y llevar la muchedumbre al matadero.

"A mí me dió el presidente un puesto..."

¿Y quién lo autoriza al presidente a dar lo que no es de él? ¿Quién puede honradamente dar lo que no le pertenece, pues es de todos?

¿Quien así se expresó debería haber podido decir: "Me correspondió tal puesto".

EL profesor Baldet presentó a la Academia de Ciencias de París un informe acerca del paso de un cometa de novena magnitud a ocho millones de kilómetros de la Tierra. Los minuciosos cálculos del distinguido astrónomo demuestran que ese hecho se repetirá dentro de mil y pico de años.

No hay duda que los cálculos sobre la trayectoria y la velocidad de los cometas constituyen uno de los más bellos y definitivos testimonios de la sabiduría humana. Grande y confortante es, sin duda, que este pobre bichito terrenal — el hombre — haya descubierto y comprobado las leyes que rigen el movimiento de los astros.

Dentro de diez siglos y algo más, gracias a los desvelos del profesor Baldet, los hombres de ciencia estarán advertidos del paso del cometa y lo podrían observar. Asimismo, aprovechamos en lo presente los cálculos del pasado.

Prueba inequívoca del heroísmo y de la abnegación del ser humano y de su solidaridad con el futuro. Prueba irrefutabe, también, de que no son esos valores sublimes y excepcionales los que faltan en la tierra, donde las calamidades se ceban en la especie. La desgracia no subsiste por la ausencia de héroes dispuestos al sacrificio, puro y desinteresado. Subsiste porque, si bien se puede ayudar, guiar o alentar, la Vida quiere inexorablemente que cada hombre sea el salvador de sí mismo.

Sobrándoles altruísmo, los Baldet emplean sus esfuerzos en motivos de tan remoto beneficio.

Los badulaques, en cambio, alucinan a la muchedumbre con fantásticas promesas de redención en masa y a plazo fijo.

Ningún reformador pone en su obra más valor, fe, humildad, abnegación y amor al género humano que los silenciosos héroes que gastan sus energaís en trabajos semejantes al de fijar la reaparición de los cometas.

LO interesante y grato en elecciones cívicas es la evidencia indiscutible de que la democracia sea una hermosa realidad. La conciencia nacional asume al fin la responsabilidad que las instituciones le atribuyen. El ciudadano se ha dispuesto a gobernar, y con su voto gobierna. Este es el hecho grande y auspicioso; la conquista de índole permanente; el progreso que con satisfacción y orgullo puede destacarse.

El país anota en su haber este hecho como beneficio trascendental y deplora las fallas que han quebrantado las normas limpias y dignificantes. El país, más que de los partidos y de los hombres, espera el bien de la práctica leal y correcta del sufragio y de la creciente cultura popular. La experiencia y la reflexión llevarán fatalmente al pueblo hacia sus grandes destinos. Un error, diez errores, pueden ser soportados y corregidos; lo esencial es que el electorado adquiera la clara noción de sus deberes para con la patria y que al votar se proponga servirla con rectitud. Cada acto comicial libre y genuino es una afirmación patriótica, una no-

ble tentativa de superación, respetable aun en sus errores.

Las elecciones correctas demuestran la criminalidad de todo plan de violencia para provocar un cambio en la situación política. Las ideas, sean cuales fueren, tienen abierto el camino para conquistar la voluntad del electorado; el electorado con su voto expresa su decisión. Ninguna reforma, ningún partido pueden lícitamente recurrir a la violencia para imponerse, cuando las leyes y las prácticas aseguran a los ciudadanos el derecho de intervenir eficazmente en el gobierno. Es beneficio de la libertad y de la legalidad quitarles toda apariencia de derecho a los bruscos redentores de toda índole. Cuando el pueblo se gobierna no tolera la fuerza como sustitutiva de su razonamiento y de su voluntad.

EL que medita alguna vez sobre todo lo que debe a la mujer, guarda hacia ella, en las diversas situaciones de la vida, el más grande respeto y la más delicada consideración.

La mujer, en efecto, como madre, nos da todo y siempre es una sucesora de la madre la mujer que nos entrega el magnífico presente de su cariño; siempre es una madre, que nos guía, nos sostiene, nos cura y nos alienta.

Todo el camino de la vida lo hace el hombre de la mano de una mujer, lo mismo que cuando él daba los primeros pasos.

Quienes olvidan el valor de la dulzura femenina revelan una incurable falta de gratitud que necesaria-

mente ha de mostrarse hacia los demás seres, pues denota ausencia de sentido moral.

Por más que lo quisiéramos no podríamos devolver jamás a la mujer cuanto le debemos como madre y compañera de la vida.

HABILITADA la mujer para ganarse la subsistencia independientemente, quedará redimida de la forzosa y, a veces, degradante sumisión al hombre. De manera que uno de los medios más eficáces para favorecer el perfeccionamiento humano o, siquiera, su bienestar, consiste en ayudar a la mujer en la lucha por la vida. Con el propósito de orientarme mejor en este sentido he realizado una encuesta entre jovencitas argentinas de 13 a 17 años, preguntándoles:

¿Qué aspiración tiene para el porvenir?

Han respondido gentilmente a la pregunta 6.396. Estas contestaciones, muy sinceras, y que han sido escrupulosamente clasificadas, tienen inmenso valor, porque permiten asomarse a lo porvenir e influir en él. Ahora bien; los resultados son poco satisfactorios. Del total de consultadas, las siguientes cifras son las de mayor volumen. Quieren ser:

Maestras, 1.352; profesoras de música, 740; modistas, labores, etc., 486; Casarse, 552; ser empleadas, 446; ser ricas, 206; viajar, 120.

Las otras respuestas carecen de importancia para nuestro análisis, porque sólo revelan la diversidad de gustos y propósitos de acuerdo con las características individuales (pintoras, escritoras, deportistas, etc.) sin condensarse en núcleos apreciables.

Estas revelaciones demuestran que es imprescindible orientar a las jóvenes en el plausible afán de bastarse a sí mismas por medio de un trabajo dignificante. Maestras y profesoras de música sin trabajo existen ya en demasía.

"Casarse y ser feliz" — tal dicen, con palabras casi iguales, 552 jovencitas — es aspiración lógica, pero que no resuelve el problema. Es como si a un mozo, interrogado respecto a sus propósitos para lo futuro, respondiera: "Adquirir un billete de lotería y sacar el premio mayor".

Los padres han de plantearse la cuestión así: "¿Y si mi hija no se casa?" Las muchachas han de pensar en la manera de asegurar su independencia y dignidad con matrimonio o sin él.

"Ser rica", "viajar", son aspiraciones demasiado vagas y quizá merecedoras de análisis, pues quien quiere la fortuna sin decir cómo se propone adquirirla, no pone la suficiente claridad en sus palabras y hasta puede ser sospechada en las intenciones.

La mujer debe especializarse, perfeccionarse y dominar en las actividades que, indiscutiblemente, le corresponden por derecho natural. Estas son, según yo creo, las que se aplican a las primordiales necesidades de la vida: la alimentación, el vestido y la vivienda. En las tres tiene amplias y nobles oportunidades para emplear sus aptitudes con ventaja sobre el hombre, quien, al ser desplazado de tareas que en realidad son femeninas, aplicará con mayor acierto sus varoniles energías. Tales ocupaciones no son más que amplificaciones de sus actividades diarias y permanentes.

La mujer tiene en la vivienda amplio campo de acción, que, al parecer, ni siquiera ha sospechado. Se le ha ocurrido ser médico, abogado, notario. Ha olvidado que en la arquitectura doméstica, en la distribución práctica y cómoda de las dependencias de la casa de familia, en el decorado y arreglo de las habitaciones, puede evidenciar superioridad incontrastable sobre el hombre.

Es singular que hasta el presente se haya resignado a soportar las imprevisiones de quien no posee "la mano del oficio", de quien, forzosamente, ha de fallar en la difícil interpretación de los gustos y conveniencias de la dueña de casa.

Señalo, en definitiva, a las jóvenes, como una de sus mejores carreras, la arquitectura, en cuanto es arte de proyectar el edificio para el hogar, y ese otro arte complementario que, naturalmente, ella posee de agregarle las comodidades posibles y "sensibilizarlo" con los encantos y atractivos que lo hagan agradable.

La mujer arquitecto: he aquí algo mejor que la mujer abogado o la mujer en cualquier otro oficio ajeno a sus aptitudes, a sus preocupaciones habituales y a su innata vocación.

ESPANTOSA miseria moral y material; más de 10 millones de muertos, 45 millones de mutilados y heridos, más de 15 millones de huérfanos, fueron los resultados de la Gran Guerra. Pero existen en Europa quienes todavía no parecen satisfechos. Continúan, en efecto, las suspicacias, los recelos, los alar-

des y los ruinosos preparativos bélicos; se discute la posibilidad de otra contienda armada.

Realmente, para los hombres del nuevo mundo, la política europea es inexplicable. Nosotros no alcanzamos a comprender que los estadistas busquen la felicidad de los pueblos por los laberintos de la soberbia, de la envidia y el odio; no comprendemos, tampoco, que los pueblos acepten como felicidad la ruina y la matanza.

Ante tan mostruosos extravíos de la razón y del sentimiento, percibimos la realidad del alma nueva que nos alienta y nos guía por distintos derroteros que los seguidos por las pasadas civilizaciones.

Se nos ha supuesto soñadores a los que confiamos en una humanidad respetuosa del derecho y de la justicia entre los hombres y entre las naciones; se ha negado la existencia del americanismo como fundamento de política internacional y como definición del patriotismo; pero los hechos reiteradamente prueban que nuestra posición espiritual es en el mundo elevada y venturosa.

SIENDO administrador de la estancia de sus padres, "El Rincón de López", Rosas redactó un reglamento, en el cual figuraban las prohibiciones de usar cuchillo en día festivo y la de salir al campo sin lazo. Un domingo Rosas anda con el puñal en la cintura: el mayordomo se lo hace notar; Rosas ordena que se le den los azotes fijados como pena. "Habrá gentes que duden de este hecho — escribió Sarmiento, — pero es auténtico". El general Lamadrid,

en sus "Memorias", afirma que en su anhelo de enseñar que era el primero en respetar las órdenes, Rosas, deliberadamente, salió dos veces al campo sin el lazo a los tientos de su recado; y las dos veces se tendió en el suelo y ordenó que se le aplicaran los cincuenta azotes reglamentarios. En la primera ocasión, el capataz no se atrevió a azotarlo; Rosas mandó castigarlo por faltar a su deber. En la segunda el capataz no se hizo repetir la orden, pues ya había comprobado que el reglamento era para ser cumplido.

¿Qué opinión se formarían ese capataz y la peonada de "El Rincón de López" de los favoritismos y las complacencias que indignamente gozan con tanta frecuencia los funcionarios públicos de los tiempos presentes?

"El bárbaro Rosas", en los comienzos del siglo pasado, ya sabía y enseñaba que los que dictan las órdenes han de empezar por cumplirlas.

A TRAVES de los siglos, "la opinión pública" persiste en su afición por los grandes espectáculos, ya deban ser costeados con el pago de las localidades o por el sistema indirecto de los impuestos. Los entretenimientos y diversiones que tienen por escenario el país entero y por actores a príncipes y descollantes personalidades de la política son los más costosos; pero todo el mundo los disfruta, se desarrollan a horas convenientes para grandes y chicos, y la aureola de los brillantes éxitos, en vez de favorecer a la "Metro-Goldwyn-Mayer" o a la "Paramount", re-

sulta beneficiosa para los prestigios de la nación que organiza y costea los espectáculos.

Hay, además, quienes, exagerando la nota de vasallaje, aprovechan los acontecimientos monárquicos para incurrir en los peores excesos. El nacimiento del heredero del trono, el casamiento entre príncipes, la proclamación del rey constituyen maravillosos pretextos para emborracharse.

Debe ser muy interesante todo eso. Personas tan graves y prácticas como los ingleses, por ejemplo, pasan una noche a la intemperie, bajo la lluvia, apeñuscadas en la plaza pública, siempre que la reina va a tener un hijo.

Los sitios preferidos para presenciar los desfiles en que figura la carroza real cuestan un ojo de la cara.

En la vida, no son tantas las cosas inútiles, como se supone; la cuestión es encontrarles el lado práctico. Las monarquías son inútiles para los que no pueden o no saben disfrutarlas. Empero, ningún pueblo que las goza debidamente deja de manifestar delirante alegría. Ellas constituyen, en todas las latitudes, motivos de distracción y de alborozo. Nosotros, que no tenemos tronos ni gente de sangre azul, aprovechamos lo que se puede. Nos visitan miembros de casas reinantes en Europa. Todavía se recuerda con emoción las magníficas diversiones ofrecidas cuando estuvieron aquí los herederos de las coronas de Italia y de Gran Bretaña. Costaron plata; pero valió la pena gastarla. ¡Qué lindo, que brillante fué todo aquello! ¡Qué entusiasmo en las calles cuando pasaba el príncipe! ¡Qué estruendo-

sas ovaciones conmovieron las tumbas de los viejos patricios dormidos en la ingenua sencillez del sueño democrático!...

EN un congreso de higiene general realizado en París, el doctor Sacquepe afirmó que la recrudecencia de la psitacosis permite confirmar ciertas nociones ya admitidas sobre la transmisión de los gérmenes del mal, transmisión ésta que se produce especialmente del animal afectado al hombre, siendo la transmisión interhumana mucho más rara.

Tal comprobación científica es de importancia, desde luego, para los médicos y asimismo para los loros, los agricultores y los filósofos.

Los loros supondrán que el hombre, arrepentido, ha reflexionado mejor y les reconoce el derecho a la vida, pues no imaginarán que la libertad les viene del miedo humano a una enfermedad transmitida por ellos. Los agricultores se apercibirán para la lucha contra la creciente plaga, que en materia de granos no tiene rival en su poder destructivo, pues desperdicia 99 por cada uno que come.

Los filósofos, por su parte, han de explicar los orígenes de la psitacosis. Pero ello no ofrece, probablemente, dificultad. Todas las especies se hallan provistas de medios de defensa contra sus enemigos. Aun los seres más pequeños poseen recursos para su conservación. Los infelices loros condenados a la esclavitud, al aprendizaje de la oratoria y al pan mojado, debían necesariamente disponer de algún medio de defensa contra la crueldad humana: algo más eficiente

que el aguijón de la abeja o el ácido fórmico de las hormigas. La sabiduría de la naturaleza les dió la psitacosis. Ahora son respetables, y con admirable sensatez preferirán, al honor de saber hablar como los hombres, el goce de la divina libertad.

POCO interesan, desde luego, las intimidades relativas a un hombre entre los dos mil millones de seres humanos que discurren por la superficie del planeta; a menos que ellas, por su índole general, afecten a la especie entera. En tal categoría entran las suposiciones sobre los ideas o los actos de los individuos, suposiciones que todos padecemos con mayor o menor resignación.

Imagino que los demás viven como yo, desfigurados por la caprichosa inventiva de los semejantes. A mí se me atribuyen, con igual falsedad, cosas buenas o malas. Antes, en la juventud, me parecía intolerable que se dijera de alguien lo que no es cierto; ahora comprendo que es más conforme a la naturaleza humana la ficción que la realidad.

Si los simples mortales padecemos innumerables deformaciones de nuestro ser por obra y gracia de la ajena fantasía, es fácil presumir lo que ocurre con el hombre ilustre retocado y demudado por las "suposiciones" de los imaginativos durante siglos. El engendro resultante no sería reconocido ni por la propia madre del hombre célebre. La desfiguración es tan fatal, que la parte física de los inmortales sigue el mismo trágico destino que la psíquica, como lo prueban los numerosos retratos y estatuas de una misma persona,

tan diferentes entre sí, que si no fuese por tener escrito el nombre nadie adivinaría a quién reproducen.

Como soportamos el peso de la atmósfera y la carga de los impuestos, hemos de aguantar, grandes y chicos, vivos y muertos, la falsedad y la calumnia.

"En ese preciso momento, mientras uno de los delincuentes descendía del coche, el otro, mediante el conocido golpe de "furca", imposibilitó al chofer para toda defensa. En esa situación, el chofer fué despojado de una cartera que contenía 25.70 pesos, producto de su trabajo del día..."

Esta es delincuencia verdaderamente vil, depravada y perversa. La preparación del ruin atentado, la alevosía, la finalidad buscada, contribuyen a acrecentar la natural repugnancia que inspiran seres humanos capaces de tal bajeza.

Pero es socialmente útil hacer resaltar el papel que aquí juega la falta de inteligencia. Los individuos que buscan el bienestar o la felicidad por tales medios son los campeones de la imbecilidad, pues sólo así se concibe que afronten los peligros inherentes al delito por una suma de dinero Si es grande la perversidad manifestada, mayor es la estupidez que los induce al "negocio". Una pequeña dosis de comprensión les habría alcanzado para desistir del criminal intento.

Creo que es enorme la imprevisión de la mayoría de los delincuentes y que con frecuencia se abstendrían de delinquir si "el negocio" fuera analizado en forma absolutamente clara en las escuelas, a fin de que todos los niños se posesionaran del asunto para el resto de

la vida. Hasta hoy se ha enseñado sólo que es malo delinquir, que es inmoral atentar contra las leyes y la vida y bienes de los demás. Debería enseñarse, también, el aspecto positivo o egoísta. Quien delinque elige el camino más difícil para el logro de los deseos, busca con gran torpeza la satisfacción de las necesidades, vive en peores condiciones que nadie. El delincuente, en suma, desde el punto de vista práctico, es un pobre diablo con sesos de mosquito que se considera vivo, que se llena de mugre por dentro y por fuera para conseguir ser pensionista en una cárcel, o cuando más, andar "a salto de mata" a fin de que la autoridad no le eche el guante.

Hay negocios malos, sin duda; pero peor que la delincuencia no hay ninguno.

EN ninguna ciudad europea se había perfeccionado como en París, antes de la Gran Guerra, el arte de brindar al turista, generalmente ingenuo, frecuentemente bobo, extravagancias y emociones que satisfacieran su curiosidad.

Los especialistas abundaban en todas las esferas y aguzaban el ingenio para realizar sus propósitos de lucro con suprema habilidad y hasta con cierta elegancia.

Quería el viajero observar de cerca apaches y aventuras: nada mejor que complacerlo. Formábase un conjunto de simuladores bandidos de ambos sexos y se les llevaba a determinadas tabernas, donde el tabernero, la restante concurrencia y todos los detalles contribuían maravillosamente a dar al ambiente intenso

colorido de realidad. El efecto logrado era tan sorprendente que fué necesario aleccionar a los empleados que acompañaban a los turistas a fin de que infundieran a éstos valor y serenidad en el momento oportuno, pues, al verse entre gentes de siniestra catadura y que parecían capaces de cualquier barbaridad, el miedo se apoderaba de los candidatos y comprometían el negocio.

Durante décadas el ingenio de los negociantes que se dedicaban a esta especialidad se desarrolló y perfeccionó.

La población flotante de París no era ningún día inferior a 2 millones; en ciertas épocas del año pasaba de los dos millones y medio. Se trataba de personas que iban allí con el principal propósito de gastar su dinero en divertirse.

Nada más natural que proporcionarles todo lo necesario para que se hicieran el gusto...

COMPAÑEROS en la jornada del dolor y del misterio: vivamos en nuestra ley.

Digamos, pues, "nuestro salitre de Chile", "nuestro café del Brasil", "nuestras minas de Bolivia". Digamos: "Este paisano nuestro nació en el Perú"; "este otro en el Paraguay"; porque en efecto, los bienes son comunes y no podemos sentirnos extranjeros dentro de la patria grande, nuestra América.

Bienes y patrias se conquistan, disfrutan y engrandecen únicamente por el trabajo y la cultura. Seres y objetos son poseídos igualmente por el conocimiento y el amor; nunca por la violencia y la crueldad.

EL estilo de los escritores forenses merece todo lo malo que se quiera decir de él, salvo contadas y honrosas excepciones. Lejos de reflejar el esmero conveniente a la claridad, simplicidad y concisión, es ampuloso, difuso, confuso e inflado adrede para aumentar los honorarios. Olvidan, numerosos abogados, aquella frase epistolar: "Perdóname esta carta tan extensa. No dispongo de tiempo para ser breve". Escriben *in extenso* siempre, sin recordar, naturalmente, a Shakespeare ("La brevedad es el alma del talento"). Nadie pretenderá que el abogado sea consumado escritor; mas sí parece lógico que quien demanda justicia hable al juez con llaneza, naturalidad y que sea parco en palabras, dejando el largo discurso al ignorante y malicioso.

LA edad supone el análisis de las verdades tragadas sin mascar.

Los viejos rumian como los camellos y los bueyes, después que atravesaron el arenal o abrieron surcos. Todo les vuelve al magín y lo separan, lo mastican, lo ablandan, lo depuran y lo vuelven a tragar o lo dejan a un lado.

LA edad importa el refinamiento de los gustos.

Hacia los treinta años se inicia el discernimiento sobre las aficiones, los gustos, las pasiones, los anhelos, los ideales.

En la madurez este proceso ha llegado a su término.

Ya no se trata de satisfacer de cualquier modo los apetitos del cuerpo y las necesidades del espíritu.

EL amor cambia profundamente. Ya no se manifiesta con la prodigalidad de antes. Se ha vuelto un sentimiento fino, delicado, casi primoroso, sutil, exquisito.

El mozo encuentra atractivos en ochenta de cada cien mujeres; el hombre maduro normal quizás no encuentra una de cada millar o en diez mil que corresponda realmente a su ilusión.

ACAECE lo mismo con la amistad. A los diez años todos los seres humanos son amigos; a los veinte, casi todos. A los treinta, a los cuarenta, a los cincuenta, el número de los amigos disminuye, la selección nos torna más rigurosos y exigentes.

PADECEMOS superabundancia de médicos y abogados, con perspectivas de una mayor intensidad del mal para los años futuros. Parece que aquí no hubiera sino enfermos y pleitistas.

Si lo que se busca es un trabajo equitativamente remunerado, se equivoca el camino. Si lo que se pretende son satisfacciones morales, fácil es convencerse de que los resultados son en un todo opuestos a tal designio.

Hace medio siglo constituía un título para la consideración social el de doctor. El estanciero lo anhela-

ba como blasón para su prole. Hoy ya no se cotiza el doctorado sino en los excepcionales casos de singular y descollante valimiento.

Se aprecia, se remunera y se aquilatan mejor los méritos de los doctores en materia de cuyo desarrollo y perfeccionamiento depende la prosperidad del país y el bienestar de sus hijos, los que no sólo viven para pleitear y enfermarse.

Recibí hace algún tiempo la visita de un hombre original en cuya tarjeta se leía: "Fulano de Tal. — Doctor en Avicultura". He aquí, me dije, la solución de un problema social de los más trascendentales. Solución simple, barata, de irresistible eficacia. Y lo traté de doctor al visitante, con mutuo agrado. No se ve en ello ningún inconveniente. De cada diez muchachos, nueve quieren ser doctores, con el beneplácito de los padres y con muy desastrosas consecuencias.

Conformemos a todos; convirtámonos en doctores, por derecho inherente a la ciudadanía y sin detrimento de los respetables intereses colectivos y de los no menos respetables de nuestra juventud. Por mi parte — y pienso que todos estarán de acuerdo conmigo — no tendré el menor reparo en prodigar el tratamiento de doctor a cuantas personas lo deseen.

Estoy dispuesto, todos estamos dispuestos, a reconocer doctores en cereales y forrajes, en ganadería, en arboricultura, en sericicultura, en petróleo y sus derivados, en cualquier ramo de la ingeniería industrial o del comercio; doctores en tejidos, en minerales, en electricidad, en radiotelefonía, en la industria del mimbre, en la elaboración o exportación de nuestros productos; doctores en fin, en la incontable variedad de

actividades que reclaman la inteligencia, el estudio y el perseverante esfuerzo de nuestra juventud y de las que pueden sensatamente esperar los entendidos o doctos la merecida recompensa.

HAY frecuentes conflictos en nuestra vida universitaria; pero el más grande, el que hace las veces de levadura en todos ellos, el fundamental y permanente, es, el que no se menciona, ni se arregla nunca; es la desorientación juvenil; es el absurdo de estas populosas fabricas de doctores en leyes y en medicina, tan inhumanas, frente a las necesidades del país, frente a los legítimos derechos de las nuevas generaciones.

La experiencia nos dice que a medida que aumentan los esfuerzos de la diplomacia para evitar una guerra, aumentan las probabilidades de que ésta se produzca. Tal es la paradoja de la diplomacia. Ella no fué en sus orígenes más que una estratagema destinada a ganar tiempo, mientras se terminaban los preparativos para la inevitable carnicería. Ella provoca hoy el mismo recelo que aparejaban sus traicioneras protestas de amistad y de buenas intenciones. Detrás de sus palabras ¿búscase algún designio sigiloso? Como no exista, se le inventa, porque la diplomacia ha de servir para algo; repitiéndose en la muchedumbre el fenómeno que en el individuo sano e impresionable causan las conversaciones sobre enfermedades. Mientras exista diplomacia, pues, por lo menos la diplomacia con las modalidades de la astucia y con refinamientos de pueril cortesía, habrá la posibilidad de vernos convertidos, de la

noche a la mañana, en furiosos homicidas. No hay más que leer los discursos de presentación de credenciales para comprender que nuestros diplomáticos marchan a la retaguardia en materia de solidaridad humana. Las apolilladas fórmulas y los triviales lugares comunes están demás y podría sustituírseles perfectamente por la sincera expresión de sentimientos e ideas que constituyen nuestro tesoro moral y justifican nuestra esperanza en un destino distinto del que tuvieron las anteriores civilizaciones.

COSA chiquita, delicada, un niño!... ¿Quiénes serán sus padres?... ¿Qué será este niñito en lo futuro?... ¿Qué idea curiosa se hará de lo que mira desde tan abajo?... ¡Cuán confiadamente avanza y observa todo con sus ojitos de gorrión!...

¡Yo te deseo, niñito, que se te prodigue la ternura, que se te comprenda y que se te respete!... ¡Que no seas un niño más, estrujado y deformado por la violencia! ¡Que no malogren el prejuicio, el egoísmo y la crueldad, la gracia, la belleza y la alegría que resplandece en ti!

LOS españoles que observaron y escribieron la historia del antiguo imperio de los incas coincidieen afirmar que en todo el Perú de la época de la conquista no había un solo mendigo. La mendicidad estaba prohibida en absoluto. El gobierno aseguraba trabajo a todos los súbditos y castigaba con rigor el ocio voluntario y la mendicidad.

¡Siglos después, en plena civilización europea, la mendicidad continúa siendo una plaga social inextirpable!

POR mucho que nos esmeremos en adoptar aires solemnes y expresiones severas, no cambiaremos la vida. Cuando nos hallemos fuera de las zonas de la aflicción moral y del sufrimiento físico, cultivemos el buen humor, el buen ánimo y la sana, fecunda y placentera alegría — ¡infalible remedio para numerosos males de la vida!

Cuesta lo mismo ser azúcar que vinagre... ¡y es una obra de caridad tan grande poner un poquito de dulzura y de optimismo en quienes nos rodean y nos tratan!

¡Toda la gratitud es poca para quien nos hace sonreir y tranquiliza nuestros nervios!

Todos somos deudores de Chaplin, quien, haciendo reir, cura más enfermedades que los médicos.

A TODO el mundo lo preocupa su gran barba enrulada, brillante, renegrida. A él también. Todo el mundo le insinúa que se la quite. ¡Antes, han de cortarle la cabeza!

Anda como un sirviente que lleva la barba a uno y a otro lado para que la contemplen y se fastidien si fastidia.

Dejó de concurrir a los partidos de football. Apenas lo distinguía, la plebe de las tribunas populares

prorrumpía en gritos hostiles y en balidos de chivo. ¡Algo inconcebible en un país civilizado!

Fué a él a quien su médico — escamado de consultas improvisadas — le dijo una tarde en la Avenida de Mayo:

—Hace tiempo que deseo hacerle a usted una pregunta... Cuando duerme, ¿pone la barba encima o debajo de las cobijas?

—No sé — contestó el barbudo. — No me he fijado.

—Pues, amigo, hay que fijarse...

—¿Tiene alguna importancia?

—¡Hombre!... Si se lo pregunto...!

Iba el médico de prisa y nuestro barba se quedó clavado por la novedad y la duda.

Nunca se le había ocurrido pensar en eso.

Ese día ya no sirvió para otra cosa. El problema lo obsesionaba.

Llegó el momento de acostarse, y colocó la barba bajo las mantas. En seguida, la sacó y la puso encima. Un momento después, extendióla sobre el pecho y la cubrió. Tras unos segundos de febril desasosiego, la puso de nuevo al aire... Tampoco consiguió tranquilizarse, y la noche avanzaba... Arriba, debajo, arriba, debajo...

En este trajín lo sorprendió la aurora.

Estaba molido, con la cabeza ardiendo; decididamente loco.

Nunca se había preocupado de semejante detalle e ignoraba si hasta entonces dormía con la barba al aire o cubierta.

Aquella tarde, fué el primero en entrar en el consultorio. El doctor, después de escucharlo con visible complacencia, le dijo:

—¿Ve, amigo?... No era tan sencillo como a usted le parecía. La posición de la barba durante el sueño no tiene ninguna importancia fisiológica... Yo se lo pregunté como una curiosidad, simplemente... Y ya que hablamos de eso, perdóneme esta franqueza: ¿Por qué no se la quita?...

¡Antes, han de cortarle la cabeza!

Cuantos lo conocen dicen lo mismo:

—¡Antes le cortan la cabeza que la barba!

EL nuevo código penal mexicano suprimió la pena de muerte y consagra el principio de que el criminal es un enfermo que necesita asistencia, y no castigo. Ambas conquistas morales honran al país hermano y se ajustan al código moral del nuevo mundo. Nadie está más necesitado de tratamiento médico que quienes buscan proporcionarse una satisfacción o beneficio por el crimen. Al hacerlo, revelan un grado de locura, o de idiotismo, superior al que demuestran los que se hallan internados en el manicomio. La circunstancia de que los criminales sean locos más peligrosos y que impongan mayores precauciones de aislamiento, no exime a la sociedad del deber de juzgarlos y tratarlos tales como son. Es preciso abandonar toda esperanza de reducir la criminalidad si no se la combate en sus orígenes, con una concienzuda profilaxis social aplicada a la infancia. De poco servirán, en definitiva, los esfuerzos si se aplican al criminal ya he-

cho, en vez de dirigirlos a evitar su formación. Pero la humanidad no posee todavía un criterio claro sobre tan serios problemas. Anda, puede decirse, a tientas en la sombra. Lo evidencia esta misma legislación penal que entró en vigor en México, plausible en muchos aspectos. Ella quita a los jueces el derecho de dictar pena de muerte; pero lo establece para los cónyuges en caso de adulterio. El marido podrá matar, sin responsabilidad alguna, al amante de la esposa; la esposa podrá matar al amante del marido. Queda así autorizada la pena de muerte con menos garantías de ecuanimidad que en la sentencia dictada por tribunales. Hay, además, la incitación al delito. La propia ley dice: "Mata". Ahora, el cónyuge engañado se sentirá en la obligación pundonorosa de matar. Quienes así legislan, inculcan en el pueblo la ferocidad.

Y aunque aparecen los dos sexos equiparados en la impunidad para el asesinato, sabemos perfectamente que el asesino será casi siempre varón. El asesinato como la garantía de la fidelidad conyugal. Garantía de salvajes, ciertamente. Moral bien deleznable, semejante a la de no mentir por miedo a que se descubra la verdad; no robar, para no correr el riesgo de ir a la cárcel. Ahora existirá el miedo a la venganza del cónyuge agraviado, con lo que se compromete la nobleza de la unión, pues ella alcanza su máximo prestigio cuando se basa en la libre voluntad. Sin la convicción unánime de que la unión es íntima, cordial y, sobre todo, enteramente libre, no se conseguirá nunca que el hogar se perfeccione y constituya el anhelado fundamento de una sociedad mejor. Queda la institución matrimonial afeada y maltrecha con esos privilegios

sanguinarios y esos hierros que se forjan para prestarle mayor seguridad. Triunfan, pues, en la progresista México y a despecho de sus amplias tendencias humanitarias, los absurdos de suponer que el vínculo conyugal pueda ser fabricado de otra substancia en reemplazo del amor, y de que el honor se limpia con el crimen. Al amparo de la ley, satisfarán libremente sus instintos criminales — más bien que el Otello real, ofuscado por los celos, más frecuentemente que la mujer engañada que sabe que el asesinato no le restituirá al que amó — los bandidos disfrazados de caballeros, los malvados que no sintieron jamás el verdadero amor.

NO niegan los médicos que la mayoría de las dolencias son imaginarias; pero lo olvidan lamentablemente al tratar de curarlas. Dirigen sus esfuerzos a la materia inerte, menospreciando la preciosa ayuda de la voluntad del que padece, que es donde reside la maravillosa panacea para mil cambios posibles en el organismo. Científicamente, Charcot pudo demostrarlo tantas veces como quiso con sus asmbrosas experiencias en el hospital "La Salpetrière", de París. La imaginación es, con frecuencia, todopoderosa y, en la mayoría de las enfermedades, su acción es más intensa y decisiva que los productos de la farmacopea. Hace veinticuatro siglos que Hipócrates, llamado el padre de la medicina, dió la razón al vulgo. "Conviene asociar — dijo — la medicina a la filosofía, y la filosofía a la medicina, porque el médico filósofo es igual a los dioses". Basados en tan alta autoridad tenemos,

pues, el derecho de pensar que las llamadas curaciones milagrosas se hallan dentro del orden natural. En consecuencia, es perfectamente explicable la universal y ansiosa expectativa que se produce ante la manifestación de una fuerza curativa superior a la materia. No es culpa de la multitud que esa fuerza se abandone como cosa inservible a las especulaciones de charlatanes y simuladores. Y ya que las verdades que antes se reservaban para unos pocos han de brillar al cabo en las esferas populares, digamos la gran verdad de que la ignorancia ante las curaciones "milagrosas" no está en los que creen en ellas, sino en quienes, por exclusivismo de criterio, olvidan la realidad y la presencia del espíritu y su indudable influjo en los procesos orgánicos.

UNA pobre mujer residente en Rosario, República Argentina, casada con un viudo mayor que ella, era víctima de la calumnia. Resistió cuanto pudo; luchó con sus débiles fuerzas contra la atroz perversidad. Al cabo enloquecida, preparó una solución mortal. Hizo beber una porción a Mario, el hijito de siete años, y bebió ella el resto. Junto a los dos cadáveres se halló esta carta:

"Adiós, Felipe. Ahora la gente no va a decir más infamias. En el baúl dejo dinero. No gastes más que cincuenta pesos. Los que quieran pasear que se alquilen los coches. Lo único que te pido es que pongas al nene y a mí en el mismo cajón, y si me quieres acompañar, alquila un solo coche. Adiós. Tu esposa, Desideria."

Horroriza pensar cuánto habrá padecido esta madre para llegar a la tragedia. Al alejarse de la tierra se lleva su tesoro: quiere evitarle que sufra algún martirio parecido al que la arrastra al abismo. Desea que el que fué su marido la acompañe, solo, al cementerio. No pide nada más que dormir junto a su hijito el largo sueño que ha de curar su congoja.

Si la gente que habla sin control se detuviera a considerar las consecuencias de las suspicacias y mentiras, habría esperanza de arrepentimiento.

Todos los días la calumnia, como hoz infernal, realiza su cosecha de innumerables penas, segando amores, amistades anhelos, esperanzas, alegrías, y cuanto hay de bueno y noble en este mundo.

Las personas honradas debieran erigir un monumento a esa madre y a su hijo, para enmienda general y, principalmente, para evitar que tan monstruoso y cobarde crimen quede impune.

POR necesidad, el hombre nació deportista.

Por necesidad fisiológica y por placer vuelve a serlo, aun cuando las exigencias de orden material no se lo impongan.

Los trabajos naturales, lógicos y productivos son los deportes ideales, los más perfectos y adecuados al individuo.

La definición del deporte sería: Simulación sin propósito de lucro, de los trabajos que en el estado normal la naturaleza impone al hombre para asegurar la subsistencia y la salud.

Pero es la vida tan invariable en sus normas, que

los deportes concluyen por convertirse en trabajos y en medios de subsistencia.

Describe de tal manera el ser humano otro de sus círculos viciosos, círculos que limitan en todo sentido sus tentativas para ponerse fuera o por encima de leyes inmutables.

Líbrase de los trabajos que le fueron impuestos, y recurre a los deportes para no perecer en la miseria fisiológica. En cuanto toma en serio los "pasatiempos" y los "juegos", incorpórase al "profesionalismo", que es cada día más copioso y que consiste en la transformación de los deportes en verdaderos trabajos, tan obligatorios y productivos como los comunes.

UN hombre encontró una fortuna en una cartera y la devolvió íntegramente a su dueño. Fué este el primer sorprendido; luego, los propios parientes del hombre honrado.

Desfilaron los vecinos, uno a uno, para contemplarlo de pies a cabeza.

Finalmente, los diarios hablaron de él y publicaron su retrato.

Se le señala con el dedo, se le admira.

Es casi un personaje; un hombre ejemplar; un modelo digno de ser imitado.

Sólo le falta que lo admire su mujer.

Cuanto más cree él posible convencerla del mérito de su hazaña, mayormente se irrita.

—¿No ves — le dice furiosa — que se sorpren-

den de lo que has hecho, porque nadie es tan tonto como tú?

QUIEN conoció al paisano de la campaña rioplatense, quien apreció los esenciales valores del verdadero gaucho, sabe perfectamente que ese arquetipo de la franqueza, de la sinceridad, la caballerosidad, el valor, la hidalguía, la abnegación y el heroísmo no era sino el español trasplantado al nuevo mundo. Vimos, después, en los campos, hombres de todos los pueblos, pero jamás un inglés, un italiano, un alemán se convirtieron en gauchos. En cambio, el español se acriollaba con tal naturalidad y tal justeza que no se diferenciaba.

EL cree que por su porte, su melena, su sombrero de amplias alas y su mugre, es un artista. Posee, según él, exterioridad y alma de artista; en realidad, ni una ni otra.

Este es uno de los tantos que se interponen entre el pueblo y el arte, por lo cuál éste no llena su finalidad social. Este es de los que colocan millones de cuadros abominables delante de los cuadros de un Miguel Angel o un Rembrandt; millones de libros junto a los de Goethe o Shakespeare; de los que hacen sonar sus musiquitas los trescientos sesenta y cinco días del año, sin dejar un minuto de silencio para que se escuche a Wagner, a Beethoven o a Verdi.

Por culpa de ellos el vulgo está fastidiado de las bellas artes, con razón, y habla compasivamente de

los pintores y de los poetas, reputándolos mentecatos o idiotas.

Afirma este que pasa, que él y sus compañeros defienden el arte en medio del grosero materialismo. El arte no necesita más defensa que sus obras inmortales. Sin los parásitos y simuladores que lo desnaturalizan y envilecen, el arte habría conquistado más hondamente el espíritu del pueblo y reinaría con más grande esplendor.

TIENE diez casas. Las diez casas le producen, una con otra, trescientos pesos. La renta mensual es, pues, de tres mil pesos. Como solamente gasta mil, deposita dos mil pesos mensuales en el Banco, que ganan interés. En cuanto reune la suma suficiente, compra otra casa. Hoy tiene diez, mañana tendrá veinte; si vive, como espera, treinta años más, poseerá cien, doscientas casas, que le producirán una renta mensual de treinta, cuarenta mil pesos... No piensa gastar nunca más de los mil mensuales, de manera que los veintinueve, los treinta y nueve mil restantes con sus intereses, invertidos siempre en la adquisición de propiedades...

Con estas ideas se levanta, come, camina, se duerme y se vuelve a levantar...

Por supuesto, que no pierde noticia de venta de propiedades: es lo único del mundo que le interesa y lo preocupa.

Su humor depende de la seriedad de los inquilinos. Como éstos aumentan y él confía en que sean

cada vez más numerosos, van también en aumento sus rabietas, sus fastidios y sus indignaciones.

Cuando hablan de la rebaja de los alquileres, o de nuevos impuestos, se ve obligado a rehacer todos sus cálculos. ¿Serán doscientas o serán cuatrocientas las propiedades que conseguirá poseer?.. Días de malestar, de insomnio. Le vuelve la dispepsia. Visita al médico que, como inquilino, no le cobra; pero las recetas cuestan dinero, ¡caramba!, y hay que pagarlas al contado.

Su esposa ruega encarecidamente que no se hable ante él de nuevos impuestos y de la rebaja de los alquileres.

¡CUANTOS millares de niños de uno y otro sexo son brutalmente tratados con el pretexto de educarlos! ¡Cuántos verdugos de niños matan en ellos la esperanza en un porvenir mejor, con el desequilibrio orgánico y el embrutecimiento paulatino! ¡Cuántos hablan de patria y de humanitarismo, y perpetran con sus manos, o autorizan con la complicidad de su silencio, el monstruoso delito de simular que cultivan la inteligencia y el sentimiento de las criaturas con la perversidad de martirizar la carne! ¡Y cuán estériles serán todos los afanes para hacer menos miserable nuestra vida mientras no se comprenda que los defectos de las criaturas son nuestros propios defectos trasmitidos a ellas y que sólo con la dulzura y el ejemplo ennoblecedor podemos redimirlas!

UN señor Walter trabajó afanosamente en Londres hasta reunir una fortuna. A fuerza de ímprobos esfuerzos lo consiguió. Y murió, sin saber para qué había acumulado dinero. Heredó la esposa, que cuidó celosamente de mantener el caudal, y murió, en la misma ignorancia que su marido.

Una información de Roma refiere lo que no supieron los principales interesados:

"Anuncia de Caltagirone, provincia de Catania, que las hermanas Francisca y Juana Dasio, humildes campesinas, heredaron recientemente cuatro millones de liras, por la muerte de su hermana Josefina, que residía en Londres y que se había casado con un señor Walter."

"Un señor Walter" ha proporcionado, pues, una gran alegría a dos campesinas. No era éste su plan, seguramente; pero resulta plausible.

¿QUIENES son nuestros burgueses capitalistas o patrones? Trabajadores que han llegado o que se aproximan al bienestar material, jornaleros de ayer, inmigrantes que no trajeron más capital que su laboriosidad y sus aptitudes. ¿No vemos acaso, de continuo, a patrones que se convierten en dependientes y a dependientes que se cambian en patrones? Es suceso tan vulgar que no sorprende a nadie. Pueden citarse ejemplos de individuos que varias veces han sido patrones y otras tantas simples colaboradores a jornal o sueldo, de una empresa cualquiera. Razonable, plausible, necesario es que en las relaciones de

trabajo pongamos la mayor equidad; a ello propenden decididamente todas las fuerzas nobles del país, y no los proletarios solamente. Pero resulta por demás pueril querer radicar la lucha por el bienestar en un problema de clases.

Algunos, por fracasados o ilusos, esperan la transformación del mundo, de la eliminación de los patrones. ¿Quiénes son éstos? Los sujetos idóneos que aportan los elementos de una empresa, la inician y la dirigen. La palabra no tiene otro sentido ni otro uso en la actualidad. De la definición surge la imposibilidad de aquel recurso. Por otra parte, ¿quiénes son los patrones para negar o conceder la dicha humana? ¿No resulta claramente la desproporción del recurso con el fin que se propone? Para ser más felices, para disminuir nuestra miseria moral y material, hemos de ser mejores, hemos de acrecentar nuestra aptitud para apropiarnos la naturaleza, purificar nuestras costumbres, dignificar nuestro pensamiento y nuestro ser entero.

NOS dijo en ocasión de su visita William Bryan, siendo candidato a la presidencia de los Estados Unidos: "Cuanto sé de política me lo enseñó mi madre con aquel pensamiento que enseña no hurtar".

Reflexionemos en la audacia del yanqui, que convertía la abstrusa y enrevesada ciencia política — inaccesible para el soberano pueblo — en una simple regla de probidad: dejar a cada uno lo suyo; no apropiarse por la fuerza o la astucia de lo ajeno.

Si nos ayuda el buen tiempo para que madure el juicio, pudiera cada ciudadano llegar a ser gran político, pues lo que es madres como la de Bryan no faltan.

EN la sala cuna de Medellín, ciudad de Colombia, debían recibir el tratamiento antidiftérico cuarenta y nueve niños. Al practicárseles la tercera curación, se inyectó a los enfermitos toxina diftérica en vez de suero antidiftérico. Las cuarenta y nueve criaturas fallecieron.

Estos son los gruesos descuidos que repercuten dolorosamente en el mundo entero; pero los que causan mayor número de víctimas son los que matan un enfermo cada vez y no trascienden al público. La lógica, por sí sola, nos dice que en los hospitales mueren no pocos enfermos por descuido y por error.

UN hombre de veinte años es siempre poseedor de tesoros fabulosos, de fantásticas minas de diamantes y esmeraldas, de montañas de oro. Ni sabe lo que tiene, ni sospecha cuanto le envidian su riqueza.

¡Suele pensar, como un bobo, que hay alguien más poderoso y más feliz que él!

Soldado, ya es general; marinero, se sentirá almirante. Si es aprendiz de fábrica, será el rey de la industria. Si es estudiante, disipará con su ingenio y su saber todas las sombras y todos los misterios.

Dominará cuanto se oponga a su designio, esca-

lará las cumbres hasta hoy inaccesibles, cambiará el mundo cuando le parezca y convenga a sus ideales y deseos.

¡Cuántas mujeres hermosas! ¡Cuántas sonrisas que provocan su éxtasis!...

Pero no vale la pena detenerse. La más hermosa lo espera más allá y va hacia ella con paso presuroso...

Atraviesa la vida, antes de la conquista, como un conquistador. Sin ganar la batalla, pasea en su corazón todos los goces del triunfo.

TODA joven soltera y sin novio, va al encuentro de alguien.

¿Es rubio?... ¿Es alto?...

No sabe; sólo sabe que lo ama.

Creció junto con él; lo ha amado siempre.

Ha juntado su vida para dársela, como junta el naranjo los azahares en sus ramas.

Su madre le dió todo cuanto pudo; ella se dará íntegramente a él.

Por él abandonará a sus padres, a sus hermanos, su paz y su dichoso bienestar.

El es la llama que la encenderá y la quemará; el viento que deshojará los azahares.

No lo vió nunca; no conoce siquiera el color de sus ojos... ¡Y tan hermoso, tan seductor y tan querido!...

SIEMPRE creímos que si en alguna parte del mundo es posible que la humanidad repudie las soluciones de la fuerza, ella sería nuestro continente. Los hechos han ido, en noble sucesión, confirman—

do esta esperanza. Las naciones de América renuncian a decidir sus litigios entre ellas por medio del crimen y se avienen a resolverlos fácilmente por el razonamiento y la equidad.

Lo que hacen los individuos aisladamente lo harán las colectividades. Ni el brasileño, ni el chileno, ni el argentino que representen la cultura media de su respectivo pueblo, zanjan por el asesinato y el incendio las diferencias con el vecino. No hay, pues, razón valedera para que tales hombres, al obrar en conjunto, pierdan toda noción de humanidad y se despedacen como fieras.

No serían necesarios grandes esfuerzos para convencer a los individuos de que ni su interés ni su conciencia ganan con la guerra: íntimamente, todos lo sabemos; exteriormente, todos lo negamos; y la causa de esto es muy sencilla. Si al hombre que abomina del crimen de la guerra se le llama cobarde y mal patriota, ¿qué recurso le queda sino mostrarse dispuesto a la matanza? Todos no han de ser héroes; todos no han de llevar la valentía al extremo de desafiar la execración de sus contemporáneos para cumplir con Dios y su deber. Más fácil es hacer frente a un ejército desde la línea de fuego, que decir la serena verdad en el momento crítico a un solo hombre inflamado de patriotismo homicida. Y así, cuando resuena el tambor y vibran los clarines y el aire huele a pólvora, unos porque ya son de instintos crueles, otros porque se contagian de la locura homicida, los más porque tienen miedo, todos salen a la calle, gritan, alzan insignias y se precipitan al combate como los salvajes y los búfalos.

Gobiernos y políticos, prensa e instituciones de cultura, el magisterio y cuantos colaboran en la formación del alma americana, tendrán que infundir en ella una nueva noción del honor, del patriotismo y de la gloria, y en consonancia con ella, encauzar los sentimientos generosos y las nobles energías.

TODA la esperanza de la humanidad consciente para alcanzar un mayor grado de cultura y bienestar reside en la educación del niño. Pero la educación que ha de redimir a nuestra especie no es, como suponen los insensatos y malvados, dureza, brutalidad, grosería y egoísmo en el trato con los que llegan a la vida. La educación verdadera y necesaria es la que infunde en el niño el amor al trabajo, a la verdad, a la justicia y al bien por medio del razonamiento y la dulzura.

Quienes pretenden mejorar, enseñar o dignificar al niño por la fuerza, conspiran torpemente contra el porvenir humano. Falsean la verdad los padres que atribuyen maldad o perversidad a las criaturas, ya que desde el primer día de vida las tuvieron a su entera disposición, en la absoluta inocencia, para infundirles ideas y sentimientos elevados y costumbres dignificantes. Mas nada de esto llega al cerebro y al alma sin amor en quien pretenda transmitirlo. El niño tiene derechos que es preciso respetar. Derechos al aire puro, al alimento sano, al desarrollo de sus aptitudes, a la alegría, a los juegos..., y el primero de todos es el de ser tratado como un ser razonable, con suavidad e inteligencia. Engrandeceremos la nación, embellecere-

mos la vida entera, redimiendo al niño de las crueldades y torpes groserías que lo afean y envilecen para siempre.

DEBE desaparecer esta escandalosa exhibición de armas homicidas que se realiza en las casas de comercio. Esto es una incitación al crimen para los espíritus inferiores y es una complacencia imperdonable con el delito. Al mismo tiempo, debe determinarse con toda precisión qué clase de personas y con qué formalidades previas, pueden adquirir tan peligrosa mercancía.

Las armas de fuego, por ejemplo, ¿por qué se han de vender a neurasténicos, borrachos o individuos de malos antecedentes?

Cierta clase de armas blancas, como el estilete, ¿por qué se han de comerciar?

Es ilógico que se castigue como un delito la venta de una substancia tóxica, y que sea absolutamente libre el comercio de toda clase de armas homicidas, sin limitación para las más brutales y villanas.

EL mundo levantó la cabeza y miró hacia Francia para contemplar a Clemenceau que moría.

Pero el terrible viejo volvía a levantarse, se encasquetaba el *calotte,* daba unos cuantos gritos, echaba de mala gana a periodistas y médicos, hacía cerrar la puerta de calle y se ponía a trabajar.

Se anunciaba de nuevo su extrema gravedad, y, otra vez, diez veces, cincuenta veces, saltaba del col-

chón, se erguía, se ponía el *calotte,* caminaba, gesticulaba, resoplaba y se entregaba a su trabajo, iba a observar sus rosas, activaba el ensayo de un drama lírico, decía frases vibrantes y rotundas. Se retiraban los médicos a la medianoche, dejándolo adormecido, medicinado, abrigado, pinchado, y él, a las 4 en punto, según su costumbre, se sentaba a trabajar hecho una furia.

Moriría cuando le diera la gana. Haría, entretanto, lo que se le antojase.

Fué un gran patriota, sin duda; tuvo inmensas energías, salvó a su patria en la guerra; fué eminente como periodista y orador; fué la dentellada, el zarpazo, el salto sobre el contrario en el instante oportuno... Sí; fué todo eso... Fué el sentido común, el equilibrio, la medida, la sobriedad, la eficacia. Sí; fué todo eso; pero fué "otra cosa".

¿Qué fué, pues, Clemenceau? Fué Francia. Durante años, decir Francia o decir Clemenceau era lo mismo. Ese hombre sintetizaba el genio francés; Francia tuvo en él su espíritu y su verbo.

La humanidad se reduce, en definitiva, a estos hombres-símbolos, que son un poco padres y maestros de todos los demás. Son, asimismo, los únicos que se plantean y resuelven de algún modo el angustioso problema que dejó Shakespeare en su tan mal comprendido dilema: "Ser o no ser". Clemenceau optó por "ser". Descifró el enigma de la vida, volviéndole la espalda. Hechos; nada de filosofía. Yo soy, quiero tal cosa, voy por aquí, llegaré a tal punto.

No era sólo viejo en años; era el hombre más antiguo del planeta en ideas y en sentimientos.

Apeteció lo que estuvo al alcance de su garra. No creyó en "el hombre moderno". No buscó nuevos horizontes. No pretendió descubrir nada. Si subió a alguna torre de esas muy altas, descendió en seguida y olvidó lo incognoscible.

¿Es razonable la complejidad y la hondura en cosa tan pequeña y efímera como el hombre? La vida entera de Clemenceau brama: ¡Imposible!

Clemenceau fué, entre los grandes hombres, el más parecido a los hombres comunes. Fué lo vulgar agigantado, sistematizado, convertido en virtud superior; lo común puesto en sublime; una montaña hecha a puñados de tierra.

Lo pasado y futuro tampoco lo preocuparon más que en la estricta medida de lo necesario. Siempre y ante todo se mostró simple, claro, tenaz, irreductible.

Tendió sus ideas y sentimientos en línea recta; una línea de acero; un riel. Sacó de sí mismo fuerza y se puso en marcha. A medida que avanzaba crecía su voluntad, hasta que nadie pudo detenerlo; ni él tampoco lo hubiera conseguido.

Cuesta creer en su quietud.

Cuando retumbe el trueno y fulmine el rayo, se acordarán los franceses de Clemenceau.

SI el avaro ha confundido su vida con una alcancía y no hace más que meter dinero en ella, el señor erudito padece otra confusión, sin duda, pues sólo se preocupa de meter conocimientos en su magín.

Alguien le dijo — y él lo tomó en serio — que debía convertir su vida en arca, baúl o armario, y llenarla de cuanto existe en los millares y millones de libros que se ha escrito en todos los idiomas. Es enciclopedia viva.

Cada día sabe más, y cada día sabe que sabe menos. Cada día se introduce algún volumen, y cada día se entera de muchos otros que tientan su curiosidad y para los cuales ha de reservar parte de su tiempo y del sitio disponible.

Su cabeza ya no es cabeza; es una librería. En estantes, cajones y cajitas se hallan almacenados innumerables conocimientos sobre cuanta cosa existe.

Detesta los diccionarios enciclopédicos. Quizás barrunta que substituirán a su obra maestra cuando ésta quede bajo tierra.

DEBEN ser numerosas las personas necesitadas de amar a alguien, de condolerse de alguien, de sentir el cariño y la gratitud de alguien, porque he conocido varios denodados protectores y protectoras de perros y gatos.

La señora que va barriendo la vereda con su falda y que produce con su anticuada gorra la estupefacción de los transeúntes, recoge y asila en su casa a cuanto perro Dios crió y encuentra en el desamparo. Lo que sí que los tiene a todos atados, con lo cual no se sabe a ciencia cierta si los favorecidos aprecian cabalmente la caridad que los protege.

Allí existen hasta cincuenta perros de todos los tamaños, razas y caracteres.

Hay una persona pagada expresamente para cuidarlos.

La abnegada protectora ha debido mudarse a un barrio suburbano, y aun así la intranquilizan las protestas de los vecinos, ya que es de imaginar los conciertos de ladridos improvisados con el menor pretexto.

Para poco más que el sostenimiento del asilo alcanzan las rentas de la señora; pero la sencillez de su existencia no le reclama tampoco más dinero.

Llora desconsoladamente al hablar de lo que ocurrirá, cuando ella falte...

¿Qué ocurrirá, en efecto, con aquella perrada heterogénea y estrafalaria que la buena señora tiene sujeta a la cadena de su caridad?

PUEDE el capital permanecer impunemente apilado en las arcas de los bancos; puede un hombre vivir ocioso de sus rentas: nadie los molestará; pero salga el capital de su escondrijo para arriesgarse en una nueva industria, apréstese el ocioso a prodigar sus actividades en obras de progreso, y el Estado, con un encarnizamiento rayano en la ferocidad, castigará a uno y otro con tantas multas como sean concebibles, bien que tendrá la habilidad de disimularlas con el nombre de impuestos o patentes.

Nadie ha calculado todavía lo que cada hombre activo paga aquí al fisco por concepto de impuestos; pero esta suma es enorme y su revelación produciría estupor. Porque desde el zapato hasta el sombrero, desde el primero hasta el último bocado de

nuestra comida, todo paga un impuesto, todo ha sufrido un considerable recargo de precio, cuyo importe devora con avidez siempre creciente el fisco, que representa en esta edad moderna el papel del insaciable dragón de siete cabezas entre los antiguos.

LA naturaleza quiere que el haragán sea castigado con el hambre; pero no que el laborioso sufra la inicua condena de ocio forzado.

Adquiere el hombre, por el hecho de nacer, el derecho a la vida; este derecho se ejercita por medio del trabajo; si se le niega al hombre el derecho a trabajar, se le niega el derecho a la vida. Tal es la monstruosidad a que se ha llegado en la tremenda obsesión de equiparar la tierra, madre común, a una alcancía de guardar dinero. La tierra está convertida en un valor convencional; se acumulan hectáreas y leguas de campo como si se tratara de papeles de bolsa o de monedas; se mantiene así el suelo a medio uso o inexplotado; y se condena a muchos hombres a convertirse en esclavos o vagabundos. ¿Esto es justicia, es natural, es posible bajo el imperio de la razón y de la probidad?

Un buen gobierno daría provisoriamente a los hambrientos un plato de sopa; pero se apresuraría a poner en cada cual en situación de bastarse con su esfuerzo.

La tierra es el patrimonio nacional; las arcas henchidas del fruto sagrado que ha de sustentar a las generaciones, el tesoro asequible a todos los hombres laboriosos. Si malas leyes e irreflexivas ambiciones

han decretado la esterilidad de la tierra, y cerrado las arcas, y tornado inasequible aquel tesoro, venga la justicia y restablezca sus mandatos.

No pretendemos aumentar la iniquidad con nuevas iniquidades, ni añadir el despojo a la usurpación. Anhelamos, sencillamente, que se pongan estorbos al acaparamiento y al monopolio de la tierra.

CUANDO una mujer que no es madre, no es linda, ni graciosa; que camina sin elegancia; que no tiene edad, ni originalidad, ni ningún atractivo pienso: ¡Quién sabe cuántas virtudes atesora! ¡Cuántas abnegaciones señalan cada día su humildísima existencia!

La Tía Flora era así, más fea, más flaca, más insignificante todavía... Encogíase para ocupar menos sitio, se escurría entre la gente para pasar inadvertida, sin creerse siquiera con derecho a la mirada de alguien. Y en su casa, esta mujer era la luz, el color, la sal, el agua: todo lo iluminaba con el claro candor de su optimismo; todo se teñía de sus nobles sentimientos; todo adquiría la gracia y el encanto de su influjo milagroso; todos se purificaban y refrescaban con el agua pura y santa de su amor y de su fe.

La Tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario.

Su gran inteligencia, su bondad excelsa, su abnegación divina, le permitían, sin que casi se notara, agrandar cada alegría, disminuir cada pena, poner paz, equidad, resignación, dulzura en todos aquellos

seres que, sin saberlo, se embellecían de su belleza íntima, y, sin agradecerlo, usufructuaban del mágico tesoro de su inmenso corazón.

ANATOLE France dijo:

"Reconozco que el odio a Alemania es en Francia muy fuerte, pero el deseo de la paz es más fuerte aún. Creemos que resultaremos victoriosos; los alemanes creen también que resultarán victoriosos. Sin embargo, parece que los franceses hubieran de sacrificar casi toda su población masculina para ganar la guerra.

"Quizá la paz no estaría tan distante si una de las partes mostrase a la otra que estaba dispuesta a escuchar. Pero todas las declaraciones oficiales terminan sólo con expresiones de odio y de rabia.

"La humanidad no quiere saber nada más de odio ni de rabia ciega; está cansada del clamor envenenado y ansía la música de la paz".

Estos hombres coronados de gloria verdadera hablan con el corazón y nos dicen lo que realmente piensa el pueblo. Las declaraciones del gran alemán Maximiliano Harden son igualmente nobles y humanitarias. También así, con igual sinceridad y rectitud, Bernard Shaw habla por Inglaterra.

Pero los políticos se expresan y obran de muy distinto modo. Ellos son los que sostienen el clamor envenenado, los que prefieren ver convertido a su pueblo en un cadáver antes que renunciar a su vesánica soberbia.

NI en el trabajo, ni en las enfermedades, ni en los malos tratos, el indio argentino goza de los privilegios acordados por ley a los irracionales. Recordemos la solicitud con que se vigila la salud del ganado, mientras las tribus humanas han sido ya diezmadas, en el completo abandono, por las enfermedades endémicas y epidémicas, por la explotación inicua de los empresarios y la persecución de los soldados.

La prensa relata ahora batallas con los indios. Cierto que hay millares de indios absolutamente desengañados de la fiera blanca, dispuestos a precipitar la desaparición de la raza, en una inmensa porción ya exterminada. Son los últimos representantes de aquella inmensa población nativa, hospitalaria y bondadosa, embravecida por siglos de crueldad de los civilizados, y que hoy, en los últimos espasmos de la rebelión contra el martirio, se baten en retirada hacia la muerte, la única puerta de escape que se les ha dejado! Luego de haberlos despojado de sus tierras, de sus hijos, de sus libertades, luego de haberles robado desde la conquista su trabajo en los yerbales, los obrajes, los ingenios de azúcar, luego de haberlos embrutecido con el alcohol para explotarlos mejor y enfurecido con los desmanes, los atropellos y las emboscadas, que han sido la única ley que han conocido — he aquí que se desea verlos mansos, confiados, tolerantes y cultos!

UN simpático hombre, como de cincuenta años, de bigote blanco, ojos claros y aspecto culto y bonachón, me detuvo en la calle, con esta textual pregunta:

—¿No precisa, señor, un atorrante para algún trabajito?

Confieso que la pregunta me abismó en un laberinto de reflexiones. Un atorrante que reconoce llanamente su calidad de tal, revela la existencia definitivamente consagrada de una clase que no se oculta, ni se disfraza. ¿Habréme cruzado con un espíritu irónico, que ha aguzado en la miseria y la desilusión una frase sarcástica para pinchar con ella la epidermis burguesa? ¿O será aquel hombre un habilísimo psicólogo pechador, que ha descubierto un modo de pedir de eficacia infalible para ciertos temperamentos, por la amarga franqueza de la fórmula, acentuada por el tono de la voz?

El atorrantismo consiste precisamente en la abstención de todo trabajo. ¿Habrá querido este buen hombre pedirme un puesto público?

EL ser humano que se forma actualmente es algo desconocido para nosotros. El principal factor en el inmenso cambio es el cine. En una hora suele verse en la pantalla lo que antes reclamaba medio siglo de vida. Y se ve todo, por todos. El cine exige y obtiene de las nuevas generaciones la adaptación de los sentidos y la inteligencia a sus vertiginosos medios de expresión.

Es fabulosa la rapidez de observación, análisis y comprensión de los espectadores infantiles. Los niños interpretan mejor que los adultos las situaciones más complicadas que aparecen en un "film"; no sólo las

interpretan con estupendo acierto: adivinan el desenlace de casi todas las intrigas.

Abramos los ojos a la evidencia incuestionable de que es el cine quien modela, principalmente, al hombre del futuro.

El hogar y la escuela pasaron, en eficiencia, a segundo o tercer término, como medios para la determinación del carácter y de las costumbres. Rigen las modalidades que exhiben los héroes y heroínas de la película.

Si los gobiernos cumplieran su fundamental función, que consiste, como la filantropía verdadera, en prevenir, no en remediar, hubieran escuchado a los que señalaron, desde los primeros tiempos, los peligros de la cinematografía. Ahora habrá que luchar contra la depravación de las costumbres y la perfeccionada criminalidad, enseñadas y difundidas tan libremente con el consenso de las autoridades y de los estadistas. En todas partes surgen destacados y precoces alumnos de la cinematografía. Niños y jovencitos de ambos sexos se esmeran en imitar en la realidad refinadas escenas de crueldad y de sensualismo.

Si se contagian hasta las actitudes y los gestos; si el ser humano imita en la primera edad — y, a veces, siempre — cuanto observa en sus semejantes y aun en los irracionales, ¿cómo dudar de que el "film" sirve de pauta y de norma para la vida real de un gran número de espectadores?

En doloroso contraste con la apatía de los estadistas, hemos visto a comerciantes e industriales sacar óptimo partido de la influencia cinematográfica. Vendedores de tabaco, más perspicaces que los defen-

sores de la sociedad, supieron de inmediato que el hecho de fumar los intérpretes en todos los momentos en que aparecen en la película determinaba en el público una furiosa recrudescencia del correspondiente vicio. Llovían los regalos de cigarros y cigarrillos en los estudios de Hollywood. Se multiplicaban los "convincentes" pedidos de fumar todo el mundo mientras se filmaba. Ustedes ven intérpretes que hablan, leen y caminan envueltos en una densa nube de humo. Las ventas de tabaco aumentan, por este medio, de manera fantástica. Generalícese el ejemplo y se tendrá una idea de lo que está haciendo el cine en la sociedad.

Las muchachitas no pueden resistirse a prodigar el beso apasionado que constituye uno de los encantos esenciales de las estrellas.

Por si fuere poco explícito el "film" en sus enseñanzas, disponen los inexpertos de las amplias fuentes informativas que les brindan las biografías de los "astros", tan abudantes en estrafalarias revelaciones.

Van más lejos aún los entendimientos débiles y los corazones virginales. No sólo ponen las ideas y los procederes a tono con los actores: les entregan afecto, cariño, amor. Si se sondaran las almas para descubrir el amado ideal, la amada, sobre todas, descubriríase con insospechada frecuencia una sombra proyectada en la pantalla, junto a la cual son ridículas parodias los seres de carne y hueso que la realidad allega a los modernísimos enamorados. Esa sombra es objeto de un verdadero culto; evocada por la imaginación, participa en todas las escenas de la vida y mantiene a los platónicos enamorados de ambos sexos en esferas de ensueño, con serio menoscabo de la felicidad, que re-

clama, ante todo, una juiciosa adaptación a la realidad.

Sabemos que el bien y el mal forman el matrimonio más unido; por lo menos, andan casi siempre juntos. No pretenderé, pues, que se elimine en absoluto lo malo de la pantalla. Si en ella ha de reflejarse nuestra vida, ha de tomar de uno y otro sus elementos. Pero convengamos en que, sin exageraciones moralistas, bien pudo, y puede, moderarse el daño que causa el cine en las cabecitas nuevas y en las personas sin discernimiento.

Puede decirse que ya se darán maña los gobiernos para remediar tales estragos. Es la eterna tragedia del sentido común; la inevitable miopía de los ojos oficiales que no ven. Parece que los estadistas existieran para contemplar, primero, el incremento de los males, y darse, después, el gusto de combatir contra ellos. Así son tan reñidas sus peleas como rotundos sus fracasos.

SIEMPRE y en todas partes se ha tenido resultados admirables con la sugestión. Los médicos declaran que esos resultados son ilusorios.

Tienen razón.

No pueden aceptarlo, porque no pueden explicarlo.

Los del vulgo gozamos de una mayor libertad. (Quizá en esto consiste la libertad, por la cual preguntaba Mussolini y no podía encontrarla). Libres de toda imposición científica, exentos de sobrellevar convicciones y conocimientos adquiridos, aceptamos lo ma-

ravilloso, lo milagroso, lo imposible, alegrándonos de que muchos infelices sometidos al padecimiento físico experimenten el placer de sentirse sanos. Nos basta que se sientan sanos; no nos importa, tampoco, que los hombres de ciencia afirmen que no lo están.

COMO quien cultiva flores por deleite, por delicado buen gusto, por aristocracia del espíritu, hay que cultivar la tolerancia para todo lo que no es verdadero y claramente esencial.

La tolerancia para con las ideas, los sentimientos, las aficiones y las flaquezas ajenas, constituye una de las más grandes pruebas de superioridad espiritual, de bondad y de cultura.

Cuanto más egoísta, petulante o tosca de alma es una persona, mayor es su intolerancia para con los demás, mayor su incomprensión y su falta de respeto hacia las ideas e inclinaciones ajenas.

Nadie puede atribuirse el monopolio de la sensatez, de la sabiduría y de la virtud sin impertinente grosería, que se traduce, al cabo, en una fealdad más de la vida.

¿SE aman? Así parece al verlos caminar con ritmo y armonía. Esta es dicha indudable, y la dicha les viene de la limitación: no existe en el mundo entero nada más que ellos; no ven, no oyen, no buscan nada más. Y esto solo que ven, lo ven precioso y dulcísimo.

Les parece que en la calle no andan más que ellos; miran al cielo y se ven solos y unidos en el cielo.

Es una pareja; pero ¿es un amor? No; son dos amores.

El ama la piel, las manos, los ojos, la boca, el cabello; ella lo ama a "él", ama su alma con el alma.

Los dos dan; pero él da palabras; ella, su corazón.

Los dos van juntos: él va al placer; ella, hacia la dicha.

El va hacia la posesión; ella, a la entrega.

El vive en presente; ella, en futuro.

El habla; ella calla.

Si realmente la amara, no habría necesitado de círselo. La niña no sabe esto. En su ignorancia, recoge ávidamente sus palabras. Con ellas teje su ensueño.

Cuando él calle, recién comprenderá la realidad.

Porque sólo el silencio es el que no engaña.

En silencio se dice la verdad de un sentimiento. Y el amor es la más silenciosa de las verdades...

NO es poca ventaja que el traje del hombre nos revele su trabajo, sus costumbres, su iniciación, sus recursos y sus planes para lo futuro. El señor teniente, por ejemplo, es, en estos puntos capitales, un libro abierto. Un libro abierto para los vecinos y amigos, para el transeúnte, el comerciante y para las niñas casaderas. Hasta es posible, sin rayos X, adivinar el dinero que lleva en el bolsillo, con el dato de la fecha en que fué pagado el presupuesto de su batallón.

Un teniente es una cosa clara entre tantas nebulosas, un valor definido entre tantos enigmas... ¿Quién sospecharía, por ejemplo, que aquel cara de tonto que pasa al lado suyo es diez veces millonario y que pretende serlo cien veces más?... ¿Quién supondría que aquel abogadillo de nariz torcida aspira a la presidencia de la República?

El señor teniente aspira, con seguridad absoluta, al grado de capitán. Mientras no sea capitán, no pretenderá ser mayor. Cuando lo sea, únicamente, soñará con los despachos de teniente coronel... El generalato será su ambición postrera.

Es un hombre que va por camino firme y que sabe adonde va; un hombre sin trastienda.

Los mozos no lo miran con mucha simpatía. Representa el orden, la fuerza; goza de preferencias irritantes en las lides del amor. Los viejos comparten, en cierto modo, la simpatía que le dispensan las muchachas, encantados de ver, a través del uniforme, a un hombre desnudo en una sociedad en que todos se muestran desfigurados o no se muestran de manera alguna.

CRECE en estos países el presupuesto público año tras año, sin que se observe una ampliación compensadora en los servicios del estado. Tórnase cada vez más difícil la vida, por el constante aumento de los gravámenes, sin que se muestre intenciones de recurrir al único arbitrio eficiente, que consiste en la reducción de los dispendios. Preténdese el florecimiento de la industria y échase sobre su ini-

ciación los pesados tributos que han de mantener el parasitismo en auge.

Falta hace en verdad que una noción concreta del patriotismo rija el manejo de los dineros públicos; falta hace que concluyan la confusión y la inconsciencia que inducen al olvido de elementales nociones de probidad cuando se trata de recabar el dinero del pueblo y de fijarle destino.

Es preciso evitar que se disponga del fruto del trabajo social como de bienes de difunto, lo que importa negar, no ya la soberanía del pueblo, sino su propia existencia como entidad defensiva.

NO olvidemos nunca que estamos en América, tierra virgen, en la que todo arraiga y crece con extraordinario vigor; donde los vientos, que han atravesado cumbres, bosques y pampas, vienen cargados de gérmenes de libertad y de fe; donde las muchedumbres sienten las infinitas ansiedades de todas las civilizaciones, aguzadas en siglos de heroísmos y martirios. Ya el presente, con ser magno, no interesa sino como el comienzo de una nueva acción, de una obra nueva. Se derriban innumerables viejos edificios, y se levantan otros gigantescos, y se convierten las estrechas calles en amplias avenidas; todo ello febrilmente, vertiginosamente, con un enorme afán de innovación y de reforma. Algo parecido ocurre en el mundo de las ideas. Derrumbamientos y demoliciones a granel; inesperadas y rapidísimas fundaciones; anchas y llanas rutas donde antes era todo oscuridad y estorbo.

EN una conferencia internacional realizada en París a la que asistieron representantes de cincuenta naciones se discutió los peligros de las ratas. Después de seis días de labor, se acordó fundar una Liga Internacional para la guerra a las ratas.

Pero el tiempo pasa y no se ha procurado que esa unión humanitaria sea una realidad.

Ahí tienen los amigos de las guerras una más, en la que pueden emplear sus energías combativas, beneficiando positivamente a su país, a su ciudad y a su hogar.

¿No sería preferible matar ratas en vez de matar hombres?

NINGUNA doctrina extrema, ninguna de las utopías de los visionarios prosperará. No sería posible modificar la órbita de un astro porque los cálculos lo aconsejaran como beneficioso para nuestro planeta; y así también no es posible ninguno de esos absolutos cambios que algunos cavilosos nos proponen, amable o furiosamente, para mejorar la sociedad.

Situarse algunos siglos más allá, para tomar posturas de valiente, es claudicar de la época, rendirse al mal, huir cobardemente de la vida, so pretexto de adelantársele.

El valor y el amor deben mostrarse en vivir y luchar dentro de la realidad, junto con la recua que suda y llora.

Somos aliados de la vida que es, y no sicarios de la locura o de la muerte.

Oímos sonar esta hora y sin recelos ocupamos nuestro puesto.

Poner al pueblo en el sitial del príncipe, a la justicia económica en el lugar que ocupa el privilegio, al amor en el trono de la fuerza, es obra que merece nuestra consagración y la del mundo entero.

Ya sabemos que la única libertad asequible es la de gobernarnos, como individuos y como pueblo.

Ya sabemos que la única igualdad conquistable es la que dá la supresión de los privilegios y los monopolios.

Ya sabemos que la única fraternidad sincera viene con la justicia.

ES verdad que se lee menos en las bibliotecas; pero ¿no es cierto, acaso, que se lee más que nunca, que se lee en el hogar, en el tranvía, en el tren, en todas partes, y que este cambio es un inmenso bien? Cuando el libro era raro y costoso, las gentes debían hacer el sacrificio de leerlo en las bibliotecas, a horas determinadas; hoy que el libro está al alcance de todos, por el perfeccionamiento de la imprenta, y en gran parte sustituído por el periódico, hoy todos se proporcionan el placer que antes sólo los poderosos disfrutaban.

Ha de llegar el día, en que las bibliotecas sean ante todo archivos, museos de libros, nada más; y en que el Estado, en lugar de hacer costear al individuo adonde encuentre el libro, hará que el libro vaya a los

hogares y quede allí, brindándose a la oportunidad en que pueda ser leído. Porque es preciso que el hombre pueda instruirse sin necesidad de alejarse del hogar.

Alegrémonos, pues, de aquello mismo que entristece a algunos; alegrémonos, de que las bibliotecas tengan menos lectores, debido a que el leer cómodamente, en sitios y horas propios, no es más un privilegio de los ricos.

Y deseemos que la realidad imponga definitivamente lo que el bien público reclama: que las bibliotecas sean archivos, antes que salas de lectura; y que una buena parte de lo que se gasta en mantener esos lujosos y desiertos cementerios de libros, se gaste en imprimir y difundir obras benéficas.

LA biblioteca está actualmente reducida en todas partes a la función estricta que le asigna su etimología (armario de libros) y sólo sirve como archivo y fuente de consulta.

Las salas de lectura se hallan cada vez más desiertas.

El progreso de la imprenta ha puesto el libro al alcance de todos y ya no es necesario que el hombre abandone su hogar para poder instruirse.

Creemos, pues, preciosas y utilísimas, las bibliotecas fundadas y enriquecidas sin cesar con el propósito de salvar de la destrucción o del olvido los frutos del intelecto y para quedar a la disposición de los eruditos, historiadores y genuinos obreros del pensamiento de lo presente y en lo porvenir.

En tal sentido, las bibliotecas no pueden merecer sino una inmensa simpatía.

En cambio, la gran mayoría de las bibliotecas que existen y que se continúan fundando con tan noble como equivocada inspiración, responden a otro fin. Se pretende que el pueblo concurra a las bibliotecas, que allí lea mucho, y que de esta manera acreciente y perfeccione su cultura.

Los hombres que más valen, los hombres del trabajo y del hogar, no concurren sino por excepción a las salas de lectura. Leen en su casa. Las bibliotecas se mantienen, pues, solitarias e inútiles, y conviene que así sea, para bien de la institución de la familia, base de la sociedad.

Invitamos a los centenares de centros de cultura que honran a la nación a reflexionar sobre el problema que planteamos y que juzgamos de mucha trascendencia. Tantos y tan valiosos esfuerzos que se consagran a la fundación y mantenimiento de bibliotecas, deben ser mejor empleados. No se malgaste el tiempo, el dinero y las energías en juntar, alinear y catalogar volúmenes que quizás nadie leerá. Déjese las bibliotecas al cuidado de los gobiernos, las universidades y los eruditos.

LA tierra es la gran fuente de vida y la gran reguladora de la justicia económica. Todas las leyes para mejorar la condición de los trabajadores, todos los esfuerzos para favorecer la higiene y el desarrollo integral del individuo, así como la moralidad y el bienestar de los hogares, han de resultar

poco menos que estériles mientras no tiendan a una solución estable. Y la única solución cierta y permanente es llevar a los campos a toda la gente que sobra en las ciudades y a toda la inmigración que viene a ganarse aquí un porvenir dichoso. Pero llevarlas, no para trabajar sin recompensa, sino para radicarlas allí y asegurarles el noble fruto de sus energías y sus desvelos.

Sin negar la influencia de otras causas, debemos reconocer que la desocupación, la carestía de las subsistencias, la desorganización de la familia, la miseria involuntaria y en cierto grado la delincuencia y los vicios y enfermedades debidos a la pobreza fisiológica provienen del simple hecho de aglomerarse en la ciudad un número mayor de personas del que puede vivir con cierta holgura y alegría; mientras a la espalda de tanta competencia, tanta hostilidad, y tanta hambre, los inmensos campos vírgenes brindan alimentación, paz y riqueza a una población diez veces mayor.

La alucinación por la ciudad, la atracción de sus placeres, más aparentes que reales, influyen sin duda alguna en la heroica resolución de las familias para aferrarse a una existencia llena de privaciones y amarguras.

ASI como los individuos vivimos en paz y sin pertrechos bélicos, debido a la policía, así también las naciones gozarán de la paz el día que exista una fuerza que desempeñe las veces de policía internacional y asegure a las naciones contra las ve-

leidades belicosas de los aliados y contra las posibles agresiones extrañas.

América ha de realizar el evangelio de la justicia y el amor. Somos hombres de paz, somos conscientes de la solidaridad humana; nuestro corazón repudia el crimen y nuestro espíritu ama la justicia. Vamos sobre tierra vírgen hacia un nuevo sol. Ya percibimos la aurora del día que nace para la humanidad.

EN la escuela primaria se instruye y no se educa; en la secundaria se desperdicia la vida en una estéril ficción que a nadie satisface.

Lo que necesita la república son hombres; lo que da la enseñanza en uso son seres o prematuramente fracasados.

Grande es la voluntad del personal docente para colaborar en la felicidad de las nuevas generaciones; pero programas, normas y rumbos llevan fatalmente a la bancarrota educacional.

Renúnciese a la ridícula manía de querer convertir a todos los hombres en bachilleres y doctores, en sabios presuntos, en aspirantes a la burocracia y en proyectos de algo indefinible. La vida es cosa más seria que esto, algo mucho más amplio, más profundo y complejo que los títulos y las profesiones, que los convencionalismos y vanidades. La misión del Estado debe forzosamente ser real y no ficticia. Por lo tanto, al Estado ha de preocupar la educación del futuro ciudadano, esto es, el desarrollo de sus aptitudes, de sus energías nobles, de su voluntad y de su inteligencia, dejando en segundo término la fabricación de ti-

tulados que produce una proporción útil de abogados, médicos e ingenieros, con un enorme porcentaje de fracasados que no llegan a ser nada, ni han aprendido nada, ni sirven en muchos casos para nada, puesto que únicamente se les enseñó a rendir examen, como si el examen representara una adquisición positiva para la sociedad o el individuo.

La reforma puede ser paulatina, pero necesariamente ha de ser fundamental; ha de abarcar toda la enseñanza, mas ha de ser singularmente radical con la escuela primaria, modeladora por excelencia de las generaciones.

EL automovilismo ha revelado un curioso fenómeno de más rápida adaptación al medio por parte de los perros que de los seres humanos. Tal hecho no es agradable, desde luego, para el rey de la creación; pero su realidad puede ser fácilmente comprobada.

En los primeros años, la cantidad de víctimas caninas del automóvil era muy superior a la de víctimas humanas. Este porcentaje fué disminuyendo, y en la actualidad los perros, antes de arriesgarse, observan, y sólo se aventuran con las debidas precauciones. Vemos, con frecuencia, que un perro que se dispone a cruzar la calzada desiste y retrocede porque oye a la distancia la bocina de un auto que avanza velozmente.

Sólo perecen bajo los neumáticos los perros que no han tenido la oportunidad de desarrollar sus aptitudes ante el moderno medio de locomoción.

SE observa con excesiva frecuencia en los hospitales del municipio la tendencia al menosprecio del dolor ajeno. Mientras el agente de policía en la calle, ha aprendido a tratar al herido con suavidad y cortesía, en los hospitales hay quienes se complacen en la brutal grosería con los que sufren.

No interesan, desde el punto de vista general, las honrosas excepciones. Los jefes de sala, por otra parte visitan a sus enfermos, pero no pueden permanecer allí de guardia las veinticuatro horas del día para imponer las normas de la cultura y del humanitarismo.

Hay quienes siendo en la vida del hogar y en la sociedad personas finas, atentas y corteses, parece que al entrar en el hospital lo hicieran mentalmente en cuatro patas. Allí hablan y proceden como brutos. Debe ser ello habitual, cuando los sirvientes, para ponerse a tono, rivalizan entre sí en grosería. No existen empleados públicos más violentos, irascibles y ásperos que los que forman el personal de sirvientes y enfermeros de algunos hospitales. Las palabras soeces y los ademanes toscos forman parte integrante de sus funciones.

La sociedad tiene derecho a preguntar por qué no rigen en los hospitales del municipio el decoro, la dignidad, la compostura; por qué no existen respeto, circunspección y urbanidad para los dolientes.

La palabra "hospital" viene de una voz latina que significa: "afable y caritativo con los huéspedes". Un hospital ha de brindar "hospitalidad", que es "virtud que se ejerce con los desvalidos, dispensándoles

buena acogida y recibimiento, y prestándoles la debida asistencia".

Caridad es amar al prójimo como a nosotros mismos. Filantropía es amar al género humano. Piedad es la que nos inspira actos de abnegación y de compasión y nos induce a la misericordia.

¿Habrá algún sitio donde sean más necesarias tales virtudes que en los hospitales?... ¿Qué hacen allí los empleados que carecen de ellas?...

No basta la técnica, no basta la ciencia, para convertir un edificio en hospital. El hombre sabe y puede demasiado poco para permitirse la atroz jactancia de excluir el sentimiento al asistir a los enfermos.

Ningún lugar más propicio para que se manifieste el humanitarismo de la profesión médica que los hospitales del municipio.

Si hay una ciencia médica, como se dice, ¿por qué ha de faltar para los desvalidos caridad médica? ¿Por qué sólo han de merecer trato suave quienes lo pagan por su mano?

¡Puede dulcificarse el inevitable sufrimiento con la palabra bondadosa! A veces, el enfermo, no se cura; pero pudo dispensársele el bien de la caridad que consuela, y alienta, y reconforta aún para el trance supremo.

¿Quién como el sabio? — pregunta Salomón. — La sabiduría del hombre embellece su rostro y mudará la tosquedad de su semblante.

¡Que así sea, cuanto antes, para quienes en el hospital padecen en carne y en alma!

ES la madrugada del martes de Carnaval. En medio de la calzada, con el vientre hinchado, las narices sangrando, rodeado de serpentinas, yace un pobre caballo. A pocos metros de allí, él iba arrastrando un carro que figuraba en el corso, un lamentable carro que anduvo el día entero, que recorrió todos los barrios; de pronto se detuvo, no podía más; se caía de cansancio, de hambre, de sed; le dolía todo el cuerpo; cayó pesadamente sobre los adoquines. Luego murió.

Los días de Carnaval debieron ser de descanso para él. En vez de dejarlo en paz para reponer fuerzas, lo obligaron a una tarea más ruda aún que la de siempre. El destartalado carro lleno de grotescas máscaras pesaba mucho. ¿Para qué aquel trajin?... El caballo, aturdido, lo ignoraba. No pudo más. Era, sin duda, morir lo mejor que le podía haber ocurrido.

¿Es posible que el del látigo, que tanto lo hizo sufrir en aquel su último día, fuera aquel mismo hombre a quien ayudó afanosamente a ganarse el pan?...

ES el día de los muertos; el día en que se recuerda más hondamente a los que llenaron el mundo con sus ensueños y sus decepciones, y que se han encogido hasta ocupar tan limitado espacio en las fronteras de lo visible y lo invisible. Son los días de acercarnos a los que se nos adelantaron hacia lo más allá; decirles algo; preguntarles mucho. Son los días de morir un poquito cada uno, en ese poquito grande que en el paseo por el cementerio se desprende del cortejo

de nuestras ilusiones y, reclinado bajo los cipreses, contagiado de la muerte, nos despide con pálida sonrisa de desahuciado, diciendo: ¡Aquí te espero!

Si morir es despertar, entrar al cementerio es soñar que se despierta.

La multitud ha callado de pronto, y anda entre los sepulcros, con su pasito taciturno, como por un pretil... Basta el pío de un gorrión para sentir el horror de perder el equilibrio y caer en el sepulcro.

Aquí en medio de la otra multitud, más silenciosa todavía, el orgullo de nuestra razón se torna más ridículo que nunca. Aquí los muertos viven, aunque ella no lo explique. Viven y nos agradecen nuestras flores.

Poco se piensa en lo que está debajo de la tierra. Se siente todo lo que no se ve. Se adivina el suspiro de la madre, que pasa dulcemente entre los árboles y nuestro corazón.

Al salir, notamos que algo se nos queda y volvemos la mirada con cierta angustia: es nuestra vanidad, que habíase quedado allá, semisepultada entre esa tierra devoradora cual ninguna; pero nuestra vanidad es ligera y de piernas rapidísimas; escapa, nos da alcance, se nos reincorpora y entra de nuevo con nosotros en la ciudad de los vivos.

EL pueblo siente en América, la ansiedad de una profunda reforma. El pueblo se ha desengañado de las oligarquías tradicionales, de los partidos sin programa, de los políticos sórdidamente egoístas. El pueblo está cansado de la mala justicia,

de los enormes impuestos, de los favoritismos, de la dilapidación de la hacienda pública, de la falta de autonomías municipales, de las aberraciones de los códigos, de la desorganización educacional, de las arbitrariedades y los agobiantes gastos del ejército y la marina, del anacrónico régimen carcelario, de la inhumana habitación deparada a gran parte de la clase trabajadora, de la privación de alimentos necesarios por su lógico encarecimiento, de los continuos escándalos y robos en la administración: de las iniquidades, de los privilegios, de las mistificaciones; de la ineptitud, la indolencia y el egoísmo adecuados frecuentemente del poder.

CADA vez que se cumple una efemérides cívica, las escuelas permanecen clausuradas durante varios días.

Las autoridades creen cumplir un deber patriótico al decretar esta holganza. Los niños piensan que desertan del aula para mejor honrar a la república.

Cuando se trata de niños, los hechos han de juzgarse no solamente en su efecto inmediato y directo, sino también en su faz educacional.

Fuera, pues, un grave error mirar con igual criterio los efectos de la holganza patriótica en los niños y en los adultos. Debido a la evidente diferencia, no vemos nada condenable en dicha práctica, por lo que se refiere al personal del magisterio, pues sus ideas y sentimientos, ya definidos, no han de modificarse mayormente por dias de asueto más o menos. Lo grave de la cuestión está en el niño, que de todo aprende

algo, que de todo extrae "sus" deducciones y que nada olvida, porque aquello que no conserva en la memoria, quédale impreso por lo menos en su temperamento, en su modo de pensar y de sentir. No habrá que sorprenderse si en la mente del hombre de mañana la idea "patriotismo" está asociada a la de "holganza", "fiesta", "diversión". Y la culpa no será del ciudadano de mañana, sino de los ciudadanos de hoy que tan lamentablemente comprometen lo porvenir.

El patriotismo ha de asociarse en el cerebro del niño a una serena e inflexible noción del deber. El patriotismo ha de traducírsele en el conocimiento de su patria y en la obligación de apercibirse para coadyuvar a su engrandecimiento. Y se le enseñaría la verdad, apartándolo de toda superchería, de todo concepto inmoral, de toda vistosa o vana fórmula; porque eso es en verdad el patriotismo: dignificación, deber, carga, trabajo, amor y sacrificio.

CUANDO no se posee el corazón de una mujer, no se posee nada de ella dignamente. He aquí lo que esperamos que comprenda al cabo el hombre, modificando el concepto animal-caballeresco del matrimonio y del amor.

Todos los que aprisionan la calandria armoniosa para oirla cantar y hasta la ciegan para aumentar su deleite... sabrán pensar algún día que no canta para ellos: cántale al árbol florido que está quien sabe dónde; cántale a la soñada primavera; cántale al sol que no ve... Y le darán la libertad, para no oir más ese canto que les rompe el corazón.

UN gran mal de estas naciones es el de los hombres-esfinges. El pueblo quiere conocer en todas las materias esenciales para su existencia y su progreso, la opinión de aquellos que mayormente se destacan por su talento y virtudes. Ahora bien, ellos no siempre quieren expresar su parecer. Diríamos, de una manera general, que mientras los periodistas y los miembros del parlamento están obligados a pronunciarse sobre todo, hay una gran porción de hombres eminentes que se lo callan todo. Es verdad que este callar no compromete; pero también es verdad que se parece a la muerte anticipada.

¿EL Estado necesita dinero? Se obtiene con el sencillo procedimiento de multar al que trabaja. ¿El Estado ha de gastar? Se gasta de la manera más disparatada.

El Estado está en acecho del hombre laborioso para ir aumentándole la contribución, a medida de sus actividades. También vigila lo que necesita el ciudadano para su habitación, su alimento y su vestido, y por cada ladrillo, cada pieza de ropa y por cada bocado le exige una contribución que representa, en muchos casos, más de la mitad del valor real de cada cosa. Asimismo, el que construye un edificio, establece una industria, inventa, produce, transporta o realiza cualquier obra útil, siente de inmediato la presencia del Estado, que le notifica una multa, y se lleva una buena parte del fruto de su trabajo.

Tal es, en el fondo, la función que la ley de presupuesto le asigna al Estado, para que se provea de recursos.

Esta tarea de observación, espionaje, contralor y pesquisa, sobre el trabajo y sus productos, que la ley confía al Estado, lo obliga a tener un enorme personal, a desenvolver grandes actividades, al empleo de mil recursos y artimañas, sellos, estampillas y patentes, para evitar el fraude; de manera, que una voluminosa parte de las rentas se invierte en recaudarlas.

En los gastos, la ley no es más acertada. Grandes sueldos para los empleados de primera fila; miseria a perpetuidad para los esforzados humildes servidores del pueblo, como son los carteros, los telegrafistas, los vigilantes, los trabajadores de la aduana y de la municipalidad. Fastuosas oficinas, legión de automóviles, lacayos y porteros, inconsideradas sumas para gastos de representación, subvenciones a granel, derroche en todo lo superfluo. Y mezquindad para lo necesario, como son caminos, escuelas, desagües, irrigación.

He ahí, a grandes rasgos, la ley de presupuesto. Nadie sostiene que sea buena; en verdad, es detestable; pero todos los años, después de algunos discursos, es sancionada, a libro cerrado, por el Congreso y recibe, de inmediato, el "cúmplase" del poder ejecutivo.

DE tiempo en tiempo se dice que hay crisis. La crisis más perjudicial, la que hay que combatir con más energía es de índole moral y, por lo tanto, difícil de curarla.

En numerosos hogares los viejos trabajan mientras los jóvenes se divierten y derrochan con la despreocupación de quienes no saben lo que cuesta ganar.

Los hábitos de trabajo y de orden; el espíritu de iniciativa; las condiciones de carácter que hacen de un joven algo más útil que un sportsman o un "niño bien", suelen no ser inculcados en los jóvenes, como si los padres ignorasen los esfuerzos que a ellos les ha costado alcanzar una posición económica desahogada; como si no supiesen por propia experiencia que es al trabajo, a la energía de carácter y a las costumbres sobrias y ordenadas que deben su triunfo en la lucha por la vida.

Ese olvido de parte de los padres y esa falta de observación de los hijos, trae por consecuencia la perturbación de los hogares.

Falta la energía moral para destruir las ficciones económicas, las especulaciones fantásticas y los despilfarros criminales.

El dinero, cuando no es robado, representa energías, tiempo, trabajo, es decir, representa nuestra vida. Si un hombre trabaja un día para ganar unos pocos pesos, estos pocos pesos valen la vida de un día de ese hombre. Su año de vida es dado por un poco de dinero. De manera, que quien dilapida dinero, dilapida la vida de sus semejantes.

JUSTO es que después de haberlo elogiado tanto le concedamos al caballo el uso de la palabra. Fué valiente soldado, sin uniforme y sin fusil, en las guerras de la independencia: noble peón sin jornal

que llevó al desierto la civilización sobre su lomo, y rinde todos los días a la sociedad sus generosas energías.

Daré, pues, a conocer una carta que he recibido suscrita por "El caballo Alí":

"Los hombres son malvados. No les ha bastado obligarnos a un trabajo excesivo, hacernos dormir de pie en estrechos boxes de piso de piedra, alimentarnos malamente, molernos a palos las costillas para curarse sus fastidios, condenarnos a la ceguera artificial y a inevitables enfermedades de los ojos, por medio de las perversas anteojeras. Los hombres se comportan mal con los humildes seres que les ayudan a vivir. Algo más grave aún nos amenaza: el famoso asilo para caballos viejos, de que se habla hace años. ¿Saben ustedes cuál resulta que es este asilo?.. ¡La carnicería! Allí, colgados en piltrafas de los ganchos, o luego en el estómago de los protectores, descansaremos de nuestras fatigas. ¿Es este el premio del hombre para tantos afanes?"

TANTAS inútiles leyes, tantos discursos fatuos, y ni una ley que ampare al niño de la brutal flagelación.

La flagelación debe prohibirse (por una ley especial) y este gran postulado de regeneración ha de inscribirse en los programas de los partidos avanzados, así como la creación de un Ministerio de la Infancia, mucho más necesario y justificado que la mayoría de los que existen.

Por esa ley, toda persona que tuviere conocimiento de la flagelación de un niño, estaría obligada a de-

nunciarlo dentro del más breve plazo a la autoridad más próxima, la que procedería, de acuerdo con sus atribuciones, al esclarecimiento del hecho.

Toda persona culpable de pasividad o negligencia en el cumplimiento de dicha obligación, sería enjuiciada por complicidad en el delito y pasible de las mismas penas que sus autores.

Nadie sería responsable de denuncia no comprobada, siempre que resultara evidente una sólida base para su presunción.

Y en la ley, finalmente, se fijarían las penas por los golpes y los suplicios corporales, graduándolas según la intensidad del daño, el parentesco o la calidad de usufructuarios de los delincuentes, la edad del niño y el empleo de instrumentos en el castigo.

No creo que ninguna voz se levantara contra esta santa ley de protección al indefenso niño y de engrandecimiento positivo de la patria y de la especie.

La maldad de los hombres no desciende del cielo, ni brota de la tierra. La maldad está en nosotros y nosotros, siendo malos, propagamos la peste de la maldad de lo presente hacia lo porvenir. Parte del porvenir es el huerfanito aquel y sus compañeros de martirio.

EL arte de vender reclama, a veces, ingenio. Un comerciante me confesó que cuando una señora viene a su bazar por un objeto para regalar, el problema consiste en saber la suma destinada.

Una señora me pide una sombrilla—me dijo.—Le muestro tres, cinco, veinte, cuarenta. Ninguna le agra-

da. Los precios son desde quince a setenta y cinco pesos. De pronto tuve la inspiración de la suma: la señora deseaba gastar cien pesos. Entonces, exclamé:

—Señora: tengo otras sombrillas; pero... ¿Quiere usted verlas?.. Nada se pierde, al fin y al cabo.

Fuí a la trastienda y del fondo del cajón extrae dos sombrillas de las de setenta y cinco.

Al volver exclamé:

—Esto es, seguro, lo que usted busca...; pero el precio, naturalmente, es otro.

Con los ojos codiciosos, la señora miraba las sombrillas. Eran, como digo, idénticas a las otras, aunque el color variaba en todas ellas.

—¿Cuánto valen? — preguntó con voz emocionada.

—¡Ni un centavo menos de cien pesos! — contesté con la certeza del que da en el blanco.

Fué un inmenso alivio para ella. Suspiró de satisfacción. Sus ojos reflejaron su dicha a la señorita que la acompañaba. Quedó encantada de la compra....

IMAGINEMOS a un señor diputado trasladado con su sillón a la sala familiar y veámoslo allí, rodeado de su mujer y sus hijos, accionar y hablar, cual si estuviera en pleno derrame oral en el Congreso. Pensarían sus oyentes que el jefe de la familia había perdido la razón. Por habituados que estemos a la teatralidad legislativa, al fin y al cabo el criterio de los demás mortales es el mismo de los oyentes familiares, pues la naturaleza humana es una, aunque se disimule en ciertos sitios.

No negaremos que, en determinadas circunstancias, pueda un hombre exaltarse y encendido su corazón en fuego heroico volcar torrentes de flamígera oratoria. Pero ello es propio de hombres y momentos extraordinarios.

Simples asuntos que resuelve el buen sentido no merecen derroche oral, ni exaltarse y encender vistosas combinaciones de fuegos de artificio.

De tal modo, el parlamento, que pudiera educar al pueblo en la discreción y sencillez de lenguaje, es una escuela de vanidad y habladuría que propaga estos vicios en todas las esferas de la sociedad.

El pueblo está cansado y desilusionado de las palabras sonoras, y aquella mínima parte de personas aficionadas a la literatura puede muy bien satisfacer sus gustos a su costo en los libros apropiados.

En el recinto de las leyes se debe hablar con aquella sencillez y concisión características de los móviles impersonales y de la sólida virtud. Allí, el hombre tiene el deber de ser grave y sincero y de buscar el bien común, con prescindencia de toda vanidad.

No se satisface a un solo hambriento, ni se endereza un árbol, ni se cambia de su sitio un grano de tierra, con discursos, ¿y se pretenderá, con frases académicas, remover los cimientos de la iniquidad y poner en su lugar piedra de justicia?

HAY costumbres feas; pero tolerables, y otras, que el hombre sensato no puede sancionar con su silencio.

Se ha hablado mucho del duelo. Ya no se debería hablar más de él. No obstante, para callar, es preciso que el duelo desaparezca; es preciso que los hombres tengan más valor. Porque falta valor hasta para decir lo que es el duelo.

Cuando, después de los solemnes preparativos, vase al terreno del honor, aquellos furibundos enemigos, dispuestos a matarse, observan en los preliminares del "combate", una tiesura y una cortesía que asombran a árboles y cielos y que harían reir a los monos.

Si hay herido, malo; y si ningún duelista sufre daño, la comicidad del espectáculo pone alas a los actores y todos echan a correr temiendo que los atrape algún fotógrafo.

Terminada la faena, se podría preguntar a los duelistas: ¿Y quién tenía razón? ¿quién era más noble? ¡Ni por pienso! Lo tomarían a burla y la tormenta del fastidio se resolvería en un nuevo lance.

¿Hasta cuándo habrá espadas y pistolas de combate? ¿Hasta cuándo habrá padrinos que recorran el terreno en la cuenta de los pasos, que den palmadas y que propongan la reconciliación "sobre el terreno"? ¿Hasta cuándo habrá médicos de duelistas, códigos de honor, redactores de actas y diarios que publiquen estas actas?

¿Hasta cuándo, caballeros, tendréis miedo de que se os crea sin valor?

EN un restaurante central de Buenos Aires, un ciudadano almuerza opíparamente y después pide un habano. El mozo le observa que la ley

prohibe vender cigarros en día domingo. Insiste, y convencido de que la prohibición iba de veras, dice:

—¡Bueno! Dígale al patrón que, ya que no puede venderme un cigarro, que me lo regale.

Un momento después, el ciudadano, fumando con fruición un gran habano y contemplando las espirales de humo piensa en el destino risueño que a muchas leyes depara el ingenio criollo.

EL emperador de la China Young-Tchign, en el año 1730, dirigió a sus subditos un largo mensaje que comenzaba así:

"No violentéis a vuestro emperador, que es vuestro padre.

"Con frecuencia os he repetido que nosotros no somos, no podemos ser dichosos sino por la virtud; esto es bastante para haceros comprender que nuestros vicios destruyen necesariamente la beneficencia, la concordia y la dicha. De todos los vicios, ninguno más dañoso y nocivo que el furor por el juego.

"Antes éramos sinceros y esclavos de nuestros deberes, sólo nos ocupábamos en llenarlos: nosotros, que damos lo superfluo, que tomamos de lo necesario para asistir a los pobres, somos bien diferentes de aquellos que éramos. Antes éramos generosos, eran honestos nuestros placeres y nuestros juegos inocentes. Mas ya todo ha cambiado.

"Yo, que veo todo, que oigo todo desde el fondo de mi palacio; yo, que velo incesantemente cuando el crimen urde su trama en las tinieblas; yo, que como vosotros sabéis, detesto la mentira; yo, que no temo a la muerte, yo afirmo que no hay vicio más fecundo

en calamidades públicas que el vicio del juego, y que no hay hombres más inclinados al mal que los jugadores. ¡Si se conocieran a sí mismos, se inspirarían horror!"

Sacad la cuenta de los años transcurridos desde 1730; comprobad que los chinos continúan siendo los más apasionados jugadores, y veréis, una vez más, que si el hombre es desdichado lo es porque se le antoja serlo.

De nada se cura; de nada se arrepiente y en nada se corrige. Cuando se queja de su suerte, pues, merece azotes, y se los da el destino sin piedad.

UN norteamericano me dijo que en su nación el presidente no invita a fiestas sociales, porque allí todos, desde el más encumbrado millonario hasta el más humilde ciudadano, se consideran igualmente autorizados a recibir del jefe del estado la honrosa invitación a una fiesta; y no pudiendo invitar a todo el país, ni hacer distinciones de grupos sociales, no da fiestas, no da bailes para no invitar a unos con exclusión de los otros.

Nos parece muy oportuno, muy conveniente lo que hace el presidente norteamericano. Pero nos creemos en el deber de hacer constar que todos los ciudadanos argentinos piensan como los yanquis y que se consideran igualmente autorizados para participar de esas fiestas que se costean con el dinero de todos.

La culpa, pues, no está en los ciudadanos, sino en los que gobiernan, quienes desconsideradamente, con notorio egoísmo y descortesía, bailan y se divierten a puerta cerrada con plata del pueblo entero.

Nos recuerda esto, un caso de campo afuera. Un ricacho muy tacaño, llamado don Ciriaco, al terminar la esquila de su enorme majada, quiso celebrar el acontecimiento con un baile. Mas no deseaba gastar, y supo arreglar de modo que los esquiladores contribuyeran con una "ficha", de las que se entregaban en pago del trabajo. Llegó la hora del baile, y comenzó la música en la sala de la estancia. "¡Malo! — dijeron los esquiladores — ahí no cabemos todos." Un momento después la sala estaba llena de danzantes... pero todos eran invitados... —¿Y nosotros? — bramaron los peones desde fuera. —¿Ustedes? — contestó don Ciriaco — ¡Pero!.. ¿se créian ustedes que iban a patiar mi alfombra? —¡Es que pusimos nuestra platita! — dijo el más animoso del montón. —Y güeno, pueden mirar, pueden dir a la cocina a tomar mate y un trago e'caña... ¡Caramba, digo, con ustedes!..

Muchas veces después de esto, don Ciriaco ha dado bailes.

ESTADISTAS, pensadores, patriotas, hombres de acción: favoreced la fundación de chacras.

La chacra, es la salud y el vigor de las generaciones y una de las piedras angulares para el engrandecimiento económico de la Nación.

Los que aman al pueblo y anhelan servir a la República, tienen un programa práctico a cumplir.

En las chacras bien explotadas no hay hambre, no hay desocupación.

El patriotismo es ahora fundar chacras.

En la chacra verdadera puede faltar lo superfluo.

Jamás entrará en ella la miseria si su gente madruga y tiene callos en las manos.

"NINGUNA puerta se abre a la palabra sin amor", se lee en "El Erial".

Esta verdad suprema ha de infiltrarse al cabo en la mente y en el corazón del mundo. Entonces la humanidad será más pura y más dichosa.

Magnates y humildes, grandes y chicos, hombres y mujeres, sólo ceden en realidad, ante la buena palabra que los convence o los inclina hacia un nuevo sentimiento.

La fuerza y la imposición brutal doblegarán y humillarán, pero carecen de valor para nuestro razonamiento.

Todo nuestro ser consciente, razonable y sentimental, permanece cerrado ante las acometidas de la fuerza.

Ninguna puerta del alma se abre para recibir ideas o sentimientos que se pretenda introducir allí con violencia. No hay aberración más grande y dolorosa que el olvido de esta verdad.

Ninguna puerta — ningún cerebro, ningún corazón, ningún espíritu — se abre, en efecto, a la palabra sin amor. Sólo el amor redime; sólo el amor ayuda, purifica y embellece la vida.

AL cabo comprenderá la humanidad civilizada que las animosidades y los prejuicios no son una virtud, sino un resabio de la barbarie en unos; viles cálculos egoístas en otros.

De la herencia moral y fisiológica que dejan las guerras, de la vesánica devastación, de las colosales deudas, del retroceso de la cultura y del hedor de la carnicería, puede deducirse lo que hay en el fondo de ese patriotismo que se ha pretendido mantener en Europa como un culto sagrado y respetable, y es nada más que la ferocidad de los salvajes disimulada con vanas fórmulas y armada con satánicos medios de destrucción. Si ese patriotismo fuese en verdad algo plausible, aumentaría la felicidad de las naciones; pero sus únicos frutos son desolación, hambre y muerte.

Tiempo es ya de abandonar el sistema de halagar las bajas pasiones de la multitud, para ganar su voluntad. Los conductores de pueblos deben marchar adelante, como verdaderos guías y levantar enseñas de redención, combatiendo con franca valentía los sentimientos inferiores y los prejuicios nacionales, que son, precisamente, todos aquellos que los políticos sin conciencia procuran contemplar y difundir como virtudes supremas.

¡Los pueblos de América cifrarán, ciertamente, el patriotismo, en algo muy distinto y muy superior a la ferocidad y el homicidio!

LA escena ocurre durante el sorteo de la Lotería Nacional de Navidad, de Buenos Aires.

Cantados todos los premios, el escribano dice en alta voz, dirigiéndose al público que presencia el sorteo:

"Los que deseen ver las bolillas, pueden hacerlo".

Inmediatamente se adelantan todas las mujeres para "ver con sus propios ojos". De los hombres fueron poquísimos los que aceptaron la invitación.

¡Misterios de la psicología femenina!

¿Curiosidad? ¿Desconfianza? ¿Hábito de dudar de lo que dicen los hombres? ¿Mayor predisposición que el otro sexo para aceptar la realidad sin verla?.

¡Sólo se concibe que "Don Juan" las engañe como lo hace con asaz frecuencia cuando el Amor, posesionado de su corazón, les ha cubierto los ojos con la divina venda!

¿ESTAMOS en la época de los "records" de imbecilidad?

Heintz Arntz, de Berlín, batió el "record" mundial de ejecución continua de piano, tocando un par de horas más que su antecesor, deteniéndose solamente porque el propietario del establecimiento le manifestó que tenía que cerrar el negocio. Arntz se levantó entonces sin necesidad de ayuda, bebió un vaso de cerveza y desafió a cualquier estadounidense a que superase su "record". El "record" anterior, que era de 72 horas, lo detentaba el estadounidense Jack Vanderbilt.

¿Habrá alguien más bruto que Heintz Arntz y Jack Vanderbilt?

El boxeador Hans Gottleid, hallándose en Niza, se sintió molestado por una mosca. Esperó que el insecto se posase en su oreja y pretendió aplastarla con una formidable trompada. A consecuencia del golpe, Hans quedó sin sentido durante varios minutos. Los médicos comprobaron que se rompió la mandíbula.

¿Habrá alguien en el mundo más bruto que Hans Gottleid?

LA patria es un hogar grande, y en el hogar sólo se acepta la presencia de quienes respetan las costumbres de los dueños de casa. Nadie tolera al huésped que pretende imponer sus gustos o deseos en lo que sólo atañe a quien le brinda el favor de recibirlo.

Cuando se piensa que en el país no hay equidad en las relaciones de trabajo, no hay justicia ni garantías; cuando se opina que sus leyes son malas y sus autoridades ilegítimas, falta la "buena voluntad" para vivir aquí.

Ante los extranjeros empecinados en vivir a disgusto en este suelo, la nación habrá de adoptar, al cabo, la decisión muy lógica de invitarlos a abandonar el territorio.

Es lo que todos hacemos en nuestra casa con el huésped incorrecto.

Si, a pesar de ello, insisten en quedarse, corresponde fijarles plazo perentorio para que se retiren del país, y, finalmente, acompañarlos hasta la frontera para que, de cualquier modo, se vayan a otra parte.

Es, asimismo, lo que todos hacemos en nuestra casa cuando el huésped molesto lo llevamos, de bueno o de mal grado, hasta la puerta de calle.

SUPONEMOS que el extranjero que vive en nuestro país está de perfecto acuerdo con sus costumbres y sus leyes. Igualmente suponemos que

quien está en desacuerdo debe abandonar el país y no pretender que el país se adapte a sus ideas.

Es necesario recordar que nadie obliga al extranjero o soportar nuestro régimen político-social; pero tampoco estamos dispuestos a admitir el que ellos pretendan imponernos por la fuerza.

EL voto del ciudadano no es para la amistad, ni para su provecho personal. Todo el año le queda por delante para satisfacer sus necesidades; toda la vida, para servir sus honestas ambiciones. Pero al votar, ese ciudadano, sirve a la república, va a pagar su tributo a la gran causa del bien. Dejará ese día su carga, su bolsa, sus amigos y sus vicios, y cumplirá su deber. Al que elija, ha de saber por qué lo elije, y de regreso a su hogar ha de poder manifestar como un hombre de bien, a su mujer y sus hijos, su decisión y sus causas; no como aquellos que votan y sufren la vergüenza de su delito. Bien sabe el ciudadano cuales son los que merecen representar al pueblo. ¿Para manejar sus bienes, para la salvaguardia de su tranquilidad, de su reputación, elegiría al primero que se le ofreciese, o buscaría el mismo con sus ojos? ¿Delegaría su representación en el más charlatán y aparatoso, o querría encontrar algún cerebro claro y bien equilibrado, un noble corazón, un hombre culto y bueno, aunque fuera incapaz de sonreirle con habilidad y hablarle con elegancia y desenvoltura?

Elija, pues, con igual buen sentido al que le aplicará los impuestos, administrará los bienes del Estado, proveerá a todas las necesidades públicas, velará por

su vida y sus derechos y dictará las leyes a que deberán ajustarse todos los actos de la vida civil desde el nacimiento hasta después de la muerte, pues aun después de muerto la ley continuará actuando sobre lo que fué nuestro cuerpo.

No perderá su tiempo el ciudadano por mucho que lo emplee en buscar a los que dicen verdad, a los que aman la justicia, a los que saben practicar el bien.

HACE como veinte años que el diputado argentino Jofré presentaba a la cámara de la provincia de Buenos Aires un proyecto por el cual se autorizaba la intervención de la justicia del crimen para que los individuos desarreglados observen mejor conducta y no causen perjuicio a la colectividad.

Los resultados que se obtienen en Inglaterra con los tribunales preventivos del delito y de fiscalización de las costumbres del pueblo, inducen a esperar que con una institución semejante aquí se alcanzarían óptimos beneficios.

En su proyecto, el diputado Jofré declaraba a los individuos de conducta desarreglada sujetos a obligaciones, vigilancia, restricciones, cambios de residencia e internación en casa de salud, según los casos.

El proyecto no mereció la atención del gobierno ni de nadie. Tenía, sin embargo en mí, mejores derechos a la preocupación pública, que la mayor parte de los discursos, nombramientos de funcionarios e innumerables episodios del torneo de las vanidades y ambiciones personales.

El individuo que abandona en la miseria a su mujer y sus hijos; el que vive de la mendicidad o del jue-

go, sin ningún género de oficio honesto; el repugnante borracho que provee a la sociedad de degenerados; el impulsivo que maltrata a su esposa e hijos: todos estos seres, gozan de libertad y garantías reservadas a los hombres de bien y pasean impunemente por las calles. Se dirá que esto no es en absoluto verdadero; que el ladrón descubierto en delito y el borracho que escandaliza en público son encarcelados; pero existen individuos que han estado veinte meses en la cárcel, y recobran la libertad para volver a robar, pues carecen de otro medio de vida; y ninguna ley castiga la ebriedad consuetudinaria, siendo preciso que el beodo cometa delitos de otra especie para que su familia y la sociedad consigan el aislamiento.

Aquel proyecto de ley que se olvidó, debiera sancionarse. Hay tolerancias inicuas y hay complacencias que deshonran a la república. Así, por ejemplo, nunca comprenderemos por qué razón existen aquí traficantes de mujeres, monstruos horrendos, que deben ser desterrados donde quiera y por cualquiera autoridad, sin preámbulos ni hesitaciones. El más modesto oficial de policía puede expulsar a esos individuos de su sección sin otro fundamento.

Un borracho ha perdido el derecho a la libertad, y sin más requisitos que la comprobación del vicio, debe ser recluído hasta su curación.

La dignidad cívica se manifiesta en todo su esplendor cuando vela por la pureza de las costumbres y por la salud moral del pueblo. La previsión es el alma de la filantropía. No de otro modo se engrandecen y magnifican las naciones.

TODAVIA atrae a las gentes ingenuas el espectáculo de la doma de potro a estilo bárbaro, con entera justicia, que es grotesco, ridículo, inculto, brutal y denigrante para la sociedad que lo tolera.

No es posible idear algo más anacrónico y chocante. Los mansos redomones son forzados a golpes y puntazos en el vientre a parodiar a los antiguos potros criados a campo abierto, y allí, a la vista del público al que deseamos inculcar la compasión hacia los seres inferiores, se martiriza con ensañamiento feroz al más noble, al más bello y el más útil de los animales.

Dícese que así, a lo indio, domaban antes nuestros gauchos. Desgraciadamente es cierto; pero nos es doloroso que para mostrar que fuimos semibárbaros, se reproduzcan en público nuestros actos de barbarie. Tanto valdría ejercitar el degüello para enseñar como "tocaban el violín" nuestros abuelos.

Es de desear que se realicen fiestas más decorosas, más morales y humanitarias, fiestas que, sobre no aburrir a los espectadores, sean compatibles con nuestros sentimientos y nuestra cultura.

FACILMENTE se observará que la despreocupación del Estado por la infancia llega a los extremos de la inconsciencia. La ciudad ofrece por todas partes el doloroso espectáculo de la niñez abandonada. Niños mendigos, niños hambrientos, niños que duermen a la intemperie. Los niños ladrones forman aquí legión. Un enorme número de criaturas

es forzado a trabajos impropios para la edad. El vicio de fumar y el juego son entretenimientos generalizados en la infancia que pulula en las calles de Buenos Aires.

La filantropía se aplica a atenuar los males que produce una estupenda despreocupación; pero no son los hospitales ni las cárceles que han de regenerar la humanidad.

La verdadera obra de redención social está en evitar que muchos seres, hoy en la niñez, se conviertan en una carga para los demás.

El Estado se muestra imbécil si permite surgir y desarrollarse con toda libertad al gran ejército de los desdichados, para ir luego recogiéndolos uno a uno, centenar por centenar, convertidos en truhanes, borrachos, imbéciles y degenerados de toda catadura. Los establecimientos destinados a almacenar este sedimento de injusticia, ignorancia y miseria, son cada vez más numerosos y más amplios, y al mismo tiempo más insuficientes. El Estado mantiene los viveros de la degeneración en toda su exuberancia y el porcentaje de degenerados sobrepasa todas las previsiones.

Cualquier persona de mediana cultura puede estudiar las características precursoras de cada especie de degeneración en la infancia desvalida. No se necesita singular penetración para encontrar los futuros criminales, tuberculosos y holgazanes que en día no lejano reclamarán la atención de las autoridades y las solicitudes de la caridad.

¿No sería un gran negocio para el Estado preocuparse de la alimentación, la higiene y la educación de la niñez desvalida, para evitar su ruina fisiológica y su

perversión moral? ¿Cuánto se ahorraría en manicomios, hospitales, policía y cárceles?

Ya que todos los reclamos en nombre de la humanidad son desoídos, siquiera la perspectiva de tan enormes caudales economizados, debiera atraer la atención de los estadistas e inducirlos a buscar una solución rápida y decisiva del angustioso problema.

UN niño sale despavorido a la calle. En el umbral de la casa donde salió, aparece una mujer con un palo en la mano. El niño se detiene en mitad de la calle y llora, llora desesperadamente, sacudiendo en el aire la mano izquierda que sangra.

Tal es la horrible escena que he presenciado hoy; escena vulgar para el transeúnte, lo que implica decir que es diária en muchos hogares.

La madre que flagela a su hijo cree hacerle un bien. Por lo tanto, no corresponde afrentarla; lo que nos impone la conciencia es convencerla de su error.

En una casa de negocio vi días pasados unos instrumentos de palo y múltiples correas, llamados disciplinas y se me ha asegurado que se venden mucho para los perros y... ¡para niños!

No hay que extrañarse de que, con tales sistemas, lo que fué un niño divino de ternura, de amor y de bondad, llegue a trocarse en algo de esto que vemos con frecuencia, de aspecto humano y todo egoísmo, maldad y rencor.

La carne se envenena con el azote y contamina hasta el alma.

¿Para qué hablar de bondad si torpemente se acepta el envilecimiento de cada generación que llega,

por medio de los castigos corporales? ¿No es un absurdo esperar el imperio de la razón cuando ni siquiera los padres reprimen sus impulsos bestiales para con sus tiernos hijos? ¿No será eternamente una utopía la fraternidad entre los hombres, mientras los padres empleen la violencia para educar a sus hijos?

Yo he escuchado de padres de relativa cultura la defensa de la flagelación, como de algo necesario, y sólo en algunos casos, merced a un gran esfuerzo, he conseguido siquiera la concesión de que también es posible una perfecta enseñanza sin aquélla.

Ahora bien; la flagelación envilece al niño. y en gran número de casos trastorna su organismo para siempre. Si queremos realmente mejorar la sociedad, empecemos por suprimir en los hogares lo que ya se ha suprimido en las cárceles, por contraproducente, bárbaro e inicuo. Los golpes no enseñan nada; no hablan ni a la razón ni al sentimiento; los golpes ponen de manifiesto la impulsividad del padre y su impotencia para educar racionalmente a su hijo. De aquí el remordimiento que sigue al acto tristísimo e inhumano del castigo.

Pues que nos faltan sociedades protectoras de la infancia, que infundan en el pueblo el convencimiento de que "también los niños" merecen compasión y que no deben ser golpeados ni azotados, unámonos para realizar esta tarea todos los que repudiamos práctica tan brutal. Aboguemos todos los días y sin descanso por la abolición del castigo corporal del niño, en bien de los propios padres y en beneficio de la sociedad entera, cuyo progreso se ve considerablemente retardado

por la grosera y tradicional deformación del hombre, en la edad en que es blando cual la cera, puro cual una flor.

LA infancia de la clase pobre y de la media se desarrolla en deplorables circunstancias, por la falta de aire puro, de sol, de sitio para moverse libremente. Las autoridades saben esto; no buscan su remedio, pero se afanan en recomendar al pueblo que persiga a las moscas y que se aisle de los mosquitos.

No se ha buscado todavía la solución real del magno problema de la higiene pública; no ha trascendido el anhelo porque el pueblo esté limpio, bien alimentado y viva en casa salubre. Lo que se ha hecho hasta hoy es obra de ficción y de apariencia. En esto, como en todo, triunfa el prurito artificioso y la tendencia a la superficialidad. Palabras, fórmulas, consejos; un barniz científico, un cartelón con grandes letras; pero nada de cuanto es esencial se aborda francamente; nada de cuanto mina la salud del pueblo es denunciado con valentía ante el Estado y el país. No hay que sorprenderse, pues, de la especulación con los productos alimenticios o su adulteración sean un negocio. Rentas enormes y colosales fortunas produce tan singular comercio, que las leyes amparan y las autoridades contemplan impasibles. Y así seguirá el pueblo, la gran masa, en su dolor y en sus vicios, con su sangre empobrecida y sus pulmones cansados, hasta que las autoridades encargadas de velar por su salud se decidan a buscar el verdadero remedio contra estos males.

EN la niñez surgen y crecen ahora todos los fantasmas del desequilibrio orgánico y moral que invadirán mañana, en inacabable caravana de martirio, las prisiones y los asilos, y repondrán las bajas en las filas del vicio y repoblarán los antros de la corrupción.

Nuestros afanes de regeneración, nuestros propósitos de beneficencia fallan porque se aplican demasiado tarde. La pobreza fisiológica, la locura, el crimen, todas las dolorosas manifestaciones de nuestra imperfección debieran ser atacadas en el niño, no en el hombre. Se realizaría así obra racional y verdaderamente humanitaria.

Todo este ejército de fracasados que llena los asilos y las cárceles, que vagabundea en una existencia sin objeto, que se escabulle entre las sombras del delito, todo este inmenso ejército que no cabe entre las redes de la ley, ni entre las rejas del presidio ni bajo el manto de la caridad, pudo ser reducido a legiones de seres sanos y útiles, preocupándose de él antes de su completo desarrollo.

El mal, visible apenas en su origen, se agranda luego al rodar entre nuestros egoísmos.

ES la aduana una institución opuesta a la fraternidad y al bienestar de los pueblos. Nada más explicable y respetable que la repugnancia que ella provoca con sus inmoralidades permanentes, sus espionajes y confiscaciones. Es contraria al bienestar social, pues al encarecer la vida, favorece indecentes privilegios, mantiene el estado de guerra entre las na-

ciones, perturba artificiosamente la evolución normal de las actividades, y, erigiéndose en providencia, da y quita de lo ajeno.

La democracia no entiende de privilegios. Su proteccionismo es para todos; se llama librecambio; acepta que trabaje cada hombre en lo que le plazca y le convenga, según las condiciones de su país, conforme a sus aptitudes y tendencias; consagra el evidente derecho de todo hombre a adquirir, sin ser multado, lo que desee, donde lo puede obtener de mejor calidad y al menor precio posible. De tal manera, no existirían industrias parasitarias, industrias cuyas ganancias son costeadas con la confiscación de una parte del fruto del trabajo de todos. El dinero recobraría su íntegro valor adquisitivo. Renuncia el pueblo al absurdo papel de protector de las industrias, que mal se aviene con sus privaciones y miserias, y se limita a protegerse a sí mismo. Habrá o no, por ejemplo, ingenios de azúcar; pero habrá azúcar a mitad de precio y es el artículo bueno, abundante y barato, no los ingenios, lo indispensable para el bienestar social.

EL hombre no necesita proteccionismo, caridades, favores, ni cosa alguna inventada por los modernos redentores. Bástale la justicia, para vivir en salud y con la dignidad que reclama su destino.

¿Para qué discutiremos los salarios máximos y mínimos, mientras el terrateniente se apropie de gran parte de ellos, transformados en el mayor valor del suelo?

¿Para qué hablaremos del horario en los talleres, no quedándole al obrero, en su tiempo libre, más que la alternativa entre la casa covacha o la taberna?

¿Qué necesidad tendrían los viejos, de amparo, si hubieran trabajado para sí y sin sufrir, toda la vida, la confiscación parcial por el Estado y los amos del suelo, de sus salarios?

¿Quiénes darán económicamente al hombre algo mejor que el derecho de emplear libremente sus energías y la seguridad de no ser despojado del producto de su trabajo?

La esclavitud de la mujer importa el servilismo moral del hombre; la esclavitud de la tierra significa el servilismo material de todos.

La tierra es para el trabajo; la mujer, para el amor. Ambas nos multiplican y redimen.

Nuestra alma se nutre de la libertad de la mujer; nuestro cuerpo, de la libertad de la tierra.

El hombre se dignifica dignificando a la mujer y la tierra, con el reconocimiento pleno de sus derechos. Estos coinciden en cuanto se relaciona con la más amplia y noble fecundidad y con preciosas virtudes maternales.

Doble esterilidad forzada nos trae doble miseria, espiritual y física. Doble iniquidad tiránica nos hace esclavos dos veces. Doble libertad sagrada, — de la mujer y la tierra, — redimirán a la especie.

LA historia nos enseña muchas cosas; por ejemplo: que el hombre es el ser más aferrado al error. Los animales, en efecto, aprenden, se co-

rrigen y no reinciden en las aberraciones. El hombre es incorregible.

En el 1460, reinando Luis XI, fué comunicado a la población francesa la siguiente ordenanza:

"A quienquiera haya vendido leche mezclada con agua, se le pondrá un embudo en la garganta, y a través de éste se le introducirá en el estómago una cantidad de dicha leche aguada hasta que un médico o un barbero diga que el individuo no está en condiciones de tragar más.

Quienquiera haya vendido huevos inservibles, será expuesto a la picota. Los huevos se darán a los niños, que se divertirán en tirárselos en la cara para que se ría la gente.

Quienquiera que haya vendido manteca conteniendo substancias extrañas, será atado de un modo muy curioso a la picota. Luego se le pondrá la manteca en la cabeza, dejándosela hasta que el sol la haya derretido. Los perros podrán ir a lamerle, y hasta el pueblo podrá agraviarle con aquellos epítetos difamatorios que prefiera (sin ofensa para Dios o para el Rey). Si el sol no calentara bastante, el criminal quedará expuesto en la sala más grande de la cárcel, ante un hermoso y enorme fuego, donde cada cual podrá verle".

Han transcurrido casi cinco siglos; se han promulgado millares de ordenanzas con igual finalidad en todos los países civilizados; pero se sigue vendiendo leche con agua; huevos inservibles; manteca que no es manteca de leche de vaca.

¡Y luego, espera el hombre la salud y la felicidad de su sabiduría y de sus virtudes!

DE los periodistas habría que decir lo mismo que de los médicos, de los abogados, de los sacerdotes; lo mismo que de todas las profesiones y de todos los oficios.

Las especies humanas no consisten en las agrupaciones voluntarias.

Tan erróneo criterio nos induciría a juzgar, en el reino animal, como de una especie a los representantes de veinte o treinta especies, por la circunstancia de encontrarlos reunidos en una laguna, en un bosque o en cualquier otro sitio.

Las especies humanas, como las animales, se distinguen por caracteres fijos e inequívocos.

Pueden pertenecer a la misma un ingeniero, un abogado, un herrero; como pueden encontrarse cinco herreros que corresponden a cinco especies distintas.

Puede un periodista ser torpe, intrigante y vil, sin dejar de ser periodista. Puede pertenecer a una de las especies superiores de la humanidad; ser sincero, generoso, bien intencionado y recto; defender, toda su vida, lo que cree que es verdad, lo que cree que es justo.

Hay periodistas que en una labor ímproba, persistente y anónima han ido dejando sus nobles ideas y sus puros sentimientos en las columnas de los periódicos.

Sus escritos guiaron a los estadistas, inspiraron grandes y perennes obras, fortalecieron la fe para avanzar hacia un porvenir mejor, disiparon innúmeros errores, propagaron fecundas y perdurables enseñanzas.

Ya nadie los recuerda.

Su inmensa obra no está en las bibliotecas ni en las publicaciones oficiales: está en el cerebro y en el corazón del pueblo.

ES verdad que son cónyuges; pero es verdad, asimismo, que a cualquier cosa le llaman matrimonio.

Ciertos hogares son un ring. Las palabras surgen, pegan y derriban lo mismo que puñetazos.

Los matches duran, generalmente de siete a doce.

Entendámonos: de siete de la mañana a doce de la noche.

A esta hora suena el "gong"; es el intervalo de descanso.

El combate es a tantos rounds como días vivan.

Terminará solamente con un "knock-out" mortal.

LA gran modista de la gran ciudad tiene que hacer, primero, el aprendizaje de la elegancia personal. Luego, el de los diversos tipos de clientas. Corresponden distintos modelos, distintos tamaños, formas y colores a rubias y morenas, altas y bajas, gordas y flacas.

Es preciso contemplar, en particular, los atractivos reales o supuestos y los defectos físicos, las opulencias, los olvidos de la naturaleza, los contrastes chocantes, las fealdades, las deformidades, las deficiencias manifiestas.

Pero lo más importante es la psicología, sin la cual todo lo demás no sirve para nada.

La modista realmente prestigiosa trabaja sobre cimientos de granito: todas sus clientas son hermosas, jóvenes, graciosas y dignas de un amor delirante.

Ella adivina al primer golpe de vista, a las primeras palabras, "el lado flaco" de cada señora que entra por primera vez en su "maison".

La experiencia la ha convencido de que la limitación, al atacar el lado flaco, es de funestos resultados. Jamás se va demasiado lejos. Muy al contrario, frecuentemente fracasan los negocios por la moderación en el uso del "argumento decisivo".

—A una señora divina, como usted, todo le queda maravillosamente.

—A su edad es un horrible desatino querer vestirse de vieja. Usted, con veinte años más, puede llevarlo igualmente.

A veces llega al colmo de la osadía. A una cincuentona que viene con su hija, le pregunta con absoluta naturalidad:

—*¡Pardon!*... ¿Cuál es la madre y cuál es la hija?... ¡Me matarían, pero no podría acertar!

Aplicará "su sistema", también con excelentes resultados, en los demás aspectos de la vida.

Primeramente, lo hará por costumbre; después, porque se convence de que toda la humanidad es igual a su clientela.

Por supuesto que en amor, la gran modista suele ser irresistible en absoluto. Donde pone su corazón pone su imperio. Con los hombres puede ir todavía más lejos en la estupenda osadía de sus elogios. El amor propio los condena a la ceguera total... Pero por esto

mismo, juzga al amor como a la fruta más vulgar y deja a su corazón junto con sus depósitos en el Banco.

¿NO habéis visto a los pobres enemigos de los pobres? Es un espectáculo triste. Un infeliz se adormece sentado en un banco de plaza. En seguida el guardián le intima que se retire, con tono áspero. ¿Por qué tan dura esa brutal intimación de aquel otro pobrete uniformado?

El vigilante, el motorman, son pobres. ¿Por qué reservan la cortesía para los ricos y son frecuentemente tan inciviles con los pobres?

Si los pobres fuesen entre sí bondadosos, corteses, ¿no resultaría menos penosa la vida?

Observad un tren en marcha. El guarda recorre los coches. En los de primera es cumplido, correcto, paciente para con todos los pasajeros; se inclina cuando le habla alguno; hace las observaciones en voz baja y en tono mesurado; en los de segunda corre, se acalora, grita como un amo despótico.

¡Dolorosa condición del ser humano!

¿Cómo han de ser mejores los ricos con los pobres, si los pobres mismos son los enemigos de los pobres?

BUENOS Aires tiene un día — el 2 de Octubre — dedicado a los niños...

¿Por qué las cosas bellas han de durar un día? ¿Por qué hemos de ser buenos únicamente a ratos? ¿Por qué ya el 3 de octubre no recordamos a los

niños que han de mostrarse grandes para soportar su pena?

Amemos un poco más a los prematuros héroes que sobrellevan la terrible carga de las imperfecciones colectivas. El niño, la humanidad que viene, el mañana social, el estandarte, el corazón y el brazo cuya visión nos alentará a morir y será lo que quede, como señal de nuestro paso por la tierra, de nuestros ideales y de nuestros esfuerzos.

Aprendamos a adivinar la angustia de infantil mirar, acusación tremenda para todos, porque todos realmente contribuimos a que haya niños débiles, anormales y tristes.

Los demás días del año olvidamos al niño desamparado, para tener que encarcelarlo cuando sea hombre; olvidamos la causa y atacamos el efecto; dejamos llenarse el campo de malos yuyos, para tener la inmensa pesadumbre de arrancarlos después uno por uno!

SI el Estado priva a un hombre de la libertad, se responsabiliza de su relativo bienestar, y también, de emplear los medios conducentes a su regeneración. Mas los presos pierden, por regla general, juntamente con la libertad, el derecho a la higiene y a la alimentación suficiente. Viven hacinados en repugnante promiscuidad, en pocilgas llenas de parásitos, ociosos, sin ningún aliciente para las buenas inclinaciones, pervirtiéndose mutuamente y sin conocer de la autoridad más que el rigor.

Entre tanto derroche de iniciativas y de dinero, se ha llegado a adquirir dos dreadnougths, y ni en las

provincias ni en la capital se ha resuelto el angustioso problema de las cárceles inmundas, que siguen todavía como en la época colonial, para mayor desarrollo de la degeneración y el envilecimiento humanos.

Nadie, ni en el parlamento ni en el periodismo, alza su voz para defender a los millares de hombres que se pudren en las prisiones. En ciertas cárceles la capacidad máxima es excedida en el doble; en otras, los detenidos duermen en el suelo; en casi todas, falta por completo la higiene indispensable para vivir en salud.

¡Los presos son también seres humanos! Muchos de ellos resultan inocentes. Es un cruel egoísmo que los hombres que gozamos de libertad callemos lo que pasa en esos antros. Antes que en muchas otras cosas prematuras o inútiles, hay que pensar en la reforma del régimen carcelario, porque este régimen es todavía el mismo de los pueblos más feroces e ignorantes.

HE sembrado hasta hoy cuanto me pareció digno de germinar en el corazón del pueblo. Pienso continuar la siembra sin demora, porque el tiempo es breve y la tarea es mucha.

No puedo creer que la humanidad sea incapaz de mejorar su triste condición. Acepto el deber, común a todos los hombres, de aliviar la miseria moral y material, que convierte la vida en un calvario.

Dejamos lo mejor de nosotros en nuestros hijos; ellos se confundirán con los hijos de los otros, y todos formarán ese complejo conglomerado de ensueños

y energías que constituirá la sociedad futura. ¿Por qué, entonces, los egoísmos implacables, la incomprensión de la solidaridad humana?

AMERICA significa nueva era. Ella trae en sus entrañas los gérmenes de una nueva civilización. Tendremos una moral distinta de la de Europa y del Oriente, seguiremos otro rumbo, vamos hacia otro horizonte.

Es verdad que a nuestro lado se agitan aún ciertas fuerzas que obedecen a impulsos extraños y opuestos a nuestro destino; pero estas fuerzas se debilitarán y el alma americana lucirá al fin con todo el esplendor de su gloria en el firmamento de la humanidad.

Condensemos en fe, en trabajo y en amor nuestras esperanzas. ¡Unámonos, hermanos! Limpiémonos de odios y ruindades para levantar bajo la mirada de Dios que la bendice, nuestra bandera de amor y de justicia.

Algunas opiniones sobre
CONSTANCIO C. VIGIL

"*El Erial* es un libro notable en todo sentido; libro de un gran escritor y de un gran espíritu. Es el poema del sentido moral en busca de acuerdo y conciliación con la vida". — AMADEO AMARAL. — Río de Janeiro.

"El autor de *El Erial* es un valiente campeón de las ideas modernas, de aquellas llamadas a regenerar el mundo". — CECILIO BÁEZ. — Asunción (Paraguay). 1916.

"*El Erial,* más que un libro, es una vida en que su dueño aprovechó todas las horas. Hay como varios libros en uno.

Las "Palabras del camino" son admirables. Hay enseñanza honda en todo eso, y, como si no bastara, ha esparcido el autor una riqueza de pedrería. Esto, las "Plegarias" y las "Parábolas" — de un alto misticismo — son páginas intensas, que solamente se encuentran en los viejos libros sagrados". — ARTURO CAPDEVILA. — Córdoba (R. A.), 1915.

"*El Erial* es un alma convertida toda en luz". — F. M. CASILDO. — Buenos Aires, 1916.

"*El Erial* es el compendio de toda la obra periodística de Vigil, a la que se debe, en gran parte, la independencia del espíritu popular". — FÉLIX ESTEBAN CICHERO. — 1916.

"*El Erial* es una pequeña biblia moderna. — Otto Miguel Cione. — Buenos Aires, 1916.

"Lo considero un evangelio, más hermoso que todos, puesto que no pretende llevarnos al bien por el estrecho camino de una fe única". — Juan Manuel Cotta. — Dolores (Bs. As.), 1916.

"Indudablemente, *El Erial* es de esos volúmenes nacidos para perdurar. Obra grande, obra de maestro y de hombre". — Julio Cruz Ghio. — Buenos Aires, 1915

"Irradian todas las páginas de *El Erial* torrentes de verdad. Quien lo lea sabrá de la simiente del amor y de la justicia". — *El Baluarte*. — Canelones (Uruguay), 1916.

"El estilo del autor de *El Erial* debe ser alabado como un bello esfuerzo de sobriedad y de condensación. Tiene la rara virtud de ser diáfano y conciso". — *El Día*. — Montevideo, 1916.

"Es *El Erial* un libro hermoso y fuerte, repleto de ideas nobilísimas, expuestas con singular claridad y rara elocuencia". — Revista *Forum*. — Buenos Aires, 1915.

"No conozco ningún libro de autor americano que se iguale a *El Erial*. En *El Erial* está Dios". — Manuel García Hernández. — Habana.

"Algo semejante a la ascensión a los picos de montañas desconocidas y maravillosas sentía al leer *El Erial*. El encierra ese tesoro de sabiduría guardado a través de las edades por todas aquellas almas iluminadas que fundaron las religiones y revolucionaron los tiempos y las ideas". — Angel Guido. — San Pablo. — (Brasil).

"Continuamente los diarios y revistas de Oriente publican traducciones en arábigo del autor de *El Erial*. Presentan a Vigil como el más notable de los pensadores americanos, como el filósofo de más elevado y sano pensamiento". — José E. Guraieb.

"*El Erial* es un bello y noble libro". — Ricardo Jaimes Freyre. — Tucumán (R. A.) 1915.

"*El Erial* debiera ser leído por todos los hombres de mente esclarecida que sueñan con una vida superior." — Carlos E. Kruger. — Rosario de Santa Fe (R. A.), 1916.

"El autor puede, con justo orgullo, presentar como balance de su obra este libro, en el que se defienden las más bellas causas". — *La Acción* (Buenos Aires).

"*El Erial* contiene páginas bellísimas, escritas en brillante estilo". — Diario *La Argentina.* — Buenos Aires, 1916.

"Palabras del camino", "Plegarias", "Parábolas" son páginas evangélicas". — Revista *La Educación.* — Buenos Aires, 1915.

"El lenguaje de *El Erial* es, con toda evidencia, el de un apóstol". — Diario *La Epoca.* — Buenos Aires, 1915.

"Vigil es un viajero apasionado en las tierras desoladas de la vida. Su amor hacia los débiles inspiró siempre sus artículos y sus escritos. Su vida entera, su larga vida de periodista y escritor, ha sido un clamor por la justicia.

El Erial es, en resumen, un gran libro, original y profundo, digno de la alta inteligencia que lo pensó y del corazón generoso que lo sintió". — Héctor Pedro Blomberg. — Buenos Aires, 1915.

"La obra de Vigil, plena de belleza y de amor, culmina en un libro de bondad extraordinaria: *El Erial*; libro que merece tomarse como breviario, pues es, a la vez, una antorcha que ilumina el sendero, una mano que sostiene en la marcha y un elixir que levanta el espíritu de la vacilación y la fatiga". — Juana de Ibarbourou. — Montevideo.

"Ese volumen de raro valor, que sintetiza la acción apostólica de un creyente sincero en la perfectibilidad de la especie, ha de vivir para siempre". — Alberto Lasplaces. — *El Día.* — Montevideo, 1916.

"Bien, lectores y amigos: leed y meditad; volved a leer una vez más; aprended de memoria las frases luminosas de Constancio C. Vigil, que si escribiera en París, como escribe en Buenos Aires, sería más aplaudido que Anatole France". — LEONCIO LASSO DE LA VEGA. — Montevideo.

"Con *El Erial* confirma este autor la favorable opinión que se ha sabido granjear entre el pueblo que siente y piensa; es decir, entre el pueblo que lo sigue y lo aplaude en sus grandes aspiraciones por el bien social". — COSME MARIÑO, Director de *Constancia*. — Buenos Aires, 1915.

"Ante el tumulto pasional de este siglo enrojecido por el crimen, aquí, entre nosotros, ha surgido magnífico el héroe santo de la buena palabra. Desde que Asís habló a los hombres y a las aves, besó la tierra y llamó "hermanos" a los perros, nadie había vuelto a poner el corazón en las palabras. Vigil lo ha hecho, y en el erial de la vida su gloriosa siembra dará frutos inmortales". — C. MARTÍNEZ PAIVA. — Revista *"Ideas y Figuras"*. — Buenos Aires, 1916.

"*El Erial* debe entrar en las escuelas. Su doctrina es grandiosa; su filosofía, santa; su lenguaje, flúido y correcto. Es un libro precioso, de una finalidad trascendental". — RAMÓN MELGAR. — Rector del Colegio N. de Dolores (R. A.), 1915.

"*El Erial* está lleno de fuerza y de bondad.

Este hombre tiene la misión más alta entre las que han sido dadas a los hombres.

Muchas veces he leído yo su libro fuerte y purificador y siempre me trae nuevas fuerzas y mayor elevación para pensar y para vivir". — GABRIELA MISTRAL. — Chile.

"Estamos seguros de que *El Erial* dará consuelo a muchos corazones, luz a muchas mentes, y ánimo a muchos cansados". — LORENZO MONGAY (Pastor Evángélico). — Lincoln (R. A.). 1915.

"El autor de *El Erial* es, entre nosotros, uno de los pocos estimables escritores y, sin lugar a dudas, el más personal de todos". — Délio Morales. — Buenos Aires, 1915.

"*El Erial* debiera ser el texto de lectura de la juventud estudiosa para que aprenda en sus páginas nociones de vida superior y sanos principios de moral y de justicia". — Antonio E. Morelli. — Buenos Aires, 1915.

"...¿Cómo ha podido Vigil dar ese título a un libro del cual cada entrelínea parece un surco sembrado de copiosa simiente, cada párrafo semeja una flor llena de lozanía y rica de perfume, y cada página ostenta un racimo de sazonados y jugosos frutos?'. — Daniel Muñoz. — Buenos Aires, 1915.

"*El Erial* es una obra de amor, de piedad lúcida y serena". — Amado Nervo. — Bailén (España), 1916.

"*El Erial* es la nueva biblia de la razón y la justicia que mejorará a la humanidad". — *Nueva Tribuna*. — Mendoza, 1916.

"*El Erial* es biblia de fuerte decálogo y de altos fervores" — Juan Parra del Riego. — Montevideo 1917.

"*El Erial* es uno de los pocos libros que ayudan a vivir". — José E. Peyrot. — Montevideo, 1915.

"*El Erial* resume un magnífico substrato de redención, y en él, los ideales superiores abren caminos hacia la perfección moral de la especie. Misal de todos los verbos sagrados del espíritu; copón de oro puro, suntuoso en su finísima orfebrería, para hostias del bien, óleos, bálsamos y mieles; tabla del derecho donde sobre ella se inscribe la ley del amor con la dulce palabra de la humildad y el concepto rebosante de sabiduría humana". — Ovidio Fernandez Rios. — Montevideo.

"*El Erial,* nuevo evangelio, es la síntesis de una vida puesta toda en lucha por el bien". — C. Poyard. — Buenos Aires.

"*El Erial* es un libro excepcional, no sólo en nuestra producción latinoamericana, sino aun dentro de la literatura universal. ¡Si fuera posible que todos leyeran este libro!". — Rodolfo de Puga. — Director de la revista *Tit-Bits*. — Buenos Aires, 1915.

"Grande y buena ha sido la labor de este moderno filósofo. Compendio de sus afanes es *El Erial*, que culmina una perseverante obra de amor, de justicia y de paz". — Revista P. B. T. — Buenos Aires, 1915.

"El autor de *El Erial* habla con la insuperable elocuencia del corazón. Su lenguaje, ora dulce y filosófico, como el de Cristo; ora enérgico y punzante, como el de Voltaire, cautiva siempre por su sinceridad y sencillez". — *Revista Pedagógica y Literaria.* — Rosario de Santa Fe, 1916.

"Obra ampliamente sana, *El Erial* es un evangelio que nos lleva como de la mano hacia el bien". — Romulo F. Rossi. — Montevideo.

"Talento y grandeza moral han gestado este libro. Aun para los que han vivido sufriendo, que es la manera más larga de vivir, tiene *El Erial* una suave enseñanza. Su lectura nos consuela como la mano de la mujer querida puesta sobre nuestro corazón cuando estamos inquietos". — Agustín M. Smith. — Montevideo.

"Es *El Erial* un libro de los que debe llevar en sus alforjas el viajero y en su maleta el navegante, y todos debemos tener sobre el velador junto a nuestro lecho. Sus páginas confortan, consuelan y deleitan". — Máximo Soto Hall. — Buenos Aires.

"No hay frase en *El Erial* que no encierre una profunda enseñanza, de indudable valor ético y sociológico. Al terminar su lectura se puede decir con Pascal: "Creí encontrarme con un autor, pero he hallado un hombre". — B. Taborda. — Buenos Aires, 1915.

"En *El Erial* hallaréis la belleza suprema de la vida". — FROILÁN VÁZQUEZ LEDESMA (h.). — R. O. del U., 1916.

"*El Erial* es un libro de sentimiento y de sabiduría, escrito con una concisión y sencillez adorables". — JAVIER DE VIANA. — Montevideo, 1915.

"*El Erial,* bello libro, tan nutrido de ideas sanas en cada línea, que cada línea leída da la sensación de que se ha leído un volumen". — ENRIQUE DE VEDIA. — Buenos Aires, 1915.

"Al leer *El Erial* me he sentido en contacto con un noble espíritu, al través de formas bellas y personales, que sólo encuentran los que piensan y sienten largamente, intensamente". — JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN. — Montevideo.

"Es "un libro"; un verdadero libro *El Erial.* En él todo es fragancia, idealidad y juventud. El escritor que así se expresa es un gran literato; el hombre que así habla es un hombre de bien". — ANTONIO ZOZAYA. — Madrid.

"La lectura de *El Erial* deja un sedimento de sencillez, de energía, de dulzura y de encanto". — JOSÉ B. ZUBIAUR. — Buenos Aires, 1915.

"*El Erial* es un bello libro, lleno de luz y de amor, en el que Vigil derrama su espíritu infinitamente comprensivo". — ALBERTO VILLEGAS. — La Paz (Bolivia), 1932.

"*El Erial* es obra escrita con esquisita belleza y suma simplicidad, que lo hacen aun más bello". — RAFAEL MEDINA R. — Tegucigalpa (Honduras), 1932.

"La lectura de *El Erial* aumenta la felicidad y atempera la amargura". — ARTURO MONTOYA. — Lima (Perú), 1932.

"Al leer *El Erial* me siento en el regazo de mi madre, que ha callado para siempre, y, volviendo a leerlo, comprendo a mi

hijo, que pronto será lo que yo pienso y siento". — TÉI OKÍMURA. — Escritor. Traductor de *El Erial* al japonés.

"Creo yo que *El Erial* puede ofrecerse entre los pocos libros que nuestra América ha producido desde hace cien años, como muestra del genio y de la nobleza de nuestra raza". — FRANZ TAMAYO. — La Paz (Bolivia), 1932.

"La lectura de *El Erial* sería de verdadero provecho para el pueblo y sobre todo para la clase desheredada. Los gobernantes deberían ponerlo a su alcance." — CONRADO GARCÍA. — Tegucigalpa (Honduras), 1932.

"*El Erial* merece ser leído por todos los pueblos de la tierra, sin diferencia de castas y creencias. Es una espléndida obra de perfeccionamiento del alma, una hermosísima expresión de belleza y bondad". — EDUARDO TOURINHO. — Río de Janeiro.

"Si no estuviera tan relajada la palabra "santo", con justicia la ostentaría el gran pensador Constancio C. Vigil, porque en él está Dios." — Revista *"Tegucigalpa"*. — Tegucigalpa (Honduras).

"Toda la obra de Vigil, incansable obrero del pensamiento, es una gran voz exhortando a la fraternidad, a la paz y al amor." — FERNANDO GONZÁLEZ ALBERTY. — San Juan (Puerto Rico).

"*El Erial* está llamado a seguir haciendo el bien, como los frutos esenciales, como las simientes que traen un destino excelso". — RAFAEL HELIODORO VALLE. — Revista *"Universidad de México"*.

"Un libro eficaz para hacer buenos a los hombres es siempre un gran libro. Muy difícil es acertar a escribirlo. Constancio C. Vigil lo ha logrado cumplidamente en *El Erial*." — JUAN SÁNCHEZ ANCONA. — *"Diario de Yucatán"*. — Mérida, Yucatán (Méjico).

"Inútil es la citación aislada de párrafos selectos. *El Erial* es una obra que abarca el vasto panorama de la humanidad misma". — Lic. Benito Javier Pérez Verdía. — Guadalajara (Méjico)

"La expresión de Vigil es generalmente sobria, precisa, a la manera de las máximas de Gracián. El pensamiento alcanza a veces excepcional profundidad, con originalidad no buscada'. — *"Revista Alemana"*. — Hamburgo.

"Constancio Vigil ha sido y es un encauzador de conciencias. Su voz, es la voz constructiva del Maestro". — Pedro Lorusso Galasso. — De *"Mensaje a América"*. — *"El Deber"*, 1934. — Villarrica (Paraguay.

"Se siente después de leer *El Erial* una inefable placidez, una paz interior, un deseo vehemente de piedad, de justicia y de bien". — Josefa T. de Aguerri. — Escritora y Presidenta de la *Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas*. — Managua (Nicaragua).

"Libro de purificación es *El Erial*. Libro que es una invitación constante al bien. Libro del que no puede sino lamentarse que no haya llegado a todas las manos, que no haya pasado bajo todos los ojos, que no haya penetrado en todos los cerebros e iluminado todas las conciencias. Acaso muy pocos hombres escaparían a su bienhechora influencia". — Ramón Mendoza Medina. — *"Diario de Yucatán"*. — Mérida, Yucatán (Méjico).

"Libro de noble espiritualidad, de fuerte vigor y de austera madurez, ajustado en cada línea a la idea *El Erial* es un gran libro, que honra por igual a las letras americanas y a nuestro entrañable idioma común. Es un gran libro de América escrito en la mejor prosa de Castilla". — Bernardo G. de Candamo, — (Crítico español. Director de la Biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid), 2-12-34.

"Ningún estadista, ningún político, ningún escritor, en el nuevo o el viejo mundo, ha laborado más intensamente, más efi-

cientemente por la paz que el maestro uruguayoargentino Constancio C. Vigil, en 40 años de labor y al través de numerosos libros, entre los que se destaca de manera refulgente *El Erial*". — J. C. SÁNCHEZ. — Director del diario *"Patria"*. — San Salvador. (El Salvador), 1933.

"La obra de Vigil está nimbada de amor. Y por eso es fuerte. Se realiza en la tierra, y por eso tiene arraigo". — Prof. JUAN MANUEL COTTA. — Buenos Aires.

"Los hijos de Bolivia hacen llegar a Constancio C. Vigil su voto de adhesión. Constancio C. Vigil, por su perseverante obra de humanización ha llegado a la cumbre de la inmortalidad y es acreedor a la pleitesía de cuantos conocen la firme nobleza de su apostolado. La virtud más alta de este pensador americano es la que distingue a los preclaros y tenaces trabajadores." — *Manifiesto del Magisterio y de los intelectuales bolivianos.* — 1934.

"La prosa de Constancio C. Vigil alcanza en todo su magno libro justeza interpretativa y sobriedad admirables. Habría que remontarse a muchas generaciones para hallar un libro que rebose tanto anhelo de paz y de confraternidad como *El Erial*". — NARCISO ROBLEDAL. — Buenos Aires, 1934.

"No es el libro de la hora; es el libro de siempre". — LEONARDO ARGÜELLO. — Nicaragua 1933.

"Constancio C. Vigil es un apóstol del irenismo. Su obra ha sido incesante, y la ha coronado con un libro, *El Erial*, que es como el evangelio de su apostolado pacifista. — Fed. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL. (*Presidente de la Academia Dominiciana de la Historia*).

"*El Erial* es la obra maravillosa del siglo, en cuyas páginas, plenas de medular substancia ética y filosófica se inspirará la sociedad futura. Constancio C. Vigil, artífice supremo, ha burilado en este notable libro los más bellos pensamientos pacifistas precursores de la fraternidad humana. Las doctrinas que esplenden de *El Erial*,

inundarán la tierra con su savia redentora, vivificando los yermos para la justicia y el amor." — S. Cordero Criado. — (De la conferencia literaria sobre Constancio C. Vigil, dictada en el Ateneo de Montevideo). 1936.

Hay en *El Erial* máximas reflexiones dignas del estoico Marco Aurelio. Constancio C. Vigil, que da una lección de mental gallardía, no ha captado lo aleatorio, sino lo esencial. Ha palpado todas las formas del espíritu y en una atmósfera de encantamiento, sus palabras que son determinantes, como diría Pascal, sugieren un canon de conducta ética o una actitud de amor que nos salve de la angustia metafísica que nos obsede.

Con *El Erial,* Vigil sin alma indecisa ha vivido lo humano, como quería Goethe y lucha por el Hombre, contra las ficciones organizadas." — Juan Ilaria. — Diario "Uruguay", Montevideo, 1936.

ntos). Con un estudio de Devil. omo de 168 páginas (1920) $ 0.35
a Revolución y la Cultura Bol- sta". (Prólogo de Nicolás Tasín). omo de 128 páginas (1920) $ 0.35
Compañero Extraño (Cuentos). omo (1920) .....$ 0.35
U (Juan M.). — Esbozos de una l sin sanción ni obligación. (Tra- ón de Leonardo Rodríguez y Ar- Casares). Un tomo de 288 pá- (1925) .....$ 1.00
Y (G). — Medios para evitar el razo (con ilustraciones) ..$ 0.40
ERA (Ernesto). — Su Majestad Iambre. (Cuentos Brutales) Con studio crítico de Carmelo M. Bo- .....$ 0.50
IE (Pedro Leandro). — Tierra la (Poesías). Un tomo de 112 pá- (1924) .....$ 0.70
LACES (Alberto). — Opinio- Literarias. (Prosistas uruguayos mporáneos). Con un prólogo de or Pérez Petit. Un tomo de 204 as (1919) .....$ 0.80
nco meses de Guerra. Estudio de uerra Europea. Un tomo de 280 as (1915) .....
duardo Acevedo Díaz .....$ 0.40
NES (Leopoldo). — Las Monta- el Oro (Poema). Con un juicio Rubén Darío. Un tomo de 104 pá- (1919) .....$ 0.60
'ERLINCK (Mauricio). — La Vi- le los Termes (Hormigones). Con oticia biográfica de J. Ernest les. Un tomo de 212 páginas 7) .....$ 0.70
La Vida del Espacio" (La Cuar- Dimensión. La Cultura de los Sue- Aislamiento del hombre. Juegos Espacio y del Tiempo-Dios) Tra- ión y prólogo de Enrique E. Po- 1 tomo de 176 pág. (1926) $ 0.70
Huésped Desconocido (Fantas- de vivos y de muertos. La Psi tría. El Conocimiento del Porve- etc.). Un tomo de 168 páginas 2) .....$ 0.50
La Vida de las Abejas". Un tomo 176 páginas .....
El Tesoro de los Humildes" Un de 144 páginas (1926) ..$ 0.35
Los Dioses de la Guerra". Un to- de 80 páginas (1921).....$ 0.35
La Tragedia Cotidiana". Un tomo 38 páginas (1922) .....$ 0.35
La Inteligencia de las Flores", se- lo de los poemas en prosa: "Los umes" y "La Medida de las Ho- . Un tomo de 130 páginas (1921)
El Alcalde de Stilmonde". Drama tres actos. Versión castellana de rique Gómez Carrillo. Un folleto 18) .....$ 0.25
La Muerte". Un tomo .....
GUERITTE (Víctor). — "El Vi- en París" (Prostituée). Un tomo 168 páginas (1923) .....$ 0.35
Vengada" (Continuación de la an- or). Un tomo de 168 páginas 23) .....$ 0.35
K TWAIN. — Cuentos Escogidos. ducido por Augusto Barrado. Pró- de Angel Guerra. Un tomo de 132 páginas (1921) .....$ 0.35

MARTINEZ VIGIL (Dr. Carlos). — Por tierras amigas. (Crónicas de viaje). .....$ 0.80

MAUPASSANT (Guy de). — "La Hora Sexual" (Cuentos). Un tomo de 64 páginas (1922) .....$ 0.25
—"Miserables y Vagabundos" (Novelas cortas). Un tomito de 72 páginas (1922) .....$ 0.25
—"De la Guerra" (Cuentos breves). Un tomo de 72 páginas (1922) $ 0.25

MISTRAL (Gabriela). — Selección de poesías. Un tomo de 64 páginas (1924) .....$ 0.30
—"Ternura" (Canciones de niños). Un tomo de 74 páginas (1925) ....$ 0.35

NERVO (Amado). — "Perlas Negras". Místicas. Las Voces (Poesías). Un tomo de 152 páginas (1924)....$ 0.50
—Selección de Poesías. Un tomo (1924) .....$ 0.30
—Ideas y Observaciones Filosóficas de Tello Téllez (Prosa). Un tomo de 64 pagiras (1919) .....$ 0.25
— 'La Amada Inmóvil'' (Prosa y verso). Un tomo .....

OBLIGADO (Rafael). — Poesías. Precedidas de un prólogo del Dr. Joaquín V. González. Un tomo de 232 páginas (1920) .....$ 0.50
—Leyendas Argentinas (Santos Vega). Un folleto de 64 páginas (1920) $ 0.25

POE (Edgar Allan). — Poemas. Con un prólogo de Rubén Darío. Un tomo de 80 páginas (1919) .....$ 0.30

RODO (José Enrique). — Selección de Parábolas. Ilustraciones de Pastor. Un tomo de 64 páginas (1923)....$ 0.30

ROXLO (Carlos). — El Libro de las Rimas. (Segunda edición, corregida y aumentada). Un tomo de 136 páginas (1918) .....$ 0.35

SABAT ERCASTY (Carlos). — "Vidas". (Poemas). Un tomo de 118 páginas (1923) .....$ 0.60

SANTOS (Fernando). — "Yracema". (Drama en tres actos). Un tomo de 56 páginas (1919) .....$ 0.30

SHAW (Jorge Bernard). — Manual del Revolucionario y las Máximas para Revolucionarios. (Traducción de Luis Bertrán). Un tomo de 104 páginas (1923) .....$ 0.35

STECCHETTI (Olindo Guerrini). — Póstuma. (Poesías). Estudio de Roberto Sienra. Un tomo de 128 páginas (1934) .....$ 0.40

TAGORE (Rabindranath). — "La Luna Nueva". (Poemas de Niños). Traducción de Z. C. de Jiménez con un poema de Juan R. Jiménez. Un tomo de 72 páginas (1926) .....$ 0.35
—"Pájaros Perdidos" (Sentimientos). Un tomo de 80 páginas (1922) $ 0.35
—"Gitanjali" (Oraciones Líricas). Un tomo de 76 páginas (1921) ....$ 0.35
—"La Cosecha" (Poemas). Un tomo de 72 páginas (1922) .....$ 0.35
—"Tránsito" (Poemas). Un tomo de 64 páginas (1922) .....$ 0.35
—"La Fugitiva" (Poemas). Un tomo de 84 páginas (1925).....$ 0.35

VASSEUR (Alvaro Armando). — "Hacia el gran Silencio". Poesías. Un tomo de 144 páginas (1924) ....$ 0.80